



EL PASO DE LOS BALKANES ⁽¹⁾

(RECUERDOS DE UN CORRESPONSAL.)

QXISTE una gran analogía entre el fatalismo musulmán y la resignación eslava. El turco no confía sino en Dios primero y en Mahomed después; el eslavo lo espera todo de Dios, en primer término, y en segundo del Tsar. Mahomed proveerá, dicen aquéllos; el Tsar proveerá, exclaman éstos. El Tsar es algo más que el Emperador reinante; es un sér superior, una entidad suprema, de la cual dependen las cosas mundanas y en cuyas manos residen los destinos de todos sus súbditos. Cuando los eslavos no tienen Tsar, se lo inventan, se lo imaginan. Los búlgaros, por ejemplo, carecían de jefe del Estado antes de la guerra de 1877-78; porque para los *raias*, como no se consideran parte integrante de la nación otomana, el Sultán osmanlí no es su jefe de Estado. No obstante, siempre andaban á vueltas con el Tsar; todo al Tsar lo atribuían; el camino carretero era el *Tsarsko-pot* (camino imperial) y para los búlgaros, Constantinopla ha sido siempre y es aún *Tsagrad* (la

(1) Conferencia dada en el *Centro del Ejército y de la Armada* en abril de 1883.

ciudad del Tsar). El soldado ruso halla en la idea del Tsar una fuente inagotable de resignación y consuelo. Podrá sufrir mil desdichas, no importa; un solo beneficio del Tsar, recibido de año en año, le compensa todos los infortunios; ¡y cuán ajeno es el Tsar á semejantes beneficios! Cuando el soldado moscovita recibe calzado nuevo, exclama: «el Tsar me ha remitido un par de botas;» á la sopa de col que constituye su rancho, la llama la sopa del Tsar; si cobra sus atrasos, dice á quien quiere oírle: «¡cuán bueno es el Tsar! me ha satisfecho mi salario; ¡viva el Tsar!» Eso de panslavismo, emancipación de los cristianos de Oriente, causa de la civilización, etc., son cosas que el soldado ruso ignora completamente; él no conoce más que al Tsar, y se bate porque el Tsar lo ordena. Tratándose de un ejército compuesto de distintas razas, á cual más opuestas, y en cuyo conjunto mézclanse todas las religiones conocidas, variedad de idiomas, diversidad de tendencias y sentimientos, esa unificación moral que subordina todos los impulsos á la idea monocrática, es agente indispensable para mantener la cohesión material, que de otra suerte correría riesgo de quebrantarse á cada instante. En aquella veneración absoluta por el Tsar enciérrase un espíritu de obediencia, que es el más firme sostén de la disciplina.

El Emperador Alejandro II, fiel á la táctica de sus predecesores, poseyó el don de hacerse amar de sus soldados, y éstos amábanle realmente con verdadero fervor. Vivía entre ellos á guisa de camarada; paseábase á través del campamento, á solas, seguido de su perro; su presencia no causaba perturbación alguna; nadie interrumpía las faenas. Cuando entraba ó salía de su alojamiento, encarábase sucesivamente con los dos centinelas apostados á la puerta, y solía preguntarles por sus nombres y apellidos, sobre cuánto tiempo llevaban en el servicio, y por la edad, patria, etc. Soldado que hubiera sido interpelado, siquiera una vez, por el Emperador, consideraba esto como la felicidad mayor de su vida. Llegó un día el Tsar Alejandro II á un campo de cosacos, en ocasión en que éstos, de pie á lo largo de improvisadas mesas, celebraban la fiesta del regimiento. Quiso probar el potaje

semi-bárbaro que aquéllos saboreaban. Un cosaco se lo presentó en un cazo de zinc, y el Emperador sonrióse maliciosamente al notar la omisión de la cuchara. El soldado sacó la que llevaba oculta entre el pantalón y la bota, y la ofreció respetuosamente al Monarca, quien no tuvo reparo en comer con ella. Tales incidentes contribuían no poco al prestigio del malogrado Emperador.

Ese fanatismo imperial alentaba á los rusos en las inauditas penalidades que tuvieron que arrostrar durante la última campaña. El pobre soldado, que aterido de frío y medio muerto de hambre pasaba las noches de invierno, al aire libre, sobre las crestas de los montes, pensaba que el Tsar había también abandonado su vivienda, su Palacio de Invierno, para experimentar privaciones en la Bulgaria. Dificulto que ningún ejército pueda soportar en una campaña más de lo que soportó el ejército ruso en 1877. Todo cuanto ponderara resultaría pálido junto á la realidad. Decíame un oficial, que en la expedición de Kiva, dirigida por el General Kauffmann, con ser una campaña en pleno desierto, no se habían sufrido tan atroces fatigas, porque entonces hubo previsión, en la perspectiva de lo que acontecer pudiera; mas en la Bulgaria, las provisiones, por lo escasas, corrieron parejas con lo fallido de los cálculos estratégicos. A bien que el soldado ruso es sobrio en el comer, resiste las más duras molestias, acomódase con extrema facilidad á las circunstancias. Cumplido que ha, después de levantarse por la mañana, los preceptos de limpieza, plántase delante de su cabaña ó de su tienda, hace la señal de la cruz repetidas veces, y acto seguido, empuña un vaso de *votka* ó aguardiente. Llenadas estas formalidades, en especial la última, poco se preocupa de cómo pasará el resto del día. En medio de la canícula le he visto alimentarse únicamente con pepinos, lo que no le impedía hacer marchas forzadas y escalar cerro tras cerro. Así, pues, el personal del ejército ruso es inmejorable, y las condiciones peculiares á los individuos que lo componen pueden suplir á veces la impericia del Estado Mayor y la falsa dirección de parte de los jefes. Aun en aquellas operaciones, bajo mejores auspicios inauguradas y con mejor acierto dirigidas, las

cosas vinieron á combinarse de tal modo, que el soldado por sí propio fuera el salvador de la situación, y el que en definitiva subsanara lo no previsto por sus superiores. De ello prueba elocuente nos dan las operaciones verificadas en los Balkanes.

Indiqué en otra ocasión (1) que los tres pasos más estratégicos de la cordillera, dado el plan de campaña iniciado por los rusos, eran: el de Hain-Boghaz, del lado de Elena; el de Schipka, cuyo punto de partida es Tírnova; el de Trojan, que comienza en los altos de Lovtcha. El giro tomado por las operaciones, con motivo del inopinado desastre de Plevna, dió importancia á otro paso, que al principio de la guerra no le tenía ni por asomo: al paso de Araba-Konak, que comunica el valle de Orkhanie con el de Sophia. Fuera de los precitados hay muchos más, que ó son derivación de los anteriores, que considero como principales, ó no revisten interés alguno, pues en la dilatada extensión de la cordillera balcánica, fuerza es que existan numerosos collados, vericuetos, sendas y atajos. La zona del cuadrilátero cuenta en los Balkanes con cuatro desfiladeros importantes en pasadas guerras, y que en 1877 no desempeñaron papel alguno: el paso de Tschasli-Kawak, que se dirige desde Schumla á Karnabad; el de Kir-Getschid, que va desde Varna á Aidos, junto al Mar Negro; el de Erkesch, que comunica Pravadí con la misma Aidos; y por último, el paso de Ermineh, especie de Thermópilas, que sigue por el litoral, entre las montañas y la orilla del Mar Negro. Incumben á mi tema los de Schipka y Araba-Konak. En dos períodos divídense las operaciones del ejército de los Balkanes: 1.º Pasaje de Schipka por el General Gurko, operaciones al Sur de la cordillera, marcha ofensiva de Suleimán-pachá. 2.º Toma de Schipka por los rusos, movimiento general de avance, expedición al valle de Sophia.

La marcha del ejército ruso desde el Danubio hasta el pie de los Balkanes, fué un hecho facilísimo. El Príncipe Euge-

(1) Conferencia sobre la *Capitulación de Plevna*, dada en el propio Centro.

nio de Leuchtemberg, al frente de la vanguardia, penetró en Tírnova el 12 de julio, librando una ligera acción, más digna del nombre de escaramuza que del de combate. Tírnova es, á no dudarlo, el punto estratégico por excelencia de la cordillera; ocupa casi el centro de ésta; mantiene segura la comunicación con la base de operaciones; es el vértice del cual bifurcan tres diferentes líneas que conducen á través de las montañas: la que enfila directamente con el collado de Schipka; la que por el desfiladero de Demir-Kapú dirígese á Slivno, y la de Kazan, que conduce á Osmán-Bazar. Sobre el camino de Tírnova á Schipka encuéntrase la villa de Gábrova, la cual por otro desfiladero, comunica con Selvi, al N. de los Balkanes, localidad sita al O. de Tírnova. Al siguiente día de la llegada de las tropas rusas á esta última ciudad, Gurko, al frente de unos 10.000 hombres, en que iba incluída la legión búlgara mandada por el General Stoletoff, se internó en los montes. Esta expedición de Gurko merece calificarse de audaz, cuando no de temeraria, porque expuso todas sus fuerzas á una catástrofe inminente, sin haber motivo para ello, pues nada le impedía el proceder con más cautela. El plan de Gurko consistía en apoderarse del desfiladero de Schipka. El Gran Duque Nicolás, que conocía la impetuosidad de aquel jefe, le ordenó que no se extralimitase de su propósito, y que si llegaba hasta Kezanlyk, no se aventurase más allá. El General Gurko no hizo gran caso de estas instrucciones, las barrenó en parte; y si no faltó á ellas abiertamente, fué porque los turcos se opusieron á ello. El Príncipe Mirsky, en combinación con Gurko, salió á ocupar la posición de Gábrova, al N. de Schipka, mientras que aquél marchaba por el lado E. del codiciado paso, amagaba Osmán-Bazar, en donde los turcos se le resistieron, obligándole á seguir su primitiva dirección, y por unos senderos ignorados que guías búlgaros le revelaron, caía inopinadamente sobre el valle de Kezanlyk, colocándose en situación de atacar las posiciones de Schipka por el S. Estas, pues, quedaban entre dos fuegos. La verdad es que todo ello no valía la pena, porque aquel punto estaba pobremente custodiado, y fué luego débilmente defendido. Lo

inútil de la operación de Gurko no amengua su mérito: reveló en él un genio de cosaco, unido á condiciones de excelente General. El movimiento se llevó á cabo en sólo dos días, merced á una milagrosa actividad, y á marchas forzadas de á 70 kilómetros al día, á través de abruptas montañas, marchas que traen á la mente las de los antiguos espartiates. En tanto que Gurko efectuaba personalmente la ocupación de Kezanlyk, con el grueso de sus fuerzas, el joven General Skobelev, con dos sotnias de cosacos, voló á Yeni-Zagra y cortó la línea férrea de Yámboli á Adrianópolis. Llenáronse los turcos de confusión ante tamaña rapidez, ante audacia y arrojo tan increíbles. ¡Cuán ajenos estaban los rusos de que esa copia de inteligencia y de valor por ellos desplegada en la conquista de las Balkanes, había de malograrse dentro de muy breves días y convertirse en manantial de desengaños para el ejército, como de sinsabores para aquellos que lo acogieran y victorearan cual redentor!

El paso de Schipka no ofrece obstáculos insuperables á un ejército: éste los halló, empero, de gran monta, en parajes como los que hubo de cruzar el General Gurko á su salida de Tírnova. Esta ciudad radica á 642 metros sobre el nivel del mar: desde Gábrova, distante de Tírnova como media jornada, se formaliza el ascenso, y en cuatro y media horas llégase al desfiladero, mejor dicho, al collado de Schipka, el cual hállase á 1.453 metros sobre el nivel del mar. La aldea de Schipka encuéntrase del lado opuesto, sólo á 543 metros, y á ella se desciende en una hora, por rápida pendiente de unos 700 metros de desnivel. Estos simples datos suministran una idea de la posición con relación á los valles Norte y Sur. No hubo que luchar allí con la falta absoluta de caminos, porque aun existían los restos del construído por los turcos en 1853, cuando el Sultán visitó la Bulgaria. En pocos días habilitó el ejército ruso un camino propio para el paso de los mayores vehículos; no sin que antes de obtener este fin se despeñasen algunos cañones por aquellos tremendos precipicios. El paisaje, á trechos, es admirable, y si Schipka y sus valles, como están en Oriente, se halláran en el centro de Europa, vendrían á ser la delicia de los turistas

y una mina para los que especulan con la naturaleza. Al pie de las montañas, por el lado S., se extiende el encantador valle de las Rosas, cerrado en lontananza por la derivación llamada Pequeños Balkanes, último baluarte para penetrar en la vega del río Maritza. La localidad principal del valle de las Rosas es Kezanlyk, villa medio oculta en un delicioso vergel de álamos blancos, hayas frondosas y gigantescos rosales. Allí está el emporio de la esencia de rosa, única industria de todas las aldeas de aquella región. En Kezanlyk, como en Yámboli, son los judíos españoles quienes explotan el comercio de dicho artículo. El caminante trascurre por entre alamedas de rosales preñados de flores, que embriagan con sus aromas, los cuales se perciben desde lo alto de Schipka, que, como os dije, álzase á unos mil metros próximamente sobre el nivel del valle. Las aldeanas búlgaras suelen hacer la recolección, y veríaislas entonces, con su pintoresco traje, confundidas en aquel océano de flores, coronadas de rosas sus sienes y henchidos de rosas sus delantales. Luego de cogida la flor, la limpian antes de llevarla al alambique: hácínanla en grandes montones sobre una era, y en torno, mujeres, hombres y chiquillos, al son de alegres canciones eslavas, distribuyen las rosas en distintos cestos. Aunque sea digresión, voy á referiros una breve anécdota referente á las rosas de Kezanlyk. Después de la guerra, me encontré en el distrito de Aidín, en el Asia Menor, con una colonia errante de emigrados musulmanes de la Rumelia. Estaba yo á la puerta de un jardín, en que había rosales de la propia especie de los de la Bulgaria. Uno de aquellos emigrados, anciano ya, y con un tierno niño en sus brazos, se me aproximó, y lejos de pedirme una limosna, como era de prever, solicitó que le diera algunas rosas del jardín. Le dí un buen puñado de ellas; el hombre asiólas con efusión, rociándolas en lágrimas, y ocultólas después en su seno. Aquel turco era de Kezanlyk, vagaba por la Anatolia, sin hogar y sin bienes, y al aspirar el perfume de las rosas de Kezanlyk, debióle parecer como si aspirase los perfumes de su perdida patria.

En ese poético valle recibieron los búlgaros su bautismo de sangre. Con gran asombro de los que tenían al pueblo

búlgaro como á pueblo completamente degenerado y envilecido por la servidumbre, los búlgaros se batieron bien, batieronse heroicamente en la batalla de Eski-Zagra, y prestaron inestimables servicios á la división Gurko, haciendo en los Balkanes, con respecto al ejército moscovita, el papel que más tarde hicieron en el sitio de Plevna las tropas moldovalacas. El jefe otomano encargado en un principio de guardar, que no de defender formalmente, los pasos de los Balkanes, era Mehemet-Alí-pachá, quien por las cortas fuerzas de que disponía, nada podía recabar sin el auxilio del ejército que Suleimán-pachá organizaba en las llanuras de Rumelia. La actitud de entrambos Generales, que por entonces parecían obrar de común acuerdo—cual sucede siempre entre los jefes más rivales, mientras ninguno de los dos ha obtenido ventajas—indúceme á creer que no entraba en los designios de los turcos una resistencia tenaz en los Altos Balkanes, sino que proyectaban acaso aguardar al enemigo en los valles del S., con ánimo de cortarle después la retirada y atacarle en retaguardia por el mismo paso de Schipka, cosa muy fácil, á disponer los turcos de fuerzas regulares en Lovtcha, que hubiesen operado en combinación con las de Osmán-Bazar. No dejó de preverlo el General Gurko, porque esto se le alcanzaba á cualquiera: de ahí que el Príncipe Mirsky se mantuviese constantemente en Gábrova y sus alrededores, apoyando las comunicaciones de Gurko con el cuartel general, y de ahí también que el General Raugh quedase encargado de avanzar resueltamente por el interior del pasaje, guarneciendo todas las posiciones que dominarlo podían. Esto explica asimismo el empeño de los rusos por apoderarse de Lovtcha, que á poco les fué arrebatada por los *bachi-bozucks*. Y tal era la incertidumbre que sentía Gurko acerca de su retaguardia, que esta preocupación fué, sin disputa, la que más contribuyó á refrenar sus aventureros ímpetus y lo único que le obligó á ser prudente y cauto en medio de los fáciles éxitos que le brindaba su buena estrella. Suleimán-pachá escalonó las fuerzas de que pudo disponer, en la línea entre Tírnova de Rumelia, punto del ferrocarril de Constantinopla, Adrianópolis y Sophia, de donde parte el ramal de

Yeni-Zagra y Yámboli, y los altos de Slivno, extremo S. del desfiladero de Demir-Kapú; disposición admirable para cerrar á los rusos el ingreso en el valle del Maritza y proteger la línea férrea, que en tales circunstancias adquirió un rango estratégico de primer orden. Por bien combinados que estuvieran los cálculos de Suleimán-pachá, pienso que Gurko y Raugh, secundados por los intrépidos Skobelev y Leuchtemberg y por el ya popular Stoletoff, hubieran sido suficientes á desbaratarlos, si las operaciones rusas en los Balkanes hubiesen podido continuar como principiaron. Mas ya entonces cundían las vacilaciones, experimentábase la insuficiencia numérica, pendía de mil eventualidades, como siempre que un ejército abandona un plan fijo por uno del todo imprevisto, la suerte de la campaña general. Suleimán-pachá sacó de la situación cuanto partido pudo; llegó á tomar la ofensiva y causar serias molestias á los rusos. Durante los quince días que duró la estancia de las tropas del Tsar en el valle de las Rosas, sucediéronse sin interrupción los combates, las escaramuzas, las asechanzas de una y otra parte, vanos esfuerzos, ante los cuales, el propio Gurko, contemplando lo especialísimo de su situación, debió preguntarse á sí mismo por qué había traspuesto los Balkanes. A fines de julio, la legión búlgara se hallaba sitiada por las tropas turcas, sin que Gurko pudiera mandar fuerzas en su auxilio. Defendiéronse los búlgaros como veteranos, y merced á su defensa admirable, que no gracias á la tardía cooperación de sus aliados, libráronse de caer prisioneros. No era maravilla que Gurko abandonase á los suyos, cuando él á su vez se encontraba en el abandono. Su situación llegó á hacerse insostenible. El 31 de julio, el mismo día en que Krúdener se retiraba delante de Plevna, derrotado por Osmán-pachá, Gurko emprendía la retirada de Hain-Kivi y Kezanlyk, por consecuencia de la poco halagüeña batalla de Eski-Zagra, en que los turcos estuvieron á punto de arrollarle. Las tropas rusas recibieron orden de replegarse sobre Schipka, donde debían mantenerse á la expectativa; mas toda esperanza perdió Gurko al día siguiente, cuando la noticia del desastre de Plevna le hizo comprender que ya no debía contar con recurso alguno

de allende las montañas. ¡Fracaso completo y lastimoso! El General Gurko abandonó la comarca de Kezanlyk á la venganza de los turcos, situó sus fuerzas en las posiciones de Schipka, y regresó á Rusia, como jefe que era de la Guardia Imperial, cuya presencia en la Bulgaria los acontecimientos habían hecho indispensable.

En todas las operaciones al S. de los Balkanes, los cosacos desempeñaron el papel primordial. Sin el cosaco no se concibe el ejército ruso; pero se conciben menos aún los Generales rusos. Por eso no puede tomarse como regla estratégica nada de cuanto los rusos hagan, con ó sin éxito, porque en todos sus cálculos entra, como factor, el cosaco, especialidad profundamente rusa, de que ningún otro ejército dispone. Sin los cosacos, no hay fuerza rusa que se ponga en marcha. Cada regimiento lleva anexo su grupo de aquellos jinetes. Al cosaco le encontraréis siempre á la cabeza de la vanguardia y á la cola de la retaguardia y á los flancos del ejército y confundido entre las filas. Las sotnias poseen un maravilloso don de divisibilidad. Al dividirse, se multiplican hasta lo infinito, porque cada cosaco, una vez aislado, despliega iniciativa propia, es una sotnia en pequeño, es un cuerpo aparte que se mueve con desembarazo, sin emanciparse nunca del centro de acción. Alguien ha comparado á los cosacos con el aceite, que se esparce prodigiosamente al caer, y donde cae, deja indeleble rastro. El cosaco representa la aplicación del espíritu nómada á las necesidades de la guerra. Pasan los cosacos el Pruth: al punto circulan por la Rumanía como si fuese tierra que desde antiguo conocen. Pasan el Danubio: inmediatamente se instalan en la Bulgaria con tanta familiaridad como en sus estepas del Don. No hay aldea que no visiten, ni río que no vadeen, ni montaña que no escalen, ni agujero que no excruten. En sitios á donde no ha llegado ni piensa en llegar el grueso del ejército, el cosaco pasea á pie ó á caballo, con gran tranquilidad, solo y sin armas. Estas las dejó en el lugar en que hubo de alojarse; hízose al punto amigo de todos los lugareños; y éstos, mal que les pese, le quieren y le respetan. En una palabra, se ha erigido en dueño del país. En la Bulgaria tiene que habér-

selas con gente á quienes va á libertar y no á conquistar, y con las cuales, hasta cierto punto, puede entenderse, gracias á la semejanza de idioma: no obstante, aun en país enemigo, sus procedimientos no varían; sólo que en tal caso, desarrolla más sagacidad y más astucia, y emplea mayor dosis de precaución. Avezado el cosaco á las inmensas correrías á través de la estepa, tiene muy perfeccionado, como de ordinario acontece con todos los pueblos nómadas relativamente cultos, el doble instinto del tiempo y de la distancia. En cualquier sitio en que le encontréis, os dirá casi matemáticamente el número de *verstas* que acaba de recorrer desde su punto de partida, y las horas que lleva de camino. Como los pastores, mira el cielo, á guisa de reloj: no os dirá qué hora es; pero os dirá, siendo de mañana, cuantas horas y minutos hace que amaneció; y si es de tarde, cuántas horas faltan para que anochezca. Donde nadie hallaría recursos, él los halla. No le importa emprender varias jornadas de camino para ir á forrajear. Sospecha la existencia de las fuentes, adivina la profundidad de los barrancos, mide á simple vista la altura de los montes, descubre los vados de los ríos, y su ojo sutilísimo y adiestrado á espaciarse por los horizontes sin límites, es á la vez telescopio para definir lo que ve á larguísima distancia, y telémetro calculador del tiempo que necesita invertirse para llegar á un punto determinado. Con tales condiciones, bien aplicadas, compréndese cuán poderosos auxiliares de un ejército son los cosacos. Hallábame un día presente á un interrogatorio que cierto coronel de cosacos dirigía á varios de sus hombres, quienes habían salido á reconocer el terreno. El soldado, jefe del pelotón, decía: «Hemos visto jinetes turcos en tal altura; ninguna fuerza importante había por aquellos contornos.»—«Y los jinetes, ¿no eran por ventura avanzada de otras fuerzas?»—«Eran muy pocas, y detrás de ellos no había fuerza alguna,» replica el cosaco con aire de firme convicción.—«¿En qué te fundas?» insiste el coronel. A lo que el cosaco responde con energía: «En que los jinetes solo nos miraban á nosotros y no volvían nunca la vista atrás.» Lleva el cosaco, como armamento, una enorme lanza, el fusil, cruzado en bandolera, el

sable y el revólver. Conoce la táctica de caballería como la de infantería, y se bate indistintamente con una ó con otra. Posee además lo que podríamos apellidar la táctica cosaca, consistente en ciertas costumbres, ardidés y movimientos particulares, cuya reseña llevaríame muy lejos. Esta tropa, que se conduce como regular ó como irregular, según las circunstancias, es, por su organización territorial, la que menos sacrificios cuesta al Estado ruso, y al propio tiempo, la que más garantías de fidelidad ofrece. No suele tomar parte activa en el fragor de la pelea; pero ella, desplegándose en tiradores al frente de la línea de batalla, inicia la acción; ella persigue al enemigo; ella protege las retiradas; ella, en muchos casos supremos, ha salvado al ejército de graves compromisos, como lo salvó de una pérdida inevitable en el acto de la defensa de Schipka contra las terribles agresiones de Suleimán-pachá.

Durante los quince días que sucedieron á la retirada de Kezanlyk, los turcos no permanecieron un instante inactivos. Los rusos destacados en Schipka, preocupados con las alarmantes nuevas de la Bulgaria septentrional, poco se cuidaban de lo que Suleimán-pachá pudiese intentar contra ellos. Por lo demás, la campaña de los Balkanes, despojada del título de gloriosa, prematuramente había caído al panteón de los hechos históricos. Nadie se acordaba sino de Plevna, y Plevna era lo que absorbía la atención de los rusos y del orbe entero. En 15 de agosto, los rusos de Schipka apercibiéronse de que Suleimán-pachá verificaba ciertos movimientos, á los que no atribuyeron grave importancia. Pero he aquí que, al siguiente día, empeñáronse vanamente los turcos en apoderarse de algunas posiciones al E. del collado de Schipka, dominadas por las posiciones rusas. Al otro día, es decir, el 17, Hussein-bey, ayudante de campo del Sultán, penetró á sangre y fuego en Kezanlyk, saqueando y expulsando á los búlgaros, quienes pocas semanas antes, al amparo de los rusos, habían cometido idénticos desafueros con la población hebrea. El cuartel general comenzó á inquietarse de lo que ocurría del lado opuesto de los Balkanes. Con gran estupefacción, súpose con fecha 19 que, en el pro-

pio día, los turcos habíanse apoderado de Schipka, sin hallar oposición de parte de los rusos. Afortunadamente, tratabase de la aldea y no del desfiladero. Cuando una fuerza ocupa, con buenos elementos, posiciones como las que defendían el paso de Schipka, no debe inspirarle temor alguno un ataque de frente, aunque se realice por fuerzas muy considerables. Las tropas de Suleimán-pachá veían delante de sí un colossal baluarte de montañas, casi cortado á pico sobre el valle. Tamaña mole representa una elevación de más de 1.500 metros; cerca de mil había que escalar, por rapidísima pendiente de desnivel enorme, para llegar al collado de Schipka, presunto objetivo de la operación. Era una locura, una temeridad, una empresa de gigantes lo que á intentarse iba; pero se intentó, y si el triunfo no coronó aquel acto de inverosímil audacia, no fué ciertamente por culpa de los que tras el triunfo se arriesgaron.

A las primeras horas de la mañana del 21 de agosto, el ejército otomano inició la ofensiva, dirigiéndola especialmente sobre el flanco izquierdo de los rusos. En los diez ataques que dieron, fueron los turcos rechazados. Para ello, las huestes rusas mandadas por los Generales Raugh y Do-rojinski, quien en una de aquellas sangrientas jornadas perdió la vida, hubieron de pelear con encarnizado heroísmo. Al segundo día, los turcos, antes de amanecer, reanudaron el ataque con mayor brío; 19 veces cayeron sobre las posiciones rusas, fijándose asimismo en las del centro, y otras tantas tuvieron que retroceder con grandes pérdidas. Compréndese tal tenacidad para abrirse paso á través de fuerzas sitiadoras; para tomar plazas fuertes de cuya posesión depende el triunfo definitivo en una campaña; mas no tiene explicación posible cuando de antemano se sabe que el fruto de los esfuerzos no ha de corresponder á la magnitud de los sacrificios, y cuando aquella misma operación es realizable por otros medios más posibles y menos costosos. Regístrense todas las campañas del mundo, examínense todas las temeridades llevadas á cabo por los más insensatos caudillos: yo creo que el ataque de Schipka es único en los anales de la guerra. ¿Qué aspiraciones abrigaba

Suleimán-pachá? ¿Caer sobre la Bulgaria? Imposible, de todo punto imposible. Esto hubiera equivalido á constituirse prisionero de los rusos. ¿Tomar simplemente las posiciones de Schipka? Esto hubiera podido intentarlo flanqueándolas, apelando á cualquier sorpresa, obrando combinadamente con otras fuerzas; sólo y de frente, jamás. Y aun suponiendo que no tuviera posibilidad de probar fortuna de otra suerte. ¿Qué hubiera sacado con ocupar una posición que por fuerza tenía luego que perder? ¿Qué provecho hubiera reportado con establecer sobre las crestas de los Balkanes los restos de un ejército brillante, aniquilado en una serie de múltiples ataques? La noche del segundo al tercer día pasáronla los rusos aguardando refuerzos. Las vertientes de Schipka estaban cubiertas de cadáveres. Las ambulancias eran impotentes para atender al extraordinario número de heridos. La irregularidad de los convoyes aumentaba lo apurado de la situación de los rusos, los cuales trabajaban día y noche y subsistían á media ración. Desde la puesta hasta la salida del sol no cesaron los disparos de cañón y el tiroteo de las avanzadas. Amaneció el día 23. Los turcos presentáronse ante las trincheras moscovitas con la misma resolución que en los días anteriores; pero emprendiendo un ataque general contra el centro y ambos flancos. La lucha hízose horrorosa. Las cimas de los Balkanes, desplomándose sobre la llanura, no produjeran el estrépito y la conmoción que se producían con el choque titánico de ambos ejércitos. Los asaltos se sucedían á los asaltos; los gritos salvajes de los que atacaban, invocando el nombre de Alá, mezclábanse á los ayes de los moribundos ó á los clamores de espanto de los que caían despeñados al fondo de los precipicios. Después de algunas horas de tenaz pelea, en que el ardor no desmayó ni en unos ni otros, vióse flotar la enseña de la media luna en dos posiciones que acababan de abandonar los rusos. Entonces fué cuando los búlgaros, con Stoletoff á la cabeza, salieron de sus trincheras y realizaron portentos. Suleimán mandó dirigir todos los ataques sobre el fuerte de San Nicolás, llave del desfiladero y principal defensa de los rusos. El calor era intensísimo. Muchos de los combatientes perecían de sed. Pero la refriega

continuaba siempre, aunque con menos estruendo, porque en algunos puntos peleábase sólo al arma blanca, y con menos gritería, porque las gargantas estaban roncas y extenuados los pulmones por la fatiga. La caída de la tarde aproximábase: los turcos avanzaban por todos lados á la bayoneta, y la resistencia debilitábase de parte de los rusos. No habían éstos recibido auxilio de ninguna especie en los tres días que llevaban de combate, y no podían ya luchar con la inferioridad excesiva de sus fuerzas. El sueño, el cansancio, el hambre y la sed les acosaban, enemigos contra los cuales todo denuedo suele ser estéril. El desaliento y la desesperación hacían estragos en las filas rusas. Muchos soldados, agotadas en absoluto sus fuerzas, dejábanse caer al suelo, exánimes, sin esperanza de salvación ni de vida. En vano los más fuertes afanábanse por reanimar á los decaídos; en vano en ciertos puntos de la línea se peleaba todavía con inquebrantable ardor; era el fenómeno del agonizante, que pugna, con un resto de energía, por prolongar la vida que se le escapa. La jornada iba á decidirse por los turcos. Puesto ya el sol, óyese á retaguardia de los defensores del desfiladero gran algazara; son fuerzas de tiradores que á las grupas de un escuadrón de cosacos vienen á socorrer á sus compañeros. Este refuerzo, llegado en un instante tan crítico, causa un efecto indecible. Los turcos calman un tanto sus bríos. Pocos momentos después aparece el General Radetzky con una brigada. Prosiguese la acción, y el enemigo se retira, conservando empero las dos posiciones conquistadas. Suleimán-pachá, lejos de darse por vencido, al día siguiente reanuda las hostilidades. Como se ve, agresores y agredidos nada tenían que envidiarse. Unos y otros en tal ocasión portáronse como valientes, manifestáronse como soldados inmejorables. La cuarta jornada empezó como las anteriores; los turcos dando asaltos, los rusos oponiéndose á ellos. A las primeras horas de la mañana recibían los segundos el refuerzo de una brigada de la división Dragomiroff, mandada por este General, quien entra en combate sin tardanza, y á eso del mediodía tiene que retirarse con un balazo en la rodilla. El combate se encona; los rusos ya no se defienden, atacan; las huestes otomanas

pelean con desventaja visible, después de las grandes pérdidas que sufrieran en los 100 y pico de ataques que llevan hechos. Las tropas de Suleimán-pachá se encuentran al término de la jornada en la propia situación en que se hallaban en el día precedente las del General Raugh, antes de recibir los providenciales auxilios. Recuperan los cristianos sus posiciones y cubren todos los puntos dominantes de aquel lado de la cordillera, mientras que el malogrado ejército de Suleimán-pachá retírase deshecho, diezmado y en lamentable confusión á los sitios del valle que ocupaba, frente al descenso del collado, antes de comenzar aquella serie de infructuosos combates.

Heme detenido en la descripción de la refriega de Schipka, por ser el hecho, si no el más culminante de la campaña en cuanto á sus consecuencias, el que más puso de relieve, durante la campaña de 1877, la inflexible tenacidad de los beligerantes, la disciplina del ejército turco, al cual siempre se ha tenido por indisciplinado, y la superioridad del armamento turco sobre el armamento ruso. Asimismo, púsose de manifiesto en el ataque de Schipka lo que pueden malograrse por culpa de un ambicioso General las bellas cualidades de un ejército, que si aplicadas como es debido son elemento de triunfo y de gloria, malgastadas inútilmente no sirven sino como arma de suicidio y como agente de inevitable ruina.

El período entre las operaciones que acabo de reseñar y las que marcaron el movimiento general de avance del ejército á través de los Balkanes, es el período del sitio de Plevna. La caída de esta plaza no desesperanzó á los turcos, quienes veían un último reducto que defender en el paso de los Balkanes. En aquella época Radetzky mandaba las posiciones de Schipka. Tan luego como en los alrededores de Plevna fué innecesaria la presencia de las tropas rusas, Skobelev, siempre activísimo, corrió con su división á los Balkanes, y en combinación con las fuerzas de Radetzky, merced á un hábil movimiento envolvente, análogo, aunque hecho por el lado O., al verificado en julio por el General Gurko, atacó por retaguardia las posiciones que ocupaban los turcos al S. de Schipka, las cuales, hostilizadas de frente

por el General Radetzky, rindiéronse sin tratar de oponer resistencia seria.

Sus defensores, en número de 4 ó 5.000, cayeron prisioneros, y quedó de nuevo en poder de los rusos el valle de Kezanlyk. Suleimán-pachá no tuvo por conveniente acudir en socorro de los suyos. Los dejó abandonados, no bien supo la capitulación de Plevna, replegándose sobre la línea del Maritza, desde la cual propúsose vigilar á cualquier fuerza rusa que penetrase en el valle, fuese por Schipka, fuese por Sophia. Suleimán-pachá defraudó una vez más las esperanzas de los turcos, quienes le suponían capaz de defender sus propias posiciones, ya que habíalo sido de atacar ¡y de qué modo! las ajenas.

Mientras Skobelev y Radetzky despejaban la salida del paso de Schipka, Gurko y Raugh, compañeros en todas las empresas, dirigíanse vigorosamente sobre Orkhanie, empujando delante de sí á las escasas fuerzas turcas que debían defender el desfiladero de Plavtchka, sito en una línea de montañas, ramificación de las de Lovtcha, que separa la cuenca del Vid del valle de Orkhanie. Ambos Generales, con el grueso de la Guardia Imperial y algunas tropas de línea, llevaban el propósito de apoderarse del valle de Sophia y sitiarse esta ciudad, de cuyas fortificaciones veníase hablando mucho, y al efecto, iban provistos de un tren de sitio que nada dejaba que desear. Forzaron el difícil paso de Plavtchka, merced á ligeros combates que no les ocasionaron muchas pérdidas; lo cual no obstó para que tuvieran que arrostrar dificultades y riesgos sin cuento. Allí se coronó de gloria el General Raugh, dirigiendo el paso de la artillería. Las grandes piezas de sitio fueron conducidas á brazo por parajes casi inaccesibles á las cabras. Todo hubo de sacrificarse á la rapidez de la operación, para evitar que fuerzas turcas salidas de Sophia viniesen á ocupar las posiciones del valle de Orkhanie. Al mismo tiempo que la infantería dedicábase á distraer las fuerzas turcas, que pretendían custodiar el pasaje, los trenes hacían marchas de flanco, unas veces por caminos rápidamente improvisados, otras salvando algún sitio peligroso por medio de osados movimientos, en que la fuerza

humana suplía las pésimas condiciones del terreno. Centenares de búlgaros de los contornos fueron, de grado ó por fuerza, impelidos á secundar este trabajo hercúleo. Gurko y Radetzky entraron victoriosos en Orkhanie, dejando escalonados destacamentos y parques volantes entre esta villa y Plevna. Situada está la primera en el ángulo S. del valle de su nombre, al pie de los altos Balkanes de Sophia y enfrente de la garganta que conduce al collado de Araba-Konak. La escasez de tropas, unida al desacuerdo entre los jefes, perjudicó una vez más á los turcos. Mehemed-Alí-pachá era el encargado de defender y guarnecer el paso de Sophia; pero los demás pachás no quisieron ó no supieron secundarle. El plan de los turcos debió haber sido el siguiente: abandonar el desfiladero de Plavtchka á los rusos, facilitarles el ingreso en el valle de Orkhanie, y valiéndose de las formidables posiciones atrincheradas dispuestas en torno de esta villa, detener enérgicamente al invasor. Para ello contaban los turcos con la guarnición de Sophia y con las fuerzas que Chefket-pachá mandaba en los altos de Araba-Konak. Tales elementos, aunque no poderosos, eran suficientes para iniciar la resistencia y sostenerla por algún tiempo: faltaba sólo la unidad de dirección y un jefe de la talla de Osmán-pachá.

Gurko no descansó apenas en Orkhanie; mas tomando las disposiciones necesarias para dejar allí depósitos de municiones y víveres, dividió su cuerpo de ejército en dos partes: la una con el objeto de forzar el paso de Araba-Konak, la otra con el de flanquearlo por el O. La operación recabóse con felicidad extrema, por causa precisamente de la perspicacia estratégica que quisieron demostrar los turcos. El paso de Araba-Konak es, en sentir de algunos y mío, más difícil que el de Schipka. Por éste pasó Gurko en plena canícula; por el de Araba-Konak en pleno invierno. Las grandes nevadas habían comenzado ya, cuando los rusos penetraron en Orkhanie. Nunca pudieron imaginarse los Generales otomanos que el enemigo atacase de frente el reducto que dominaba el desfiladero: de ahí que no se atuvieran á su defensa. Los rusos, por el contrario, creyéndolo suficientemente guarnecido, aprestáronse á librar un combate en aque-

llas alturas; mas los defensores de éstas, al verse amenazados por un regimiento de la Guardia Imperial, que no subía en actitud muy pacífica, pusieron pies en polvorosa. Mejor cuidáronse los turcos de guarnecer los flancos de la posición, con lo cual las tropas expedidas por Gurko, á fin de que, secundando el movimiento de los que debían franquear el paso, cayesen sobre el valle de Sophia como sorpresa, cogiendo así entre dos fuegos á las fuerzas turcas encargadas de custodiar el ingreso natural, tuvieron que librar un serio combate, del cual salieron naturalmente vencedoras, aunque con pérdida del General que las mandaba. Pronto se dieron, no obstante, la mano, con las descendidas del collado de Araba-Konak.

Chefket-pachá, General en jefe de los osmanlis, emprendió la retirada en dirección S. E., del lado de Ichtimán, siguiendo el camino que de Sophia va á Filippópolis. Protegía su retaguardia una brigada al mando del inglés Baker-pachá, la cual había tomado posiciones sobre los altos de Strigli. He ahí otro falso cálculo de los turcos, porque bien pudieron echar de ver que el objetivo del adversario era Sophia, y que no cabía en su plan el perseguir á los fugitivos á través de las montañas, en dirección completamente opuesta á la única que les convenía adoptar. Tan mal dirigidos iban los fuegos de la artillería de Baker-pachá, que á los rusos les fué dado el desfilar sin novedad á la sombra de ellos, por la cañada de Strigli, distrayéndolos por medio de algunas piezas emplazadas á su izquierda. Desfilaron, pues, durante todo un día, por bajo de una bóveda de proyectiles suyos y del enemigo, que se cruzaban en el espacio. Toda la operación verificóse de parte de los rusos con una habilidad extrema, en que jefes y subordinados evidenciaron las más altas dotes militares. Si el calor excesivo produjo molestias á los que algunos meses antes pasaron por Schipka, el frío excesivo puso á prueba la virilidad de los que hicieron la expedición de Sophia. Regimiento hubo que pernoctó apostado en atrinchamientos improvisados sobre la nieve. No se diga, en atenuación de esto, que los rusos saben resistir al frío; lo resisten, mas no son á él insensibles ciertamente, y sufren

más que los no avezados á tal clima, porque á causa de su resistencia, permítense audacias de que tan sólo ellos son capaces y que tal vez superan á sus propias fuerzas. Cruzar los Balkanes de Sophia en pleno invierno, es operación á que pocos ejércitos, fuera del ruso, se arriesgarían.

La conducción de las grandes piezas de sitio, y aun de los simples trenes de artillería rodada, hacíase por aquellos inexpugnables caminos, abiertos al flanco de las peñas y suspendidos sobre pavorosos abismos. Para el ascenso al collado, invertíase toda una jornada, iniciando la marcha antes del amanecer y llegando á dicho punto después de anochecido. Al cabo de cuatro ó cinco horas de camino, con escaso desnivel, comenzaba la subida: era la ruta tan angosta, que había que llevar á las caballerías de la brida y vigilar constantemente las ruedas del vehículo á fin de que no se desviasen y quedaran en el vacío. A trechos, para arrastrar una pieza, era necesario desenganchar los caballos de varios furgones y aplicarlos á ella, y aun así, requeríase el concurso de la fuerza muscular. En la cima del collado pernoctábase. El frío era terrible: precisados los soldados á permanecer junto á las piezas y á las municiones, estábales prohibido encender lumbre: envueltos en sus pellizas y mantas, acurrucábanse debajo de los furgones y no faltaba quien debajo del vientre de algún caballo. Diariamente había que lamentar muertes por congelación. A las primeras horas, en marcha. Las penalidades acrecían. El descenso al valle de Sophia, desde el collado de Araba-Konak, es una pendiente tanto ó más rápida que la de Schipka, y en todo caso, entonces, más peligrosa por causa de la estación. El camino constitúyese por una innumerable serie de caprichosos zigs-zags de corto trecho y pequeñas vueltas. La nieve se helaba, produciendo el *verglass*. Un cuerpo pesado cualquiera, puesto sobre aquella cristalizada pendiente, no podía detenerse sino hasta el fondo del precipicio. Difícil era sostenerse de pie sin el apoyo de un bastón con punta de hierro. Acudíase al expediente de sujetar las ruedas de los carros con sólidos cables arrollados á los árboles del monte, lo cual aliviaba el esfuerzo, casi impotente, que hubiera debido emplearse verificando á brazo la operación.

En las revueltas del camino los riesgos eran inauditos, y el esfuerzo, ya colosal de sí, tenía que duplicarse. He visto en los altos del valle de Sophia el termómetro á 20° centígrado bajo cero.

En una jornada de camino puede irse de Strigli, primer punto después del descenso, á la ciudad de Sophia. La vanguardia rusa libró un ligero combate á medio camino, que la causó varias pérdidas, con algunas tropas procedentes de la guarnición de Sophia. Radica esta ciudad en el fondo de una hondonada, hacia el O. del valle. A su izquierda se alza el monte Vitosch, la elevación más importante de la comarca. Tenía la ciudad un sistema de fortificaciones muy análogo al de Plevna, como análoga es en ambos puntos la topografía del país. Un ingeniero de Plevna, Tahir-pachá, era el constructor de los fuertes de Sophia. Frente á éstos llegaron los rusos al medio día. El jefe de la vanguardia—creo que el General Arnoldi,—compuesta de dos regimientos de la Guardia Imperial y algunas sotnias de cosacos y circasianos también de la Guardia, ordenó á los primeros un reconocimiento sobre las obras de fortificación. El reconocimiento convirtiéndose en ocupación de éstas, pues se hallaban desprovistas de guarnición y de cañones. Todo esto sucedió, sin que la población de Sophia, preocupada con la actitud de los musulmanes, que abandonaban la ciudad con el propósito, según anunció su jefe Osmán-Nuri-pachá, de bombardearla, una vez estuviesen fuera, se apercibiese de la presencia de los rusos en las fortificaciones. Algunos pelotones de circasianos rusos penetraron en la ciudad por el lado N., y como quiera que éstos llevan el mismo uniforme que los circasianos otomanos, su presencia en las calles de Sophia no produjo la menor sorpresa. Los moradores diéronse cuenta de la llegada de las tropas rusas cuando éstas ocupaban ya ciertos barrios de la ciudad. En el corto intervalo que medió entre la fuga de los unos y el arribo de los otros, la población búlgara entregóse al saqueo en el bazar y en el barrio musulmán. Los judíos, viéndose saqueados, saquearon á su vez, y la rapacidad de todos sin excepción adquirió proporciones indescriptibles. Llegado que hubieron los rusos, tocó-

les á éstos el turno, pues venían hambrientos y forzoso les era el requerir víveres. Podría citar multitud de episodios, á cual más curiosos, que ocurrieron en esos instantes críticos para la ciudad de Sophia. El General Gurko efectuó su entrada, con el grueso de las fuerzas, al siguiente día. Recibióse noticia de las crueldades cometidas en la retirada de Strigli por las tropas regulares é irregulares de Chevket-pachá. El General Gurko expidió una sotnia para castigar á los *zeibecks*, que pululaban por el distrito de Schtimán, en cuya ciudad habían ahorcado á 12 búlgaros. Los *zeibecks* fueron habidos, y ni uno de ellos escapó á los sables cosa-cos, quienes recogieron en esta ocasión buen botín de armas y caballos.

El General Arnoldi obtuvo el mando militar y civil de la plaza y distrito de Sophia, en donde permanecieron, como guarnición provisional, los regimientos de Ismailowski y cazadores de la Guardia, los primeros que habían penetrado en la ciudad. Quedó además una fuerte división de caballería y artillería, mandada por el General Meyendorff, la cual debía limpiar de *bachi-bozucks* aquel territorio y extender la ocupación rusa por la parte de Kustendil hasta la frontera de la Macedonia. La toma de Sophia por los rusos coincidió casi con la toma de Nisch por los servios. Entre ambas ciudades hay dos jornadas de camino, á la mitad del cual está la villa de Pirot. Con la simultánea conquista de Nisch y de Sophia, los turcos fueron definitivamente expulsados del valle del Ister y alturas que lo dominan. Pusieron los servios á la disposición del comandante ruso de Sophia los prisioneros turcos hechos en Nisch. A todo esto, el General Gurko, uniéndose á parte de las fuerzas descendidas al valle del Maritza por el camino de Schipka y Eski-Zagra, batió en Filippópolis á Suleimán-pachá, cuyas fuerzas, los restos de aquel valeroso ejército que consumó el ataque de Schipka, emprendieron una desastrosa retirada en dirección del monte Rhodopo. Gurko fué, por lo tanto, en la campaña de 1877 el verdadero héroe de los Balkanes. A él se debió la iniciativa de envolver las posiciones de Schipka, operación admirable por su estructura, bien que fatal por sus resulta-

dos: él cortó la base de comunicaciones de los sitiados de Plevna, preparando así el paso definitivo de los Balkanes: él forzó los desfiladeros de Plavtchka y Araba-Konak, en el corazón del invierno; y por medio de la conquista de Sophia, fruto de estas operaciones, estableció la unión del ejército ruso con el ejército del Príncipe Milano de Servia. Los grandes movimientos de la campaña obra fueron del General Gurko, quien no tuvo otro defecto que el de no saber calcular hasta qué punto sería secundado por la masa del ejército, y de ahí que en más de una ocasión pueda acusársele de haber procedido á la ventura. Esto no quita un ápice á los méritos personales de este General; que si una operación militar puede malograrse, lo mismo por un exceso de prudencia que por un exceso de temeridad, las misiones especialísimas y ya de suyo aventuradas que solían confiarse al General Gurko no eran las más apropósito para inclinarle del lado de la precaución y de los miramientos. Cúlpese más bien á los que, sin cálculo fijo, acudían á recursos aventureros, explotando las brillantes condiciones que para cierto género de guerra tiene aquel General. Gurko y Skobelev sienten correr por sus venas sangre asiática. El primero es cosaco, el segundo circasiano. La especialidad de Skobelev son los ataques, siempre impetuosos y heroicos, aunque no siempre subordinados á las buenas leyes de la táctica. La especialidad de Gurko son las marchas. Nadie le gana en rapidez; es incansable; no hay fuerza de caballería que con él no se rezague; la infantería le teme y le admira. No llega nunca tarde; peca más bien por llegar á veces demasiado pronto. Como buen cosaco, vive á caballo. Mientras dura una operación, nadie le ve comer; nadie le ve sosegar; nadie nota en sus facciones el menor síntoma de cansancio. Cuida de todos los detalles, se fija en todos los pormenores, prevé cuanto tiene delante. ¡Lástima grande que no prevea siempre lo que tiene atrás! Los soldados sufren con él, como con Skobelev, más que con ningún otro General; pero ningún General alcanzó en el ejército ruso de Europa la popularidad y el prestigio que alcanzaron Gurko y Skobelev. Podrá haberlos más científicos, más estratégicos; pero no los hay que sepan

granjearse mejor las simpatías de los soldados. Gurko y Skobelev son de esos hombres que nacen, antes que para Generales, para caudillos, y que poseen el don mágico de avasallar moralmente, sin la menor sombra de despotismo, á cuantos bajo sus órdenes militan.

La campaña de los Balkanes permitió, mejor aún que las operaciones verificadas en el llano, el apreciar comparativamente los armamentos ruso y turco, comparación que salió siempre favorable á este último. Los rusos emplearon el fusil Bérdam y la tercerola Krinka, arma de aguja modificada en Rusia. Dos clases de fusiles tenían también los turcos; el Martiny Henri Peabody, fabricado por la misma razón social que el Bérdam de los rusos, y el fusil americano Snider, sistema vulgarmente llamado de tabaquera, y bastante económico por la facilidad con que puede ajustarse á los fusiles de sistema antiguo. La caballería otomana usaba el rifle Winchester de trece tiros. Ocioso fuera que entrase aquí á examinar cuál de esas armas reunía mejores condiciones para la defensa ó para el ataque, y cuál de ellas sobresalía por su aplicación á entrambos casos: sólo apuntaré una observación hecha sobre el terreno, y en la que todos los peritos en el asunto están conformes. El Martiny Henri, por el alcance y la rapidez de sus tiros, dió grandes resultados en los ataques de Schipka; el Snider, por la matemática certeza de sus disparos, llevóse la palma en los atrincheramientos de Plevna. Los tiradores turcos van de ordinario armados con Snider. Ambos fusiles no tienen sino una desventaja con relación al Bérdam; son más pesados. A bien que el fusil turco puede impunemente pesar más, porque el equipo del que lo lleva es ligerísimo. En cuanto al Winchester, arma bonita y elegante, no es de aplicación en una guerra: caliéntase al cabo de algunos disparos, y aparte de lo incierto del tiro, á 200 metros causa bien poco daño. Como arma de más apariencia que efecto, úsase con provecho por la gendarmería turca, en lugar del revólver. Las tropas irregulares otomanas poseían variedad de armamento, procedente de los desechos de los parques y del botín cogido al enemigo en las guerras del Montenegro y de la Servia, sin olvidar el *Kariofil*, especie de es-

pingarda con adornos más ó menos ricos, que ciertos *bachibozuks* no se resignan á trocar por el armamento moderno.

Con la llegada de los rusos á Adrianópolis, ya no cabía duda en los ánimos respecto del éxito de la guerra. Muchas veces se ha preguntado: ¿por qué no entraron los rusos en Constantinopla? Los turcos no lo podían ya impedir. ¿Quién, pues, lo impedía? ¿Los ingleses? Y sobre este tema que cada cual ha explotado á su modo, hase tejido un sinnúmero de vulgaridades. Creo, sin embargo, que puede resolverse de una manera muy lógica y muy sencilla: después de los inmensos sacrificios llevados á cabo por los rusos, después de lo mucho que les había costado salvar el honor de sus armas, en una contienda en que peligró el poderío entero de la Rusia y el porvenir de la causa eslava, nadie se hallaba en el caso de querer ó poder impedir el movimiento de avance del ejército moscovita; y nadie seguramente soñó en impedirlo, ni mediante la amenaza material ni mediante la amenaza diplomática, pues sólo impedirlo podía el adversario derrotado, logrando hacerse aceptar proposiciones de armisticio. Compréndese que cuando un ejército es victorioso desde el primer día, y la campaña se convierte para él en un paseo militar, le salgan al paso amigos officiosos del vencido para inducirle á comprender que la debilidad debe ser respetada y que las injusticias suelen costar caras, cuando no se vuelven contra el mismo que las comete. Compréndese que un ejército que avanza en una empresa, sin hallar obstáculos, se conmueva al primer contratiempo ó vacile ante la menor indicación, porque nadie es tan sensible á la dificultad como quien no la ha sufrido de cerca. Pero no se comprende que un ejército que ha sellado sus conquistas con su sangre; que lleva coronados sus pendones con la aureola del triunfo, conseguido peleando, en lucha franca, de igual á igual; que ha puesto en la balanza los intereses más caros y los ha salvado por el único esfuerzo de su denuedo y de su energía; que ha ganado en buena lid laureles que nadie osaría disputarle; que siente elevarse su espíritu, fortalecerse su ímpetu y arder su entusiasmo ante la idea de terminar con gloria, en plazo brevísimo, lo que prosiguió con tenacidad y ardimiento, tras luen-

gos meses de adversidades y penurias; no se comprende, repito, que un ejército, colocado en semejante situación, se inmute por una valla más que tenga que salvar ó tome en serio los amagos extemporáneos de la fuerza y las maquinaciones cobardes de la diplomacia. Si Inglaterra quería interceptar la marcha de los rusos sobre el Bósforo, no debía aguardar á que los rusos llegasen á las puertas de Constantinopla. El momento propicio para un golpe de mano era cuando el grueso del ejército ruso se hallaba sobre las cimas de los Balkanes de Tírnova y de Sophia, arrastrando en pos de sí todos los elementos necesarios para entablar una campaña en la Rumelia. Entonces podía haber desembarcado en el golfo de Salónica un cuerpo de tropas inglesas, con lo cual los rusos habrían tenido que dividir sus fuerzas, enviando parte de ellas á Macedonia y no avanzando las otras más allá de Kezanlyk por no habérselas en los campos del Maritza con el ejército de Suleimán, unido al de Constantinopla. O más claro: Gurko hubiera tenido que permanecer en Sophia ú operar en la Macedonia, y el Gran Duque Nicolás no hubiera adelantado un paso. Mas Inglaterra no obró, ni pudo obrar así, porque esto no entró jamás en sus miras; y si bien no veía con buenos ojos los progresos de la Rusia, y aparentaba deseos de protección por la Turquía, no los ostentó más que por medio de dos actos: la entrada de sus buques en el Mar Negro, violando las leyes internacionales que impiden el paso de barcos de guerra por los Dardanelos, sin previo permiso de los turcos, lo cual motivó una protesta de parte de estos mismos; y el aconsejar á los griegos, quienes acababan de romper las hostilidades contra el Imperio, á que regresáran dentro de sus fronteras. Proponíanse los ingleses contraer motivos de agradecimiento para con Turquía, desembarazándola de mayores conflictos; pero con la retrocesión de las tropas griegas no consiguieron sino entorpecer las justas aspiraciones de la nación helénica y retardar la emancipación de algunos miles de cristianos, sin perjudicar con esto á los rusos, contra quienes no se hubieran dirigido nunca—hubiese ó no hecho Grecia la guerra—las escasas tropas turcas encontradas sobre la Thesalia; y antes bien, favorecién-

doles, porque en bien del eslavismo redundaba cuanto tendiera á sofocar los movimientos de las poblaciones anti-eslavas.

No bien se supo en Constantinopla la noticia del paso de los Balkanes por el ejército ruso, la Sublime Puerta envió parlamentarios á Kezanlyk. El Gran Duque Nicolás no quiso recibirlos: les anunció que podrían verse con él en Adrianópolis. Nótese que, como no era segura para los rusos la inmediata toma de dicha ciudad, tenían antes que destruir á Suleimán-pachá y apoderarse de Tatar-Bazardjik y Filippópolis. Al llegar el Gran Duque á la antigua capital otomana, salieron á recibirle los parlamentarios. Desde aquel mismo día comenzaron las negociaciones para el armisticio, que duraron muy poco, pues los turcos accedieron á todas las exigencias. Estipulóse, entre otras cosas, que cada beligerante permaneciera en el lugar en que se hallaba en el momento de suspenderse las hostilidades. Fijóse la línea que rusos y turcos habían de ocupar entre Constantinopla y Adrianópolis, línea que pasaba no muchos kilómetros por bajo de esta ciudad é iba desde el mar Negro al mar de Mármara. Firmado el armisticio, inauguráronse las negociaciones para la paz, á cuyo efecto la Puerta y el cuartel general ruso nombraron los comisionados respectivos. Que reinaba en estos actos la mayor cordialidad y cortesía, y de parte de los turcos un vivo deseo de conciliación, pruébalo un hecho elocuente: ofrecieron aquéllos al gran Duque Nicolás que, traspasando la línea del armisticio, fuera á establecerse al pueblo de San Stephano (sito á la vista de Constantinopla) y sobre la línea del ferrocarril, paraje que además de brindar cómodo alojamiento al cuartel general, facilitaba el curso de las negociaciones entabladas. Aceptó el Gran Duque, y con algunas fuerzas de la Guardia traspuso las líneas otomanas, en donde recibió los honores que le correspondían, y fué á San Stéphano á disfrutar pacíficamente de la hospitalidad otomana. No plugo á los ingleses, cuya flota estaba fondeada en el golfo de Ismid, frente á San Stéphano, la llegada de los rusos á este sitio; pero ¡tantas cosas no gustaban á los ingleses, y con todo el poder de sus buques no acertaban á impedirlo! Su formidable

escuadra fué rodeada de precauciones excepcionales como si se temiera una sorpresa. Nadie podía salir de los buques ni nadie era admitido á visitarlos. Permanecían aquéllos con los masteleros calados, y de noche cañoneros y torpedos surcaban el golfo de Ismid en todas direcciones. Estado de guerra completo. Entretanto rusos y turcos conferenciaban, y los oficiales rusos paseaban sus uniformes y arrastraban sus sables por las calles de Stambul y de Pera. San Stéphanó habíase convertido en objeto de romería. El ferrocarril y los vaporcitos del Bósforo no cesaban de trasportar viajeros entre San Stéphanó y Constantinopla y viceversa. Era precisamente época de Carnaval. Los rusos, en los bailes de máscaras y demás solaces, desquitábanse de las pasadas molestias y privaciones. No sucedía otro tanto entre la población musulmana de Stambul, invadido como estaba este barrio por millares de fugitivos de la Rumelia, que llevaban consigo la miseria y la epidemia. Las vastas mezquitas de Santa Sophia, Suleimanieh y Sultán Ahmed, cuajadas de refugiados musulmanes, eran otros tantos focos de infección. De Santa Sophia extraíanse diariamente numerosos cadáveres, en especial de mujeres y niños. En la fisonomía de los turcos de Stambul adivinábanse la tristeza y el abatimiento, medio velados por esa resignación que es el fondo del carácter musulmán. La opinión popular renegaba de ciertos pachás, á quienes se tildaba de prevaricadores; reconocía el poder de los rusos, admirándolo; maldecía á los ingleses, que después de infundir esperanzas á la Sublime Puerta, quedaban inactivos en los momentos más supremos. Por pura fórmula, sin duda, el Gobierno turco mandó guarnecer, como en perspectiva de un ataque, las fortificaciones de Constantinopla; vano simulacro, pues los rusos se hallaban dentro de la línea de defensa, y paulatinamente habían acumulado respetables fuerzas en torno de San Stéphanó. Constantinopla, por su posición geográfica y por su excelente sistema defensivo, no puede, contando con buena dirección y fuerzas suficientes, caer en manos del enemigo, por poderoso que sea, siempre que éste no vea secundada por el lado del mar su acción ofensiva.

Lentamente proseguíanse las negociaciones. Querían los rusos cerrarlas cuanto antes; los turcos, en cambio, ponían todos los medios para dilatarlas, proceder que es el rasgo más característico de la política otomana. «Tiempo ganado para nosotros, tiempo perdido para los demás.» Tal parece ser el axioma en que se inspiran los diplomáticos turcos. Cuéntase una anécdota, que tengo por fidedigna, referente á una entrevista que celebró el presidente de la comisión rusa con el de la turca, para dar á conocer su proyecto de tratado. Aquello no era tratado de paz, sino catálogo interminable de imposiciones y exigencias. El General Ignatieff leía pausadamente, y á cada artículo deteníase un instante para mirar á su interlocutor, Savfet-pachá, quien escuchaba impávido, sin manifestar la menor sorpresa ni emoción. Todo era cercenar provincias, exigir millones tras millones, asegurar garantías; Savfet-pachá no pestañeaba, no oponía la menor objeción, no tenía nada que replicar, absolutamente nada. El General Ignatieff, ante esta actitud, sintió acaso no haber apretado más las clavijas, temió haberse quedado corto. Terminada la lectura, miró de nuevo al diplomático turco, y como éste no cambiara de postura ni rompiera el silencio, Ignatieff dijo: «Ahora bien; ¿no tenéis nada que alegar á esto?» A lo que Savfet-pachá respondió: «¿Qué puedo yo alegar? ¡Nada! ¡Estoy conforme! Todo lo queréis, todo lo tomáis; ¿qué podemos hacer nosotros? ¿Deseáis también nuestras casas, nuestras ropas, nuestras familias? Ordenadlo y se os dará. La fuerza reside en vuestras manos.» Con estos ó parecidos episodios, las negociaciones estuvieron varias veces á punto de quebrarse, no porque en ello tuvieran interés los turcos, mas por ser fieles á su procedimiento de prolongar las situaciones equívocas.

Cundía en el cuartel general la impaciencia, y mayor era la que reinaba en San Petersburgo. El Gran Duque echó mano de uno de esos recursos de energía tan necesarios en semejantes casos. Ordenó que todas las fuerzas de la Guardia Imperial acantonadas en aquellos contornos, desde las orillas del Mar Negro á las del Mar de Mármara, estuviesen dispuestas para una gran revista que debía celebrarse en San

Stéphano. Diré, de paso, que el Ministerio de la Guerra otomano daba muestra en aquellos instantes de prodigiosa actividad. Miles de hombres trabajaban en reforzar las baterías de los Dardanelos y construir otras nuevas; improvisábanse fortificaciones en el Bósforo, del lado del Mar Negro; hacíanse formidables las posiciones de Karabunar, junto al istmo que une el Chersoneso á la Thracia. Llegó, por fin, el día señalado para la gran revista militar rusa. Era el propio día fijado en un *ultimátum* para romper las negociaciones en caso de que no estuvieran concluídas. En la cancillería de San Stéphano, los delegados rusos trabajaron durante toda la noche, pues ya estaban convenidos los términos del tratado, y este debía ponerse á la firma de los delegados turcos al amanecer. Desde la noche precedente no cesaron de llegar á San Stéphano fuerzas destinadas á tomar parte en la revista. Congregáronse más de 25.000 hombres sobre los campos vecinos á dicho pueblo, presentando un aspecto brillantísimo, que dejaba atónitos á los millares de curiosos venidos de Constantinopla. La revista debía verificarse á las doce; pero había trascurrido toda la mañana, sin que el tratado, firmado ya, hubiese sido devuelto por la Sublime Puerta. El Gran Duque Nicolás notificó, por medio de un enviado especial, al Gobierno turco, que si á las tres de la tarde el tratado de paz no obraba en su poder, el ejército reunido en San Stéphano marcharía sobre la capital. En ésta guardóse bajo sigilo la intimación: entre los soldados de San Stéphano circuló el rumor de lo que ocurría, y el entusiasmo elevóse á un grado sumo. Con efecto, las tropas acumuladas en San Stéphano estaban provistas y equipadas como en vísperas de entrar en combate. El plan se había perfectamente calculado, en sus más ínfimos detalles. La tropa saldría en la tarde misma; pernoctaría sobre las líneas de Macrikeui, y al día siguiente, de grado ó por fuerza, penetraría en la ciudad de Constantino por dos puertas á la vez, sin duda por las puertas de Edirné y de las Siete Torres. El ejército, halagado con esa perspectiva, deseaba que los turcos vinieran con una nueva dilación. A las dos en punto se presentó en el campo de la revista el Gran Duque, seguido de todo su cuartel ge-

neral y de su Estado Mayor, en que figuraban representantes de todas las naciones (excepto de España), y detúvose á un extremo de la línea, con el objeto de esperar la respuesta de los turcos. En verdad que allí formaban las tropas más aguerridas y más espléndidas del ejército moscovita, y presentes estaban los Nepokoichinsky, Gurko, Skobelev (padre é hijo), Radetsky, Raugh, Ganetsky, Strukoff, Leuchtemberg, Totleben, todos los Generales, en fin, que más renombre y prez habían adquirido desde los comienzos de la campaña. Véase allí la caballería de la Guardia Imperial, con sus lanceros, sus hulanos, sus húsares y sus dragones, cada cuerpo con uniforme vistoso y distinto; allí los circasianos con sus negros kalpacks de Astrakán y sus túnicas oscuras ribeteadas de plata y su profuso armamento, en que se despliega la rica originalidad de la industria del Cáucaso; los cosacos del Don y del Dnieper, con sus nervudos caballos y sus larguísimas lanzas; el regimiento de Preobajensky, mandado por el Príncipe de Oldemburgo, ese regimiento favorito de Pedro el Grande y compuesto por hombres de talla colosal, los más altos de Europa; los intrépidos cazadores de la Guardia, héroes en la sangrienta jornada de Télisch; el regimiento de Ismailowsky, entre cuyos soldados y oficiales figuran los nombres de la primera nobleza de Rusia; el regimiento finlandés, que habla el idioma sueco, tan elocuente en las tierras orientales desde la legendaria campaña de Carlos X, y que corre al combate á los bélicos acentos del himno de Gustavo Adolfo; los granaderos de la Guardia; fuerzas todas ellas, en suma, propias para deslumbrar y derrotar á los más apasionados contra el ejército ruso.

Iban á dar las tres de la tarde, cuando al galope de briosos caballos llegó el carruaje que conducía al General Ignatieff, portador del tratado de paz. Montó Ignatieff á caballo; el Gran Duque le abrazó, y avanzando luego con todo su séquito hasta el centro de la línea, levantó el documento al aire y exclamó á plenos pulmones: «Soldados: el convenio se firmó, la paz está hecha, y hé ahí Constantinopla. ¡Viva la Rusia! ¡Viva el Czar!» Un ¡hurra! prolongado, semejante al rugido del mar, estalló en toda la línea. Recorrióla el Gran

Duque, empuñando en su diestra el papel; las tropas le victorearon ardientemente, los clamores de júbilo formaron coro con las notas del himno nacional ruso, repetido por cien músicas; los cristianos que por curiosidad asistían al acto, asociáronse á la manifestación, y en medio de esta algarabía, salieron de entre las filas algunas voces de: «¡A Calcuta! ¡A Calcuta!»

Cuando en el Asia Central se libre algún día el duelo entre Rusia é Inglaterra, con el cual ha de decidirse para siempre la cuestión oriental, acordémonos del tratado de San Stéphanó, realizado á la vista de la escuadra inglesa, que devoraba su despecho en el golfo de Ismid; acordémonos de ese tratado, consagración de la supremacía del panslavismo sobre la influencia británica en el porvenir del Oriente. El Asia lo resolverá, y los horizontes asiáticos van esclavizándose por momentos. Poco ó nada tiene que hacer el panslavismo en Europa, sino antes bien recibirlo, como lo recibe todo, de ella; pero le está reservada una gran misión en Asia, y en ella fúndase precisamente la existencia del panslavismo. La Rusia no es hoy tan coloso por su fuerza como por sus dimensiones; pero lo será por sus dimensiones como por su fuerza, el día en que, á caballo sobre las cumbres del Ural, recoja con una mano los tesoros de la civilización europea, para esparcirlos con la otra sobre las poblaciones del continente asiático, llenando, en nombre de la gran familia ariana, un deber de gratitud para con los países que cobijaron la cuna de nuestra raza é inculcaron en ella el germen de las ideas que han sentado nuestra superioridad sobre las demás familias de la especie humana.

He dicho.

SATURNINO JIMÉNEZ.





COSAS DE MADRID

Continuación (I).

INFORMES DE UN TESTIGO.

1820-1823.

II.

DODRÁ suceder, leído el capítulo antecedente, que parezca contradictoria su índole y referencia con la resolución que manifesté al principio del libro de no tratar asuntos políticos. Así es la verdad, y lo es también que no cejaré ni he cejado en el primer propósito, pues si tanto alcance hubiera tenido que me impidiera referir sucesos relacionados con nuestros cambios gubernamentales, fuera igual que haber aspirado á un imposible, desconociendo la influencia que han ejercido siempre los acontecimientos públicos en la esfera privada, en las sociedades modernas sobre todo.

Quédese para las novelas ó escritos de fantasía escoger caracteres y tipos de circunstancias, con abstracción absoluta de referencia política; difícil es el empeño, expuesto el conjunto

(1) Véase la pág. 25 de este tomo.

á resultar deslabazado y falto de verdad; pero ejemplo hay de privilegiados ingenios que han logrado vencer las dificultades; mas cuando del aspecto social se trata, si pintar costumbres se pretende, hay que tomarlas donde se encuentran, aceptarlas como son, y aun es obligatorio comentarlas y esclarecerlas que por su origen merecen atención y aun detenido estudio. El escritor en este caso sólo puede obligarse á prescindir de sus opiniones, que no hará poco en lograrlo, y de acuerdo con su conciencia, que rara vez engaña, seguir adelante en la tarea que se impuso, porque no ha de serle muy fácil, si épocas de transición tiene que reseñar, en que los usos que se van pugnan contra los que vienen, en muchas partes unos con otros se amalgaman, y aun hay quien los acepta á entrambos, barajándoles de modo que fuera difícil marcar á cada cual su linde.

Propia fué esta condición de los tiempos á que alcanzan mis primeros recuerdos; grande la incertidumbre de las inteligencias entre los principios de aquella célebre universidad de feliz olvido, que decía á Fernando VII: «lejos de nosotros la peligrosa innovación de discurrir,» y el criterio de aquel diputado de las Cortes de Cádiz, que escatimando en la discusión las facultades al Monarca y oyendo murmurar á su lado: «Eso sería un rey de palo,» contestó también por lo bajo: «De corcho le quisiera yo.» Esto último se sabía, se comentaba, se difundía entre un pueblo mal dispuesto é impresionable, dando por resultado opiniones y hechos tan contradictorios como aparecen algunos de este capítulo con los del anterior.

Causará extrañeza, después de saber la organización turbulenta de las sociedades patrióticas, las muchas secretas que dominaban sin rival, las publicaciones impías que á mansalva circulaban, que el sentimiento religioso permaneciese íntegro y sin menoscabo; mas no era de otro modo. Los legisladores de 1812 consignaron en el Código fundamental que la religión de la nación española era y sería perpetuamente católica, apostólica, romana, única verdadera, con exclusión de cualquiera otra, y los españoles aceptaron de buen grado una ley que estaba en su carácter, en su origen y en sus tradiciones. Quien pensaba otra cosa, se atraía la desconfianza de las per-

sonas sensatas, y la experiencia acreditó que no era infundado el recelo.

Los más exaltados constitucionales continuaban siendo religiosos, por lo menos en el interior de la familia; los milicianos, sin descansar de sus fatigas militares, acudían á su casa á hora de llevar el rosario, arrimando á un lado el fusil para coger el ejercicio cotidiano. No se me citen casos particulares: los conozco como excepción de la regla entre las verdades que cuento y otras que iré contando. Más incrédulos hicieron el procaz lenguaje de la prensa defensora del Rey absoluto y los malos ejemplos del P. Marañón (a) el Trapense y otros de su jaez, que todas las vanas declamaciones y escritos de los libre-pensadores.

Las cofradías y hermandades eran numerosas, y por tanto las procesiones y fiestas de iglesia en que salían á lo exterior los escapularios y medallas, que sin esto se guardaban bajo el uniforme. Con verdadera contrición fué Riego al suplicio, y con ejemplar mansedumbre sufrió los insultos de la plebe realista aquel hombre falto de cordura, pero cobarde nunca. El padre carmelita que le auxilió en los últimos momentos, escribió en el *Diario de Madrid* á los pocos días de la triste ejecución: «Dirán algunos de sus parciales que no ha muerto como un héroe; pero yo declaro, á fe de sacerdote, que ha muerto como un buen cristiano.»

Así eran los liberales madrileños, y debo consignarlo sin temor á la incredulidad infundada.

Uno de los actos de las asociaciones religiosas que más llamaba la atención desde tiempos antiguos, era la colecta nocturna que verificaban los hermanos de Nuestra Señora de la Esperanza, vulgarmente llamados del *Pecado mortal*. Por lo común pertenecían á clase distinguida, y ya bien entrada la noche se repartían en parejas á demandar por calles y plazas limosna *para hacer bien por los que están en pecado mortal*, clamando con voz lúgubre y acompasada, cada uno por acera diferente. A veces se paraban á echar lo que llamaban una saetilla, que no era otra cosa sino una quarteta mística excitando á la penitencia, comenzada en tono doliente por uno de los hermanos, en términos parecidos:

Piensa que te has de morir,
Piensa que hay juicio é infierno,

á lo que añadía el otro en el mismo compás:

Bien y mal, y todo eterno,
y que á juicio has de venir.

Seguramente que otras coplas que se citan aparte de las reglamentarias, serían inventadas por gente truhanesca, pues no deben atribuirse á congregación tan grave algunas como las siguientes:

Por un juicio temerario
se condenó un boticario.

—

Por un falso testimonio
te ha de llevar el demonio, etc.

De cualquier modo, la hora, la oscuridad, el sombrío reflejo de la gran linterna de que iba provisto cada uno de los postulantes, su andar mesurado y voz cavernosa, eran bastantes para meter miedo á los muchachos y lograr se acostasen á toda prisa y en silencio, con gran descanso de mamás y abuelas, solicitando por gracia arrojar por el balcón alguna moneda envuelta en un papel encendido para que viesen dónde caía los señores del pecado mortal y tenerlos contentos.

Otra de las devociones nocturnas eran las procesiones del Santo Rosario, que salían de varias iglesias á recorrer la jurisdicción que les estaba marcada, pues en esto había gran cuidado en no excederse, so pena de choques algo bruscos. Componían la rogativa más ó menos número de cantores, acompañados de un fagot que les diese el tono, cuatro faroles puestos en largas varas, algunos obra de gran primor, y los devotos, que no eran muchos, en verdad, pero nunca faltaban. Los sábados era el acompañamiento mayor y más solemne la ceremonia.

Después del toque de oraciones, á tiempo que se rezaba el

Angelus en todas las casas, encendida luz y dadas las buenas noches, se encendían también las lámparas y velas que alumbraban los infinitos retablos é imágenes expuestas en las fachadas de los edificios de Madrid, en tanto número que sería imposible recordarlos y prolija su enumeración, por más que fuesen una de las circunstancias más caracteríscas de la villa, y su historia, si pudiera hacerse, hartó entretenida, curiosa y aclaratoria de muchas antiguallas incógnitas. Mas si esto no es posible, razón es el interés que encierran para mencionar unas cuantas, sin olvidar el origen tradicional de varias.

Un Santo Cristo de tamaño natural se veneraba en la fachada de la parroquia de Santa Cruz, á un lado de la puerta mayor. Se veía en una hornacina resguardada por cristales, alumbrado por muchas luces y rodeado de *exvotos*, testimonio de la fe que se le tenía. Ninguna persona pasaba ante la imagen sin santiguarse, y muchas se arrodillaban rezando largo rato, sin extrañarlo nadie, porque á otras se tributaba igual reverencia.

En el atrio de San Sebastián, por la calle de las Huertas, había también otro Crucifijo igual al susodicho; otro en la parte exterior del Carmen calzado, esquina á la calle de la Salud; una efigie de Nuestra Señora, muy reverenciada, en la calle de la Zarza, desaparecida en el ensanche de la puerta del Sol; un San Antonio célebre en la calle de Ita, esquina á la Angosta de Peligros (después de Sevilla), y por fin, en todas las fachadas de iglesias y conventos estaba la imagen de su titular, y en casi todas las calles el santo que las daba nombre alumbrado por los devotos, sin contar las tiendas, todas con su patrono, y los muchos portales donde los vecinos competían en mantener el culto de la imagen, que de unos á otros se consideraba guardiana de la casa.

Entre las más devotas advocaciones cuyo origen tradicional ha llegado á mi noticia, se cuenta un retablo de Nuestra Señora, fijo en una casa de la calle de Carretas, donde permaneció hasta el ensanche.

Según los inquilinos que cuidaban de alumbrar el cuadro, una noche, á mediados del siglo anterior, pasaba hartó á deshora un joven por delante del portal, cuando en su angosto y

oscuro centro creyó percibir lamentos ahogados de mujer. Aplicó el oído y los oyó más distintos, si bien más contenidos. Era el mancebo de condición generosa, y avanzando resuelto,—Cualquiera que sea V.—dijo,—cuente con mi ayuda en su tribulación.—Nadie respondió. El lóbrego portal parecía una tumba, y el joven siguió adelante hasta tropezar con un objeto que lanzó un ay lastimero.—¿Quién es V.?—preguntó el mozo.—¿Está V. enferma ó herida? Buscaré socorro si yo no basto á darle.—Por Dios, caballero, por su honor y el de su esposa é hija, abandone á esta mujer liviana.—No tengo hija ni esposa, ni debo considerar en V. más que una desgraciada. Ánimo, pues, y veamos de salvar la vida, ya que según parece, anda la honra por los suelos.—Del suelo, en efecto, recogió á la paciente, y quitándose su larga corbata, entonces en uso, la ciñó la cintura, saliendo de prisa á buscar un coche á la calle cercana de los Negros (hoy de Tetuán), donde se había establecido el alquilador Simón, de quien tomaron el nombre de simones los vehículos de alquiler. Mas aunque anduvo diligente y prometió buena paga, tardaron algún tanto en enganchar, volviendo en busca de la desconocida cuando ya ésta no se encontró, por más que registraron el portal encendiendo uno de los hachones que siempre llevaban prevenidos en aquel tiempo los carruajes, no sirviendo el prevenido para otra cosa que conducir al caballero á su casa, que á fe lo lluvioso de la noche y descompuesto del traje bien se lo demandaba.

Fueron y vinieron días, el joven olvidó el incidente del portal á oscuras, ó mejor dicho, guardó silencio acerca de la aventura, y adelantado en su carrera del foro, conoció á una señorita honesta y bien nacida, á quien requirió de amores, y mediando recíproca correspondencia y ninguna dificultad de clase ni fortuna, al poco tiempo celebraron esponsales entrambos con regocijo mutuo y auspicios felices para en adelante. Nada turbó al principio el sereno cielo de su dicha; antes bien, las señales ciertas de hallarse la señora en estado de *buena esperanza* colmó la ventura del feliz matrimonio. Cuando he aquí al esposo sombrío y taciturno sin saber por qué; á su dulce consorte apurando cuantos recursos sabe emplear una mujer querida para desarrugar la frente del hombre objeto de

su cariño, y aquél más concentrado en sí mismo cuanto más halagüeña era la solicitud de la recién casada.—Sin duda—le dijo ésta,—algún crimen terrible que debes sentenciar te preocupa.—¡Muy terrible! es cierto—la contestó el magistrado,—pues ya lo era.—¿No me lo dirás?—Será público, luego.—Quisiera saberlo, para compartir el cuidado contigo.—¡Bastal—repuso el marido frunciendo el ceño y apartándola con rudeza.—¡Qué inexorable es en el cumplimiento de la justicia!—murmuró la esposa, arrasados los ojos en lágrimas.

Llegó el caso del alumbramiento, y la siniestra preocupación del marido creció en intensidad. Encerrado en su estudio, con la cabeza sostenida entre las manos, sólo daba muestras de inteligencia cuando los facultativos venían á enterarle del estado de la paciente.—Tenga V. confianza, D. N...—le dijo el de cabecera,—tendremos un resultado feliz, por más que la señora se queje tanto como todas las que por primera vez se encuentran en su caso.—Es cierto: se queja demasiado—añadió el marido:—llegó el momento de aliviarla.—Dicho esto se alzó rígido del asiento, y marchando con paso igual y silencioso á manera de un espectro evocado de la tumba, en términos de asustar al médico, se le vió abrir una gabeta, sacar de ella un lienzo, desdoblarle, y entrando en la alcoba de su mujer, presentarse ante ella sin ruido y decirla con voz enronquecida, mostrándola el cendal que en la mano llevaba:—La noche que yo te dí esta corbata, por cierto te quejabas mucho menos.—La desgraciada esposa fijó la vista, lanzó un grito desgarrador, cayó desvanecida, y sus miembros adquirieron la rigidez de la muerte.

A otro día sacaban de la casa en un mismo ataúd á la madre y el hijo, antes muerto que nacido, en dirección al cementerio cercano.

La causa de tanta desventura fué la imprudente seguridad de la mujer engañadora. Cuidó que nadie la conociese huyendo al punto que el joven se apartó de ella la noche fatal, á refugiarse en casa de una parienta suya, que movida por sus lágrimas y vencida por el interés, la dió asilo bajo pretexto, con los tutores de la niña, de una indisposición grave y repentina que no la permitía abandonar el lecho. El compro-

bante del extravío no vivió jamás, la encubridora murió á poco y la fatal corbata pareció á su impensada dueña testimonio sin peligro y prenda de valor para destruída. Mas no fue así. Una doncella de la esposa desleal la preparó entre la ropa del marido ignorando su procedencia. No había duda. El había hecho los dibujos para que la bordasen sus hermanas. Conocía la labor y el género. Le abrasaba las manos, le ahogaba cual una serpiente rodeada á su garganta; pero calló, ofreciendo una buena recompensa á la doncella porque la diese como perdida si la preguntaban. La guardó con cuidado, y ya sabemos lo demás.

El inflexible esposo vivió dos años á solas con su conciencia, retraído de la sociedad, concentrado en su dolor sin llanto. Ni el estudio, ni la solicitud amistosa pudieron calmar su tétrico pesar.

Mal contento de sí mismo, abstraíase en profunda meditación, interrumpida por repentinos estremecimientos cual si escuchara la voz acusadora demandando á Caín cuenta de la sangre de su hermano. Una noche, después de agitado insomnio, dejó el descompuesto lecho como impulsado por fuerza misteriosa y llegó á la iglesia á la misa del alba. Arrodillado junto á un pilar, sintió por primera vez dilatársele el corazón y ardientes y consoladoras lágrimas inundaron sus ojos.—Refugio de los pecadores, ruega por mí, se le oyó exclamar antes de caer sobre el pavimento.

Al retirarse el celebrante llamó su atención aquel hombre sin conocimiento y llegó á darle auxilio.—Es el loco, dijo el acólito.—Es el penitente, replicó el sacerdote, que le había confesado el día anterior. Roguemos por él.—Rezadas las paces de los difuntos sobre el cadáver, con asistencia de algunas pobres mujeres, fué recogido para depositarle en la fosa común, conforme á su voluntad expresa.

Trascurrido poco tiempo, se colocó una devota imagen de Nuestra Señora del Carmen, consuelo de las almas en pecado, entre dos balcones del piso primero de la casa del portal á oscuras, alumbrada con un farol durante la noche, como en súplica por el alma de los que intervinieron en la trágica historia.

Origen menos doloroso tiene la capilla de la Virgen de la Novena establecida en la parroquia de San Sebastián, que es hace 260 años fundación y propiedad de los cómicos españoles.

Permítame el inteligente actor D. Mariano Fernández que preste á mi narración el atractivo que no tendría por sí sola, con alguna de las quintillas en que refirió la piadosa leyenda una noche de la anterior jornada en el real sitio de San Ildefonso, ante la Serenísima Infanta D.^a Isabel y numeroso público que le recompensó con sus aplausos.

Más de dos siglos hace que una célebre actriz, por nombre Catalina Flores, yacía baldada y parálitica, sombra su hermosura de lo que fué, y sin vigor su inteligencia para otra cosa que sentir su desventura no fuese.

Calle de Santa María,
esquina á la del León,
entonce un retablo había,
que justamente caía
enfrente de su balcón.

Desde los primeros reflejos de la aurora oraba la enferma, puesta su mirada en el cuadro, demandando socorro á la Virgen, desconfiada como se hallaba de todo humano socorro.

Una mañana que su padecer era más intenso y su devoción más ardiente,

—¡Tres años llevo tullida!
dijo con fe y honda pena,
¡Salvadme, virgen querida,
y os haré toda mi vida
en cada año una novena!

—Yo te llevaré á un templo, añadió la doliente, donde los dichos profanos no turben el recogimiento debido á tu santo nombre, y á lograrlo dedicaré el resto de mi vida.

La santa virgen oyó
sus votos á no dudar,

pues Catalina sanó,
 las muletas arrojó
 ¡y al mes volvió á trabajar!

Así fué en verdad. La gala del *corral de la Pacheca* lució con nuevo brillo; su llanto convertido en risa prestaba nuevos atractivos á su mérito y el público le apreciaba como se aprecia un bien perdido si á deshora se encuentra. La Flores fué la delicia de la corte.

Mas el *retablo* adquirió,
congregó á sus compañeros
 los actores, trabajó,
 y en pocos años juntó
 materiales y dineros.

Ya era vieja Catalina cuando logró ver terminada la capilla que su piedad ardiente hizo voto de levantar en lo mejor de la corte en término propio.

El arte se ennobleció,
 Y la imagen santa y buena
 Que tal maravilla obró,
 Desde entonces se llamó
 La Virgen de la *Novena*.

Entre las varias publicaciones eruditas con que el Sr. D. José Pardo de Figueroa (Dr. Thebussem), residente en Medina-Sidonia, favorece á sus amigos (en cuyo número tengo la honra de contarme), hay una impresa en octubre de 1882, con la circunstancia de *no se vende*, como todas sus compañeras, titulada *Tres antiguallas*, que se conservan en la casa y residencia habitual de dicho señor. Paso de largo ante las dos primeras, que bien despacio las miré en tiempo conveniente, para llegar á la última, que es una pintura de Nuestra Señora de la Soledad, á la que Mesonero Romanos hace referencia en *El antiguo Madrid*, en los siguientes términos, hablando de la calle de Postas: «... en la casa número 31 viejo y 32 nuevo

(de 5.000 pies de superficie), que debía ser la más grande de ella, estuvo la primera oficina del Correo ó de las Postas que hubo en Madrid, de que le quedó el nombre á la calle. Esta casa fué vinculada en el siglo XVII... y en el día pertenece á D. José Pardo de Figueroa. En los títulos de fundación se hace mención de la imagen de Nuestra Señora colocada aún en su retablo, en el portal de dicha casa, á la cual conservan mucha devoción los vecinos de aquel barrio. Dicho lienzo de la Virgen parece que existió antes en la Plaza Mayor, pero adquirida por el fundador del mayorazgo, la expuso al público en el portal de su casa, que aún es conocido por el *Portal de la Virgen.*»

Fernández de los Ríos, en la *Guía de Madrid* (1876) consigna: «que en la casa número 32 de la calle de Postas estuvo la primera oficina del Correo ó de Postas que hubo en Madrid. En documentos del siglo XVI se dice que en ella *posaban en lo antiguo los maestros de postas é que dellos era la Virgen que estaba en el portal.* Esta Virgen, que era una pintura de no escaso mérito y notable antigüedad, fué recogida en 1857 por el propietario de la finca Sr. Pardo de Figueroa... que reemplazó el cuadro con el lienzo actual.»

El testimonio en que consta la última parte de lo manifestado por Fernández de los Ríos se inserta á la letra en el folleto de las *Tres antiguallas*, cuyo contenido dice así, suprimiendo lo innecesario al objeto: «En la villa de Madrid á 7 de mayo de 1857, siendo la hora de las tres de la tarde, yo el infrascripto escribano de S. M., notario del colegio de esta corte, en virtud de requerimiento del Dr. D. Mariano Pardo de Figueroa, vecino de Medina-Sidonia y residente en dicha corte, calle Mayor, número 61, cuarto principal, como apoderado de su señor padre D. José Pardo de Figueroa, también vecino de Medina-Sidonia, poseedor de la casa situada en esta propia corte y su calle de Postas, señalada con el número 31 antiguo y 32 moderno, de la manzana 195, que perteneció al vínculo y mayorazgo fundado en 1645 por Martín Fernando Hidalgo y D.^a Claudia Fernández su mujer, me constituí en la expresada finca, con objeto de presenciar la traslación de una pintura al óleo sobre lienzo, que representa á Nuestra Se-

ñora de la Soledad, colocada en un retablo existente en el zaguan de la misma casa... El dicho lienzo representa á la Virgen, de medio cuerpo, vestida de blanco, con manto negro y rosario... Tiene de altura 1 metro y 84 centímetros por 1 y 14 de ancho. Dentro de él se encuentran dos crucifijos, dos fanales con flores de mano, dos faroles que se hallan continuamente encendidos, según manifiestan los testigos, lo cual además es público y notorio; varios candeleros con velas, que también se encienden, muchas flores y una porción de presentallas de cera depositadas por los devotos de la Virgen, que consideran la imagen como milagrosa, según también es público y notorio. Todo se hallaba perfectamente limpio y arreglado, manifestándose por Mariano Parra, portero de la casa, á cuyo cuidado estaba á la sazón el retablo, que en el alumbrado y aseo del mismo no se emplean más fondos que los de la limosna recogida en un cepillo que hay á la derecha del retablo, asegurándose por el propio portero, testigos y otras personas presentes, que la existencia de dicho altar data de tiempo inmemorial en el mismo sitio que hoy ocupa. Cuya pintura de la Virgen recogió y pasó á su poder el Dr. D. Mariano Pardo de Figueroa, como representante de su señor padre. (Siguen las firmas.) Ante mí, Segundo de Abendivar.»

Creo basta con lo dicho para que se comprenda que Madrid en la segunda época constitucional todavía era una población casi levítica, contribuyendo á ello los frailes de las órdenes mendicantes, que sabido es no fueron suprimidas. En ninguna casa faltaba el lego del convento á que más devoción tenía el dueño, á recoger en día determinado de la semana la limosna de costumbre, con gran regocijo de los muchachos para quienes eran las golosinas, estampas ó aleluyas que las amplias mangas del hermano guardaban para ellos, así como para las señoras los escapularios, granos de incienso, cabos del Santísimo y alguna oración eficaz contra la jaqueca, vahídos ó debilidades de estómago, quedando tan satisfechos unos y otros de la mutua correspondencia como sencilla era la intención de los que en ella intervenían. Con estas costumbres, que ahora tacharán algunos como de gente encogida y pazguata, fueron aquellos hombres ejemplo de valor sobrehumano, y los

nacionales del 7 de julio y del Trocadero con igual facilidad cogían un cirio para alumbrar en la procesión de su santo patrono que armaban bayoneta en defensa de sus opiniones. Creer lo contrario fué uno de los errores más costosos á Napoleón I.—¡Bah! España es un país de frailes,—dijo al saber los primeros alzamientos; con una tarde que les impida dormir la siesta quedarán sometidos.

Durante el régimen constitucional se abolió la pena de horca, sustituyéndola con la de garrote. Cada ejecución marcaba un día de luto general. Desde las primeras horas de la mañana circulaban por las calles los hermanos de la Paz y Caridad, acompañados de un sirviente, demandando á grandes voces limosna para celebrar sufragios por el alma del sentenciado. Se procuraba por cuantos medios era posible, sin faltar á la ley, dulcificar sus últimos momentos. Si la condena imponía la circunstancia de ser arrastrado por un burro hasta el suplicio, los hermanos tenían el privilegio de llevar al reo suspendido en un serón; ellos cuidaban de su entierro ó de dar sepultura cristiana á sus miembros, cuando se exponían en los caminos. De cualquier modo, el tránsito al lugar de la ejecución era solemne y conmovedor. El redoblar de las cajas destempladas de la escolta, el sonido de las campanillas de la Santa congregación, sus estandartes, la vista del Crucifijo alzado en alto, que también en suplicio ignominioso murió, la voz de los sacerdotes excitando al delincuente al arrepentimiento ó recitando las oraciones de los agonizantes, todo contribuía á elevar el alma fuera del estrecho círculo de las pasiones, predisponiéndola á la misericordia, al odio al delito, á la compasión hacia el reo.

Las ejecuciones de entonces hubieran sido una lección provechosa para los que opinan que deben verificarse á deshora, como de callada y con el menor aparato posible, cual si se tratase de abreviar un quehacer incómodo.

Dice bien Eugenio Sué; la ejecución de un reo de muerte se consideraba en España cual una desgracia pública, rodeándola de cuantas circunstancias puede la sociedad emplear en demostración de sentimiento por verse obligada á quitar la vida á uno de sus individuos.

Nada hemos hablado de cómo se procedía con la niñez en aquel tiempo, y es justo detenerse considerando, aunque sea de ligero, cómo fué tratada la generación que tan grandes cosas estaba llamada á realizar.

El sistema de primera enseñanza se fundaba en el rigor (salvo muy contadas excepciones). *La letra con sangre entra*, se reconocía por axioma incontrovertible. El maestro era un tirano sin apelación, á cuyo nombre temblaban los discípulos. Se comenzaba el día otorgando al más puntual la satisfacción de dar una palmeta al que llegaba el último, lo que se llamaba ganar la palmeta, cual recompensa que merecía desvelarse por conseguirla. La delación obtenía premio, y el cargo de sostener á costas á los condenados á la vergonzosa pena de azotes, sólo se concedía á los más fuertes y adelantados. Esto se prohibió, pero sin efecto. Los castigos eran ingeniosos y variados. Solían consistir en largo rato de rodillas, ó en cruz con un tintero de plomo en cada mano, la exposición con una coroza ú orejas de burro, mientras los demás le cantaban coplas burlescas por el estilo de las siguientes:

Este niño es muy bonito,
bendígale San Antón,
que le han puesto la coroza
por no saber la lección.

—Calla, no le llames burro,
mira que se enojará.

—Que se enoje ó no se enoje
burro se le ha de llamar.

Aquí todos los muchachos gritaban ¡burro!!! hasta escandalizar la calle, acompañando el maestro el griterío con algunos zurriagazos de buena mano sobre las espaldas de la víctima.

¿No es verdad que parece imposible que tal sucediera? Pues, sin embargo, nada es más cierto, sin contar los correazos, vaspuleo con vara, tirones de orejas, bofetadas, encierro en el cuarto oscuro, etc., etc.

De ahí que el corazón de los niños se avezaba poco á poco al disimulo, al rencor mutuo, al espíritu de venganza, á la sa-

tisfacción del mal ajeno, apagando en su alma los primeros destellos de aprecio de sí mismos y respeto á los demás, los humillantes y ridículos castigos á que se les sometía.

Por desgracia, la condición humana es tal que la ciencia de legislar á los hombres, sean pequeños ó mayores, viene á reducirse á dos principios: premio y castigo; pero si la pena en vez de corregir fomenta los malos instintos, prueba es que se aparta de sus altos fines.

También había recompensas. Reducíanse á *vales*, que se admitían en equivalencia del castigo; en ascender en puesto, y sobre todo, en el nombramiento de rey ó emperador de la escuela, cargo que llevaba consigo el derecho de llevar *cuenta*, en ausencia del maestro, de los desmanes que se cometían, á fin de que no quedasen impunes. En los padres escolapios, al investir al agraciado con las insignias de la soberanía, se le recitaba la recomendación siguiente:

Toma el cetro y usa de él
con justicia y con piedad,
pues que la ley de Jesús
es de amor y caridad.

Los libros de enseñanza eran pocos y buenos. Para los principiantes la cartilla, el *Catecismo* de Ripalda y las *Obligaciones del hombre*, de Escoiquiz; para los más adelantados, el *Compendio de historia sagrada*, del abad Fleury, la *Gramática* de Araujo, la *Aritmética* de Vallejo, *El amigo de los niños* y *Fábulas de Samaniego*; si acaso, y algo más adelante, los *Ejemplos morales*, el *Compendio de historia de España*, del P. Isla, y la *Geografía*, del escolapio Losada, que se consideraban como lo superior en su género. No conozco textos mejores de primeras letras entre los innumerables que se han publicado luego. Por supuesto que durante la época constitucional también se daba de real orden el libro de la Constitución. Método no había ninguno.

Las niñas eran tratadas con igual rigor, sin más diferencia que usar caña en vez de correa ó vara para castigarlas. Los libros quedaban á voluntad de la profesora, al menos no se

observaba sistema regular. Lo mismo leían el Bertoldo que la traducción del venerable Kempis. Toda la enseñanza se consagraba á las labores de manos propias del bello sexo, y en esto salían instruídas á maravilla de la *maestra* ó *amiga*, ignorando lo que era *materia cósmica* ni *afinidades antropológicas*, pero en disposición de ser muy mujeres de su casa y ayudar á su marido en los contratiempos de la vida.

Toda la dureza con que se trataba á los niños en las escuelas, tan poco esmero como se empleaba para cultivar sus sentimientos morales, se observaba en las familias cuidadoso afán por dirigirlos en el camino del bien. Ni una palabra, ni un acto que pudiera viciar su inteligencia, se permitían delante de ellos las personas decentes. Los hombres de trato más libre se contenían cuando algún pequeñuelo escuchaba la conversación, y de no hacerlo así, cualquiera se creía autorizado para reconvenir al trasgresor. Muchas veces la presencia de una niña era bastante á evitar en una reunión las picarescas tonadas de un diestro tañedor de vihuela ó las gracias de un relator de cuentos alegres en prosa ó verso, entretenimiento que se hallaba harto generalizado. Cuando no se quería prescindir de una referencia de amores, nada más, ó la murmuración era tan sabrosa que doliera suspenderla, los padres mandaban retirar á los pequeños bajo cualquier pretexto. Encontrará muy posible quien haya conocido aquellas costumbres el dicho de una niña que preguntada por otra de su edad ante un cuadro de Adán y Eva quién era el hombre y quién la mujer, contestó desde luego:—¿Cómo quieres que lo sepa si no están vestidos?

¿Pues y los muchos libros peligrosos que circulaban? se le ocurrirá á alguno. La contestación es bien sencilla. Con no permitir á los jóvenes de poca edad lectura ninguna que su padre no examinara previamente, se conjuraba el riesgo. No se hubiera comprendido que se dejaran correr en manos inexpertas folletines capaces de enseñar lo que no sabe á la comadre más experimentada ó al rufián más bellaco.

No procedían de otro modo los mismos que arengaban en los clubs, vociferaban por las calles ó escribían en los periódicos más exagerados. Todos se hallaban acordes en respetar la purísima flor de la inocencia infantil.

Con igual comedimiento se procedía en los obradores y talleres con los aprendices. Hubiera causado un verdadero escándalo que se atreviesen á fumar entre los oficiales, y éstos por su parte nunca admitían á los de menor edad en familiaridades inoportunas.

De ahí que si los muchachos adquirían vicios sólo fuese cuando su inteligencia y su vigor estaban en disposición de comprenderlos y resistirlos.

Por entonces fué cuando la moda en el vestir se fijó definitivamente, realizando el cambio que se iniciaba desde fines del siglo anterior. Los sombreros de copa alta, la levita, el pantalón, se admitieron como traje común. El Conde de Torreno se distinguió por su buen aire para llevar el cárrik de cuatro esclavinas, y Martínez de la Rosa por su elegancia en manejar el lente. Las capas á lo Quiroga se pusieron al gusto del día, y las baterías de Riego se empleaban para guarnecer la falda de las señoras, que se abrigaron más que lo estaban con las *drulletas* de merino y schales de cachemira, guardando el pañuelo y demás trebejos en la especie de enorme escarcela que se colgaban al brazo con el nombre de ridículo, perfectamente apropiado. Comenzó la época de los *currutacos*, concluyendo la de los *petimetres*.

La variación en el menaje y decorado de las habitaciones fué más de lamentar. Los cuadros al óleo, las cornucopias doradas, los taburetes, las telas de damasco cubriendo las paredes, los frisos pintados sobre lienzo, los escritorios y cómodas de preciosa talla algunos, desaparecieron como objetos de prosaica antigüedad. Son muy tristes, decían, y hasta llegó el caso de igualar con yeso los techos de maderas labradas con prolijo esmero y habilidad caprichosa. ¡Oh baldón! ¡Oh mengua! Alcázares y edificios de primer orden hubo donde esta profanación se llevó á cabo con aplauso de personas constituidas en alta dignidad y versadas en divinas y humanas letras; se blanquearon arabescos y taraceas, y se pintó la piedra para quitarle el severo aspecto que tenía. Bien es verdad que ya de antes databa el vandalismo apoyado en la opinión de un célebre artista y escritor, según el cual nuestros edificios del orden ojival y mudéjar eran sólo juguetes de mal gusto.

to. ¿Y qué sustituyó en cambio á lo perdido? ¡Si al menos se hubiese adoptado lo verdaderamente griego y romano! Pero no fué así, ni podía serlo, con arreglo á nuestra religión, clima y circunstancias, sino ese estilo sin carácter, amanerado y pobre, como de repostería, que se llama del primer imperio, heredero del mal gusto del directorio, corruptor en todos géneros. Salieron á lucir en cambio de las pinturas de buenos maestros, grabados alegres de efecto, representando los amores de Narciso, el juicio de Paris, el rapto de Ganimedes ó cosas equivalentes: sillas con respaldo de hojalata, en donde algunas láminas, á modo de pañales de abanico, ofrecían al curioso la historia de Robinsón ó Pablo y Virginia, con su letreiro al pie, porque nadie se llamase á engaño. No faltaban mesas con delgados y altos pies, semejando galgos dispuestos á la carrera; pero aquellos ricos muebles de ébano ó nogal tan ricamente esculpidos que las familias venían trasmitiéndose de padres á hijos, esos yacían arrinconados en sótanos ó desvanes como objetos bárbaros indignos de salones á la última usanza, donde en algunos veladores se hacía ostentación del servicio de café y en los ángulos las cuatro partes del mundo vaciadas en escayola, resaltando sobre las paredes pintadas de verde.

Contra las arañas y lucernas colgadas del techo no hay nada que decir, ni tampoco eran malos los relojes de sobremesa, por más que hubiese algunos de gusto tan *recocó*, que el mismo Mr. Florián no los deseara mejores para su pastorcilla Estela; respecto á los floreros de artificio cubiertos con fanales de cristal, ¿quién será bastante á considerar los ruinosos caprichos que suscitaba el deseo de poseer otros iguales en las que los contemplaban con envidia? Sólo pudiera hacerse dando mayor extensión á este asunto, ya de suyo harto difuso.

El aspecto de la población no varió mucho de como le dejaron los franceses. Estaba en ruinas lo que ahora es Plaza de Oriente, Teatro Real, Plaza de Isabel II y calles inmediatas; los Mostenses, el convento de Santa Catalina, y por lo general todos los que se derribaron entonces. El área del convento de Santa Ana se convirtió en una plaza con árboles.

Continuaba encendiéndose el alumbrado público las noches

sin luna, que salía tarde ó que amenazaba nublar-se. Los faro-
leros esperaban la orden reunidos en un paraje ancho de cada
cuartel en que se dividía la villa, y si amenazaba noche oscura
comenzaban por encender una gran mecha de esparto que ca-
da uno llevaba, agitándola en círculo giratorio desafortada-
mente hasta que levantaba llama. Entonces corría cada cual á
coger la escalera por la que trepaban y de-scendían con más
agilidad que la que pudiera prometerse de su maciza estructu-
ra, y daban luz en poco tiempo á las mortecinas candilejas.
Era uno de los períodos más críticos y pintorescos del día en
Madrid.

Lo eran también los de lluvias fuertes de incomunicación
de los vecinos entre sí: las calles se ponían intransitables, y
algunos arroyos semejaban verdaderos torrentes aumentados
con los muchos que afluían en algunos sitios, como la Puerta
del Sol, creciendo su rapidez con el declive del terreno de una
manera proverbial en la calle del Pez, Leganitos, de los Reyes
y otras, en términos de no poderse vadear sin peligro.

El cambio en las ideas que trajeron consigo las guerras y
mudanzas en la forma de gobierno, no fué bastante á destruir
ciertas preocupaciones vulgares, que sólo han desaparecido
para dejar sitio á otras tan perniciosas, aunque revestidas con
distinto ropaje. Tres casas ocupadas por supuestos duendes
se conocían á la sazón en la corte. La más famosa era la que
aun lleva el nombre del espíritu burlador en la Plaza de Afli-
gidos. Esta ya se habitaba, dando alojamiento de balde á los
criados de Casa real, en 1820, mas no así una en la calle de
Juanelo y otra en la Corredera Alta. No hay que ufanarse con
nuestra despreocupación actual. Ahora existen personas muy
formales, y hasta escritores de fama universal, á quienes asusta
el número trece y el mes de febrero (y si aparentan asustarse
todavía será mayor la culpa). Allá por el año de 1837 estuvo
muy autorizada la creencia de que las cerillas fosfóricas eran
causa de la sequía, y no son pocos los convencidos de la mala
influencia de los gatos negros, sin contar otras supersticiones
nuevas de mayor importancia, admitidas por imaginaciones
débiles y entendimientos cultivados en los demás. Cada día,
se ha dicho, destruye una preocupación, y es menos frecuente

el número de forjadores de patrañas. ¡Ojalá fuera cierto! ¡Pluguiera al buen sentido que los embaucadores de hoy redujesen sus malas artes á inventar cuentos de duendes y aparecidos, que al menos la realidad de éstos nunca se creyó por las gentes de instrucción y juicio sano, como no tuviesen interés en mantener la superchería, de igual manera que hoy acontece con los empíricos y arbitristas que medran á favor de los errores que á sangre y fuego procuran divulgar. Si en 1820 había quien creyese en duendes, entonces y mucho antes estaba negada su existencia y el ningún poder de las causas sobrenaturales ante el Ordenador Supremo del Universo. Véase cómo Calderón se explica en esta materia:

- D. Manuel.* en duda tal,
el juicio podré perder,
pero no, Cosme, creer
cosa sobrenatural.
- Cosme.* ¿No hay duendes?
- Manuel.* Nadie los vió.
- Cosme.* ¿Familiares?
- Manuel.* Son quimeras.
- Cosme.* ¿Brujas?
- Manuel.* Menos.
- Cosme.* ¿Hechiceras?
- Manuel.* ¡Qué error!
- Cosme.* ¿Hay súcubos?
- Manuel.* No.
- Cosme.* ¿Encantadoras?
- Manuel.* Tampoco.
- Cosme.* ¿Mágicas?
- Manuel.* Es necedad.
- Cosme.* ¿Nigromantes?
- Manuel.* Liviandad.
- Cosme.* ¿Energúmenos?
- Manuel.* ¡Qué loco!
- Cosme.* ¡Vive Dios que te cogí!
¿Diablos?
- Manuel.* Sin poder notorio.

Cosme. ¿Hay almas del purgatorio?
Manuel. ¿Que me enamoren á mí?
 ¡Hay más necia bobería!
 Déjame, que estás cansado.

Hé ahí un curso breve de cómo se pensaba en Madrid desde tiempo antiguo acerca de los malos espíritus. No se rechazaba fuera de España en términos tan absolutos la realidad de las vilis, vampiros, encantamientos, gettatores y otras infinitas debilidades humanas propias de nuestra pobre razón abandonada á sí misma, que para el vulgo no hacen más que cambiar de carácter. Previo este justo desagravio á la inteligencia de nuestros mayores, continuemos la narración.

Entonces verdaderamente comenzó á introducirse la costumbre de asistir al café para otra cosa que no fuese tomar las pocas bebidas que en ellos se despachaban. Ya hemos hablado de los que adquirieron carácter político. Entre los neutrales adquirió fama el de Levante, en la calle de Alcalá, por los buenos jugadores que á él concurrían; el de la Alegría, en la calle de la Abada, generalmente frecuentado por extranjeros, y el llamado de los *Gorros*, ó de la Nicolasa, en la plazuela de Santa Ana, que si bien tuvo celebridad como centro de los patriotas más exaltados, nunca pasó de una especie de paradero bullicioso y de poca influencia para los que se llamaban *descamisados*.

Entre las botillerías, donde no se servía café sino helados y algunas conservas, se distinguieron desde un principio la de Pombo, en la calle de Carretas, y ya en decadencia la de Canosa, en la Carrera de San Jerónimo, donde hoy la casa de Rivas. También comenzaron á generalizarse los juegos de billar, con su calificativo de Real, que les ocasionó algunos contratiempos, atribuyéndole referencias realistas, siendo así que sólo significaba su índole real verdaderamente, que no admitía trampas. La dificultad se ha resuelto suprimiendo el adjetivo.

Acerca del aspecto y condiciones en que se hallaban las fondas y casas de comidas, será suficiente con decir que las hosterías que nos pinta el autor de *Gil Blas* las llevaban mucha ventaja. Al menos en éstas había cierta franqueza y liber-

tad comunicativa, que no dejaba de ofrecer aliciente; pero las de que tratamos con sus celdas desnudas de todo adorno y sus salas, que más bien eran estrechos y lóbregos callejones, con algunas mesas en correcta formación ó esparcidas, donde la anchura lo permitía, sus raciones de convento y sus camareros vestidos de paño pardo, ó en mangas de camisa cuando el calor apremiaba, parecían un correctivo contra la gula ó indicio manifiesto de que allí se iba á satisfacer la necesidad, de ningún modo á contentar el sensualismo.

Con ejemplar sinceridad expresaban su deseo algunos dueños de semejantes establecimientos en la redondilla que sigue:

El que en esta casa entrare
tres cosas ha de tener:
comer mucho, acabar pronto
sin quedar nada á deber.

Es verdad que la advertencia no pasaba de la cocina y que luego se hizo propiedad de las tabernas y despachos de bebidas; como también es cierto que no era cosumbre asistir á las fondas y hosterías sino en casos especiales, y verdaderamente con ánimo de marcharse pronto. La exactitud sobre todo. Respetándola siempre, hemos de ver los pocos adelantos que algunos años después se ofrecen al público en materia de refinamientos culinarios.

DIONISIO CHAULIÉ.

(Se continuará.)





LAS BIBLIOTECAS EN ESPAÑA ⁽¹⁾

CAPÍTULO III.

BIBLIOTECAS POPULARES.

III.

Agrupadas, por resumen y provincias, ofrecen el siguiente cuadro:

Provincias.	Bibliotecas.	Volúmenes.
Alava.....	2	481
Albacete.....	4	900
Alicante.....	5	1.220
Almería.....	11	2.400
Avila.....	13	2.780
Badajoz.....	32	7.200
Baleares.....	7	7.960
Barcelona.....	35	7.500
Burgos.....	26	5.400
Cáceres.....	18	3.800
Cádiz.....	11	2.900
Canarias.....	2	480
Castellón.....	7	1.900
Ciudad Real.....	14	2.896
Córdoba.....	14	3.000

(1) Véase la pág. 274 del tomo XLVII.

Provincias.	Bibliotecas.	Volúmenes.
Coruña.....	11	2.400
Cuenca.....	11	2.500
Gerona.....	9	2.360
Granada.....	18	2.600
Guadalajara.....	24	5.000
Guipúzcoa.....	4	940
Huelva.....	5	4.236
Huesca.....	20	4.000
Jaén.....	16	3.400
León.....	16	3.400
Lérida.....	9	2.360
Logroño.....	12	2.586
Lugo.....	8	2.199
Madrid.....	31	7.000
Málaga.....	9	2.360
Murcia.....	11	2.480
Navarra.....	4	900
Orense.....	10	2.260
Oviedo.....	29	6.880
Palencia.....	21	6.146
Pontevedra.....	11	2.400
Salamanca.....	27	6.280
Santander.....	20	4.000
Segovia.....	17	3.600
Sevilla.....	16	3.400
Soria.....	19	3.780
Tarragona.....	18	3.600
Teruel.....	13	2.780
Toledo.....	30	6.800
Valencia.....	21	4.100
Valladolid.....	24	5.500
Vizcaya.....	12	2.660
Zamora.....	10	2.260
Zaragoza.....	37	9.000
	<u>746</u>	<u>171.083</u>

Tienen, pues, más de 30 bibliotecas las provincias de Badajoz, Barcelona, Madrid y Zaragoza; más de 20 las de Burgos, Guadalajara, Oviedo, Palencia, Salamanca, Toledo, Valencia y Valladolid; más de 10 las de Almería, Avila, Cáceres, Cádiz, Ciudad Real, Córdoba, Coruña, Cuenca, Granada, Huesca, Jaén, Logroño, León, Murcia, Pontevedra, Segovia, Sevilla, Soria, Tarragona, Teruel y Vizcaya; y menos de 10 Alava, Albacete, Alicante, Baleares, Canarias, Castellón, Gerona, Guipúzcoa, Huelva, Lérida, Málaga, Navarra y Zamora.

La provincia que tiene más bibliotecas es la de Zaragoza, que cuenta con 37, y las que tienen menos son las de Alava y Canarias, que cuentan 2.

Como puede verse, las 746 bibliotecas populares que existían en 1.º de enero de 1883, dotadas con 171.083 volúmenes, dan una proporción de 229,33 por biblioteca, número exiguo en extremo, porque todo lo que no sea dotar cada una de las bibliotecas populares de 1.500 volúmenes, al menos, es tenerlas muy pobremente, puesto que el servicio que pueden prestar con los volúmenes que hoy tienen es muy deficiente. Á dotarlas mejor y extenderlas á todas las aldeas y pueblos rurales van encaminadas las tendencias del Gobierno, que á decir verdad, ha concedido bibliotecas con una profusión desconocida hasta ahora, á todos los centros de artesanos de España que las han pedido, sin excluir á sociedad alguna, ni á las escuelas y Municipios de los pueblos. Se han concedido, también sin exceptuar ni un solo caso, cuantas bibliotecas han pedido los señores senadores y diputados, sean pocas ó muchas las que cada cual haya deseado que se concedan, y sea cual fuere su color político. Se ha aumentado además el número establecido anteriormente para la concesión de libros, es decir, que la biblioteca que antes se concedía con 150 libros como *máximo*, hoy se entrega con 200 libros como *mínimo*, y á las que se le entregaban 200 libros como *máximo* hoy se le dan 300 como *mínimo*.

IV.

Verdaderamente que las bibliotecas populares no están en España á la altura que era de desear; pero es preciso tener en cuenta que son de origen muy moderno, como que apenas cuentan trece años. En 15 de enero de 1869 aprobó don M. Ruiz Zorrilla, siendo Ministro de Fomento, una nota en virtud de la cual, y por primera vez en España, se consignaba la creación de bibliotecas populares en todas las escuelas de primera enseñanza; y en 18 del mismo mes se publicó un decreto, en consonancia con los deseos del Ministerio, para que en las escuelas que hubieran de construirse de nueva planta se designara necesariamente un local para estas bibliotecas.

El pensamiento del Sr. Ministro era que el Estado, aprovechando diversos recursos, y especialmente los libros que estaban en depósito en la secretaría del entonces extinguido Consejo de Instrucción pública, formase estas bibliotecas, regalándolas á los pueblos, á cuyo cargo debería quedar su aumento y conservación.

No era del todo nuevo este pensamiento en España: varias veces, no sólo los Sres. Ministros de Fomento, sino otras personas y corporaciones amantes de la ilustración pública, habían pretendido dotar á nuestro país de este gran elemento de enseñanza popular; pero por muy diversas causas, ninguno de estos generosos intentos habían tenido realización; quedando reducidos á uno de tantos proyectos que se elogian en un momento de entusiasmo, pero que no llegan á constituir ningun acto positivo.

En pro de esta idea, los entusiastas por las bibliotecas populares citaban el resultado que éstas venían dando en el extranjero, y hasta en una curiosa Memoria sobre las de España en 1870, redactada por el Sr. Picatoste, jefe del negociado de Instrucción pública en aquel tiempo, se cita como estímulo para España el estado de las bibliotecas populares

en otros países, consignándose en dicho trabajo los siguientes datos, que creemos pertinente en este lugar:

«Las bibliotecas populares, con este ó con otro nombre, han sido consideradas en algunos países, más bien como un elemento de moralidad y de buena organización social, que como un ramo exclusivamente dependiente de la instrucción pública.

»En Alemania han sido fundadas y protegidas igualmente por las asociaciones, cuyo objeto es la moralidad y el bienestar del pueblo, y por las que se dedican sólo á la propagación de la instrucción pública; estando confiadas á estas mismas asociaciones, á los Municipios, á los maestros, á los párrocos, según su origen, y siendo por su carácter el lazo que une la pedagogía con la moral, y la prueba evidente de que es imposible separar la instrucción del pueblo de su progreso social. Sólo en Berlín existen más de veinte asociaciones de bibliotecas populares, contando algunas de ellas tres mil miembros que contribuyen á su gasto ó prestan su trabajo personal para el aumento y organización de tan útiles instituciones. La asociación de bibliotecas del Alto Rhin tiene por objeto, no sólo la fundación de estos centros instructivos, sino también inculcar la afición á la lectura, habiendo dado á leer por medio de préstamo 257.000 obras hasta enero de 1867. La mitad próximamente de estas asociaciones son de obreros, y los gastos que representan anualmente llegan á un millón, sirviendo uno y otro de estos datos para conocer la prosperidad que allí tiene esta institución.

»En Inglaterra abundan también estas asociaciones, y entre ellas ocupa un lugar muy preferente la de obreros de Rochdale, que tiene una biblioteca de más de 2.000 volúmenes perfectamente organizada, y que ahora está creando sucursales para favorecer la lectura. Además hay en aquella nación muchas fundadas por particulares, por esos hombres ricos y generosos que emplean fortunas, colosales alguna vez, en bien de los pueblos y de la enseñanza.

»En Bélgica y Francia el Gobierno ha intervenido más ó menos directamente en la creación de las bibliotecas, y ejercen sobre ellas una doble inspección los rectores, como re-

presentantes de la instrucción pública, y los prefectos ó Gobernadores, como agentes del poder central.

»En la primera de estas naciones hay bibliotecas populares y normales ó de los círculos de las conferencias cantonales, dependiendo aquéllas de los Municipios y éstas del Estado. Las populares fueron organizadas en 1862 por el Ministro del Interior Vandenpeereboom, hombre ilustre á quien debe mucho la instrucción pública, el cual en la orden de creación estableció terminantemente la independendencia de estas bibliotecas, diciendo que el Estado no contribuiría con ninguna cantidad á sus gastos por pertenecer exclusivamente á los municipios. Sin embargo, el Ministro dictó reglas generales para su formación, indicando la clase de libros de que habían de componerse para propagar el conocimiento de la historia nacional, de la Constitución y de las leyes fundamentales, y además fijando el carácter que debían tener, agrícolas en los pueblos rurales, é industriales en las grandes poblaciones.

»Las bibliotecas cantonales sostenidas por el Estado crecieron rápidamente en poco tiempo, llegando al número de ciento cuarenta y siete en 1.º de enero de 1867, fecha á que alcanza la última estadística, y reuniendo 40.835 obras con 49.913 volúmenes.

»En Francia, nación cuya legislación y cuyas costumbres influyen sobre nosotros de un modo necesario y fatal, no siempre útil, las bibliotecas populares indicadas ya en la ley de 1850, establecidas ya definitivamente por orden de 31 de mayo de 1861 y organizadas por decreto de 1.º de junio de 1862, llevan aquel nombre porque tienen por principal objeto el préstamo de libros de enseñanza á los niños pobres; componiéndose por tanto en su mayoría de obras muy elementales, casi todas de las que sirven de texto en la enseñanza, y de algunas otras de carácter pedagógico para uso de los maestros.

»Los libros para estas bibliotecas provienen de los que poseyere la escuela para la enseñanza, de los remitidos por el Ministerio de Instrucción pública, de los que adquieran los prefectos con créditos concedidos por los consejos generales, de los regalos de particulares y de los que se comprenden con

los recursos propios de la biblioteca, que consisten: en los fondos votados por los municipios, en las sumas que produzcan los libros prestados á los niños pobres, en el producto de las suscripciones ó legados, en las indemnizaciones por las pérdidas ó deterioro de obras prestadas y en una imposición voluntaria de las familias de los alumnos de pago en la escuela pública.

»Por lo demás, este decreto, inspirado en los principios de centralización, establece ciertas reglas severas para la adquisición de libros, y lleva la minuciosidad y la fiscalización del Estado hasta determinar la forma y tamaño que han de tener los armarios.

»Bajo el imperio de estas disposiciones se han creado 11.000 bibliotecas, con un total de 1.200.000 volúmenes; habiendo tenido que vencer todo género de dificultades, y entre ellas graves cuestiones de moralidad relativas á la compra de libros, y la oposición de muchos Municipios que llegaron á protestar y á suscribir acuerdos unánimes, buscando pretexto para no tener bibliotecas.

»Las disposiciones del Ministro de Instrucción pública no pudieron satisfacer ni la opinión general, ni las necesidades del progreso; y para llenar este vacío, el Ministro del Interior autorizó en setiembre de 1862 la creación de la Sociedad Franklin, cuyo objeto era estimular y auxiliar con sus consejos y con la remisión de dinero y libros, la fundación de bibliotecas municipales, glorificando el nombre del primero que instituyó una biblioteca popular. Esta asociación utilísima ha tenido que luchar también con algunas dificultades; pero en el año trascurrido, desde el 31 de marzo de 1865 al mismo día de 1866, fundó 124 bibliotecas con 14.548 volúmenes, dando por término medio unos 117 volúmenes por cada una...»

Bastaron estos datos para seducir en pro de las bibliotecas populares de España, al más dudoso por la suerte de las mismas; así fué que en pocos meses se fundaron multitud de ellas en casi todas las provincias, dotadas cada biblioteca de un número de obras como base para su aclimatación. Veamos qué volúmenes, y la índole de éstos, se dieron para

las primeras bibliotecas, citando para el caso cinco solamente, escogidas al acaso de entre las 746 que cuenta España, comenzando por la primera creada, que es la de la Escuela de Artesanos de Valencia, señalada con el número 1.º Hé aquí los volúmenes que se le dieron:

De lectura y recreo.....	46
Escritura.....	4
Gramática.....	6
Lenguas.....	26
Literatura y Filosofía.....	9
Matemáticas.....	11
Dibujo.....	4
Geografía é Historia.....	17
Ciencias físico-químicas y naturales.....	9
Agricultura, Industria y Comercio.....	15
Medicina.....	5
Música.....	3
Ciencias morales y políticas.....	9
	<hr/>
TOTAL.....	164
	<hr/>

La biblioteca núm. 15, correspondiente á una Escuela pública de Benavente (Zamora), recibió los siguientes volúmenes:

De lectura y recreo.....	37
Escritura.....	3
Gramática.....	11
Lenguas.....	14
Literatura y Filosofía.....	8
Matemáticas.....	23
Dibujo.....	4
Geografía é Historia.....	24
Ciencias físico-químicas y naturales.....	7
Agricultura, Industria y Comercio.....	24
Medicina.....	7
Ciencias morales y políticas.....	5
	<hr/>
TOTAL.....	167
	<hr/>

La señalada con el núm. 16, para la villa de Montblanch, se formó con los siguientes volúmenes:

De lectura	49
Escritura	3
Gramática	15
Lenguas	15
Literatura y Filosofía	9
Matemáticas	22
Dibujo	1
Geografía é Historia	31
Ciencias físico-químicas y naturales	8
Agricultura, Industria y Comercio	15
Medicina	8
Ciencias morales y políticas	7
	<hr/>
TOTAL	183
	<hr/>

La dada á la escuela de Berja (Almería), señalada con el núm. 18, la forman los siguientes volúmenes:

De lectura y recreo	48
Escritura	3
Gramática	17
Lenguas	12
Literatura y Filosofía	9
Matemáticas	27
Dibujo	2
Geografía é Historia	33
Ciencias físico-químicas y naturales	7
Agricultura, Industria y Comercio	25
Medicina	6
Música	1
Ciencias morales y políticas	9
	<hr/>
TOTAL	199
	<hr/>

La concedida á la villa de Pastrana (Guadalajara), señalada con el núm. 23, la componían los siguientes volúmenes:

De lectura y recreo.....	51
Gramática.....	17
Lenguas.....	8
Literatura y Filosofía.....	8
Matemáticas.....	31
Geografía é Historia.....	25
Ciencias físico-químicas y naturales.....	1
Agricultura, Industria y Comercio.....	18
Medicina.....	1
Música.....	2
Ciencias morales y políticas.....	11
	<hr/>
TOTAL.....	173
	<hr/>

No hemos de decir que estas bibliotecas fueron de las primeras en 1869, y por consiguiente, recibieron menos número de volúmenes que las creadas desde 1880, muchas de éstas dotadas de 200, algunas con 250 y no pocas con 300 volúmenes.

V.

Pero las actuales bibliotecas populares ¿se aclimatarán? ¿Llegarán pronto al estado próspero en que están ya en otros países, como los Estados Unidos ó Bélgica? Hoy por hoy, no puede aspirarse en España á esta perfección; y como el Gobierno no puede hacer más y el espíritu de asociación y la iniciativa particular está muerta, no soñaremos con una sociedad como la de Mulhouse, que al lado de una biblioteca industrial de 3.000 obras (biblioteca que ha dado á leer en el último año 8.309 volúmenes á mil ochocientas personas) ha creado un Museo industrial, otro de Historia natural, una

Escuela gratuita de dibujo de máquinas y una Academia de pintura.

Aquí todo se espera del Estado. Esta cuestión de la iniciativa del Gobierno en ciertos ramos de instrucción pública se ha discutido recientemente en casi toda Europa; en unas naciones, por que se ha querido resolver de pronto todos los problemas de instrucción pública que ha traído al debate el conocimiento del estado de Alemania; y en otras, porque despertando de un largo sueño y saliendo á una nueva vida, como sucede en Italia, se buscan los medios de remediar los males que dejó como triste legado el absolutismo. En tan importante cuestión y entre la multitud de opiniones que brotan en toda discusión libre, han sobresalido dos escuelas: una que sostiene que al Gobierno corresponde el auxilio material, y otra que sólo le deja el auxilio intelectual ó facultativo, que no rechazan ni aun los que limitan las atribuciones del Gobierno á defender las propiedades y las personas con el cumplimiento de las leyes.

No es del caso seguir esta discusión, pero sí explicar que en España poco se debió á la iniciativa particular en lo referente á bibliotecas populares, y que contra los que esperaban muchos entusiastas de éstas, Municipio hay que después de reclamar con insistencia una biblioteca, la ha recibido, y pasados seis años de tenerla en su poder, ni siquiera se ha tomado el trabajo de mandar abrir los cajones de libros; otros, así que han recibido los libros, los han repartido entre caciques y paniaguados concejiles; no pocos ni aun siquiera se han tomado el trabajo de pedir cuentas á los secretarios ó maestros de escuelas de los volúmenes que recibieron para sus respectivas bibliotecas, y en la mayoría de los pueblos ni existe local para lectura, ni encargado que sirva los libros, ni otro catálogo que el que recibieran del Ministerio de Fomento, al hacerse cargo de la biblioteca.

Contra esta indolencia ¿qué puede hacerse? No alcanzamos otro medio que la instrucción del país. Aquí nadie quiere saber leer, ni escribir, y basta para saber que esto es verdad, pasar la vista por estos datos:

De los 16 millones y pico que se cuentan en España:

Saben leer	578.978
Saben leer y escribir.....	4.071.832
No saben leer.....	11.978.168
No constan.....	5.379

Estas cifras hablan más alto que cuanto pudiéramos nosotros decir, y justifica, hasta cierto punto, el abandono de nuestras bibliotecas populares.

Y cuando el individualismo está muerto en un pueblo, al Estado toca obrar. Háganse escuelas nuevas; dótese á España de 60.000 que debe tener atendiendo á su población, cada una de éstas con una biblioteca popular, y al poco tiempo, á los cuatro años, la juventud habrá recibido su fruto; contaremos con 60.000 bibliotecas populares y 60.000 escuelas que regeneren al pueblo español. Para dotar á estas 60.000 bibliotecas, aunque con el número mínimo de 229,33 volúmenes, bastan 13.759.800 volúmenes repartidos en toda España. Ya sabemos que esto costará mucho, pero al pueblo que gasta 2.130.000 duros anualmente en sostener las corridas de toros, bien se le puede imponer el sacrificio de que cada año funde 5.325 escuelas de primera enseñanza, con bibliotecas, dedicando á este fin y para cada una de estas escuelas 8.000 reales. El sacrificio no es ni mucho, ni de esos que imponen vergonzosa humillación al que tiene que hacerlos. ¿Que se cerrarían al año todos los circos taurinos? nos replicarán los amantes del toreo. Pues precisamente á esto aspiramos: á que se cierren los circos taurinos para que á la vuelta de doce años cuente España 60.000 escuelas con bibliotecas, y entonces el pueblo español olvide, en la escuela y la biblioteca, lo que ha aprendido en el circo taurino.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

(Se continuará.)



«EL SOLITARIO» Y SU TIEMPO



EL Sr. Cánovas del Castillo es uno de los pocos hombres de Estado que se dedican con singular afición al cultivo de las letras. Su inteligencia privilegiada, tan pronto se remonta á las grandes alturas donde á manera de tempestades se forman los aterradores problemas de la política, como desciende al firme pero espinoso terreno de la investigación histórica y de la controversia literaria. Su talento, al tropezar con los escollos que sin interrupción se suceden en los mares de la política, salta irritado como éstos formando olas gigantes, verdaderos montes de espuma que fascinan los ojos y conmueven el corazón: en tanto que al esplayarse por inmensa llanura, por campos que como los de la literatura y los de la historia ofrecen un punto de reposo á su espíritu, recobra éste toda su calma serena y majestuosa, se dilata y se extiende por todos lados; y de este continuo contraste, de esta lucha eterna entre la tempestad y la calma, entre lo útil y lo agradable, entre la apacible existencia del sabio y la gloria turbulenta del político, entre Cánovas erudito, literato y académico y Cánovas jefe de partido, hombre de Parlamento, altivo, batallador, incansable, nace ese espíritu superior, ese talento privilegiado que nos seduce y nos domina á un tiempo mismo, ora por las leyes inflexibles de la razón, ora por la fuerza propia de

las circunstancias que imponen á los hombres comunes la necesidad de dejarse regir por los que ostentan mayores y más señalados méritos.

No era, por otra parte, el libro de que se trata para el señor Cánovas del Castillo un nuevo estudio literario. Era además un grato deber de gratitud á la memoria de su pariente el ilustre D. Serafín Estébanez Calderón. Al recorrer las páginas del libro, se advierte fácilmente que, sin que pierda por ello su imparcialidad de crítico, otro sentimiento más dulce que el de la simple estimación literaria mueve al autor á emprender la obra que se propuso llevar á cabo, y buena prueba de lo que decimos son las siguientes frases con que el Sr. Cánovas da comienzo á su trabajo:

«La tarea que emprendo ahora, lejos de enojosa, es para mí agradable por todo extremo. Ninguna otra podría abrir tan ancho campo á mis recuerdos, ni despertar emociones tales en mi corazón. No es en verdad esta la primera vez que trato yo del autor de las *Escenas andaluzas* y tantas otras obras eruditas é ingeniosísimas; antes bien he aprovechado toda ocasión para poner de relieve su mérito, patentizando así la gratitud que, más que la sangre, me ligó con él en vida. Mas esto ha sido con brevedad hasta aquí y sin formal propósito de dar á conocer su persona ó examinar sus trabajos, porque nunca me hallé, sino es ahora, con espacio ni tiempo para ello. Soy, en el entretanto, quien más de cerca le ha conocido, con mayor intimidad y por más largo número de años, de cuantos pudieran tomar este encargo sobre sí; y por eso mismo, á no dudar, quiso que lo desempeñara yo el ilustrado editor de la nueva *Colección de escritores castellanos*. Fácilmente se entenderá, por lo expuesto, que prestándome al suyo satisfago á la par un deseo propio.»

Empieza el Sr. Cánovas por describirnos al héroe de su historia desde los primeros años de su vida, haciendo constar que nació en Málaga á 27 de diciembre de 1799 y fué bautizado en la iglesia parroquial de San Juan, de aquella ciudad, siendo sus padres D. Francisco Estébanez y D.^a María Calderón.

Era, según el relato del Sr. Cánovas, la de Estébanez fami-

lia que se preciaba de linajuda aunque de muy escasa hacienda, y gracias al apoyo de unos parientes acomodados, recibió el citado D. Serafín la instrucción primaria en compañía de don Andrés Borrego, é hizo sus estudios de humanidades y filosofía, y por último, la carrera de abogado que tuvo luego ocasión de utilizar en todo el trascurso de su vida.

Fué Estébanez Calderón poeta desde sus primeros años, dándose á conocer con el seudónimo de *Sifinio* «cuando no había dejado de volcar guijarros con la honda todavía.»

Estando en Málaga de vacaciones y con motivo de la revolución de 1820, dió á luz el romance titulado *El listón verde*, composición patriótica en la que aparece más exaltado liberal que en ninguna otra ocasión de su vida, pues fué siempre *El Solitario* hombre de ideas templadas y muy poco dado á exageraciones en cuanto á sus ideas como hombre de partido.

«La pasión política—dice el Sr. Cánovas—no le dominó nunca en realidad: primero porque tenía un género de afición á las letras que relegaba á lugar subalterno cualquiera otra preocupación de su espíritu; y segundo, por la moderación de su juicio, que en medio de la viveza del carácter, no le consentía ir jamás á ideas ni á resoluciones extremas. Que si alguna vez halagó la ambición del poder su fantasía, cosa poco menos que inevitable donde tantos sentían sus ardientes estímulos que era preciso estimarse en poco para dejar de todo punto de sentirlos, sin duda pasaron por él tales propósitos cual nubes veraniegas, porque nunca tuvo la perseverancia ni el ciego y exclusivo afán con que únicamente cabe obtener, más temprano ó más tarde, las tristes satisfacciones de la ambición política.»

Ansioso de hacer fortuna ó estimulado por el deseo de conocer de cerca cuanto la capital de España encerraba de notable por aquella época, es lo cierto que Estébanez Calderón se estableció en Madrid en 1830, y en abril del año siguiente publicó el primero y único tomo de sus poesías, dándose á conocer desde entonces con el seudónimo de *El Solitario*. No contaba todavía por aquel tiempo treinta y dos años de edad y poseía una erudición muy vasta, en literatura castellana principalmente.

«De figura, por otra parte, agradable y en extremo simpática; chistosísimo en la conversación, bien que pronunciando algo difícilmente, cosa que contrastaba de un modo singular con la extraordinaria viveza de su imaginación; de naturaleza robusta y buen humor casi constante; ducho en todas las cosas de la vida, y ejercitadísimo en los donaires, bizarrías, bailes, cantos y chanzas de su tierra, no hay que decir sino que Estébanez contaba con sobrados medios para que la sociedad madrileña le abriera las puertas de par en par. Fué, pues, desde el principio uno de los escasos eruditos ú hombres de ingenio que hayan frecuentado entre nosotros el trato de los salones, al propio tiempo que el de los libros y las imprentas.»

En la época en que el romanticismo imperaba entre nosotros dedicase *El Solitario* á la prosa é introduce en España los artículos de costumbres; y en la revista titulada *Cartas españolas* publicó trabajos de todo género, dando pruebas de una desusada actividad. Novelas cortas, en especial orientales, críticas de teatros y libros nuevos, trabajos de administración, de geografía antigua, de botánica y hasta de minería, de todo escribió por aquella época; pero como las circunstancias pueden muchas veces más que las aptitudes de los hombres, otro género de ocupaciones muy distinto iba á preocupar en breve la imaginación de *El Solitario*.

Muerto el Rey D. Fernando VII, á 27 de setiembre de 1833, se confirmó lo que todo el mundo presentía antes de que vacase el trono, y era, á saber, que la guerra civil era inevitable. El General Zarco del Valle, Ministro de la Guerra, por real decreto de 26 de enero de 1834 nombró auditor general del ejército de operaciones del Norte de España á D. Serafín Estébanez Calderón; y he aquí cómo el antiguo poeta, el distinguido literato, que hasta entonces había consagrado todo su ingenio al cultivo de las letras, iba á tender ahora sus ojos por horizontes muy diferentes, y á embargar su espíritu con impresiones poco ó nada conformes con su educación y sus costumbres.

Aquí se inicia otra de las fases más importantes de la vida de Estébanez, pues si merecen citarse y analizarse sus tra-

bajos como erudito y como literato, no menos atención merecen ciertamente algunos de los episodios de su vida militar.

Las interesantes *Memorias* del ya difunto D. Fernando Fernández de Córdova, dicen, hablando del ilustre General D. Luis, del mismo apellido: «Gustábale sorprender la tertulia de sus ayudantes, en la que tomaba parte nuestro querido y alegre amigo D. Serafín Estébanez Calderón, auditor del ejército y hombre de entendimiento tan claro como de agudo ingenio y chispeante gracia, á quien Generales y ayudantes contábamos siempre entre los muertos, porque en las batallas comunicaba órdenes y participaba del peligro como el más intrépido de todos.»

Mucha y muy grande fué siempre la estimación que Estébanez sintiera por D. Luis Fernández de Córdova, y en verdad que aun prescindiendo de los vínculos de amistad y simpatía que á ambos les uniesen, era éste por todos conceptos digno de llamar la atención de sus contemporáneos.

Apenas encargado del mando supremo del ejército, dió repetidas pruebas de su habilidad y pericia. Al llegar á Bilbao cambió la posición del ejército, que estaba en lo hondo de Vizcaya, donde le habían encerrado las tropas carlistas. Por el camino de Orduña emprendió resueltamente la marcha, y en tres días llegó á Vitoria, arrollando seis batallones carlistas que le esperaban en ventajosas condiciones á una legua de Bilbao. Noticioso de que las fuerzas enemigas, al mando del jefe Moreno, se habían presentado delante de Puente la Reina, salió al punto de Vitoria, y por Peñacerrada y Logroño llegó á Lárraga, mientras que las tropas de Moreno tomaban posiciones en las alturas que dominan á Mendigorria. El jefe carlista tenía la seguridad del triunfo, y sin duda contaba con algunos elementos para conseguirlo; pero la suerte le fué contraria, y desde luego no supo apreciar los peligros de su posición. Empeñada la acción el 16 de julio, Espartero consigue apoderarse del cerro de la Corona; Gurrea deshace el ala izquierda, y el centro, mandado por Córdova, consigue también la victoria, aunque venciendo grandes dificultades. Mendigorria es, pues, ocupada por las fuerzas de la Reina, y el enemigo pierde todas sus posiciones.

Pero nos es de todo punto imposible seguir paso á paso los triunfos militares de D. Luis Fernández de Córdoba, pues ni tiempo ni espacio contamos para ello. Lo que sí haremos antes de entrar en otro género de consideraciones, será reproducir el juicio que de este ilustre General hace el Sr. Cánovas del Castillo:

«Lo más digno de nota que se halla en estas cartas políticas de nuestro héroe (Estébanez Calderón), es el alto juicio que encierran tocante á D. Luis Fernández de Córdoba, y las esperanzas que descubren de que fuera éste el hombre destinado á librar la Patria de guerra civil y de anarquía en aquella crisis espantable. Hábiale debido tratar en Madrid durante los meses que aquí pasó de regreso de su misión á Lisboa, donde prestó servicios insignes á la causa de la Reina; mas no creo que tuviese parte en su nombramiento de auditor, porque tampoco pienso que á la sazón gozase de gran influjo. Desde entonces al menos, y oíselo decir muchas veces, opinó Estébanez que Córdoba era el primer hombre de salón de su tiempo, no habiendo quien le igualase en la brillantez y elocuencia de su conversación.

Más tarde habló varias veces, y con discreción y tino, en las Cortes, por más que allí no alcanzara igual éxito. La *Memoria justificativa* lo acredita, por otra parte, de militar y de escritor. Y otros hechos y documentos conocidos confirman que aquel General era, no tan sólo el mejor hombre de guerra, sino la persona más al corriente de los grandes negocios europeos que tuviese á la sazón España, la más digna de gobernarla en circunstancias normales y más en disposición de ello por su talento innegable, su experiencia, su cultura y la flexibilidad y amplitud de miras que debía á sus largas relaciones con políticos de primera talla en el extranjero. Tal es el juicio sincero que, de acuerdo con el de Estébanez, ha formado de D. Luis de Córdoba, después de examinar con detenimiento muchos datos de distinta naturaleza. Como militar podía comparársele á los mayores Generales españoles del siglo pasado: es, á saber, Montemar, la Mina y Ricardos; y no sé yo si fuera justo igualar con él á ninguno del siglo presente.»

Las circunstancias políticas por un lado y las especiales de la guerra por otro iban dando giros diferentes á los acontecimientos. D. Serafín Estébanez Calderón dejó de ser auditor y tornó á la corte, donde tuvo ocasión de reanudar sus tareas literarias. El estudio de la lengua arábica continuó siendo una de sus mayores aficiones, y el examen de los códices arabes del Escorial fué por aquel tiempo constante preocupación de su espíritu.

Otro de sus mayores empeños en 1837 consistió en llevar á cabo sus proyectos de *romancero*. La idea de formar una gran colección de romances fué para él propósito que no pudo abandonar en una gran parte de su vida, pero que al fin no logró ver realizado.

Por este mismo tiempo explicaba Estébanez lecciones de árabe en el Ateneo de Madrid y asistía con frecuencia al *Liceo*, colaborando en el *Observatorio pintoresco* de D. Basilio Sebastián Castellanos.

El *Solitario*, que ya había dado á conocer sus dotes de novelista en algunos ensayos que publicara anteriormente, de vuelta á Madrid y en compañía de D. Luis Usoz y Río, formó el proyecto de una *Colección de novelas originales españolas*, de cuyo primer tomo decidió encargarse él mismo; y á esta circunstancia se debe la preciosa novela *Cristianos y moriscos*, la primera y la última de la colección, pero digna, bajo todos conceptos, de su autor por lo exacto y pintoresco de las descripciones, lo castizo del lenguaje y la inimitable gracia del estilo.

Es, sin duda, una gran verdad que las circunstancias pueden más, en muchas ocasiones, que la propia voluntad de los hombres, y esta fué la causa de que poco después de haberse publicado la novela *Cristianos y moriscos* cesara de nuevo *El Solitario* en sus tareas literarias, á fin de dedicar su actividad á negocios de muy distinta índole. En 9 de noviembre de 1837 fué nombrado jefe político, con destino á Cádiz, y el 12 de diciembre del mismo año se le trasladó á Sevilla con igual cargo.

Diez meses estuvo al frente de esta provincia, dando continuas pruebas de actividad y celo en el ejercicio de sus fun-

ciones. Creó el Museo de pintura y escultura, donde encontraron seguro albergue gran número de los cuadros de los conventos suprimidos, de mayor ó de menor mérito, y que ha acabado por ser uno de los mejores, por los maravillosos lienzos de Murillo que en él se guardan; de los mismos monasterios ó conventos logró recoger millares de volúmenes, con los cuales formó una magnífica biblioteca. Gracias á su iniciativa, se estableció el Liceo Bético, á imitación del de la corte, á fin de que ciertas especialidades pudieran ser cultivadas, principalmente el talento poético. Dicho se está que la excelente reputación literaria de que gozaba D. Serafín Estébanez Calderón le favoreció mucho para llevar á feliz término estas empresas, tanto ó más ciertamente que el cargo político que desempeñaba en Sevilla. Cierta género de aficiones, una vez arraigadas, tarde ó nunca desaparecen, y así se explica perfectamente que el entonces jefe político, dejando á un lado su autoridad, contribuyese más que otro alguno á dar importancia y brillantez á las sesiones del Liceo, de donde salió una publicación de bellas letras, en la cual figuraron los nombres insignes ya de *El Solitario* y el Duque de Rivas, al lado de los de otros que entonces empezaban su carrera literaria y que fueron bien conocidos después, como D. Gabriel García Tassara, D. Salvador Bermúdez de Castro, D. José Lorenzo Figueroa, D. Fernando de la Vera y D. Lorenzo Nicolás Quintana.

Menos que en Madrid se ocupó por aquel tiempo Estébanez en sus estudios árabes; pero en cambio perseveró con ánimo esforzado en su propósito de buscar romances para su proyectada colección. En este período, su entusiasmo por hacer continuas adquisiciones de libros había llegado á aquel punto extremo que ya no le abandonó en todo el trascurso de su vida.

Su correspondencia con el General Córdova continuó siendo desde Sevilla tan íntima y constante como desde Logroño, pero con la circunstancia especial de que en esta época revistieron estas cartas carácter político.

No podemos, pues la falta material de espacio nos lo impide, examinar á *El Solitario* bajo este punto de vista, limi-

tándonos á estudiar solamente su personalidad literaria.

Los acontecimientos políticos que se sucedían con vertiginosa rapidez por aquel tiempo, hicieron abandonar á Estébanez el importante cargo que desempeñaba en Sevilla. Su matrimonio con D.^a Matilde Livermoore y Salas, modelo de virtudes, que con elocuencia y sinceridad incomparables describe en su prólogo D. Antonio Cánovas del Castillo, el árabe, los romanceros, cancioneros y libros de caballería ocupan, juntamente con los cuidados propios de la familia, toda la actividad de *El Solitario* en este período. Escribió asimismo algunos artículos políticos en *El Correo Nacional*, de Borrego, y en *El Corresponsal*, de D. Luis María Pastor, pero sin entusiasmo ni constancia, prefiriendo ser en ambos periódicos redactor literario y revistero de toros, á los cuales profesaba grandísima afición, por lo cual sin duda, y conocidas sus especialísimas condiciones de escritor, no puede extrañarnos que los aficionados á la tauromaquia citen estos trabajos con grandes elogios, pues son sin duda de verdadero mérito en su clase. Durante este tiempo, justo es decir que Estébanez sólo puede ser estudiado en su vida privada.

Es preciso avanzar un poco más en la vida de *El Solitario* para poder consignar: la publicación de su *Manual del oficial en Marruecos*; su viaje á Italia como auditor general, en comisión del cuerpo de tropas enviado allí en 1849, y su proyecto, que llegó á tener muy adelantado, de escribir una historia de la Infantería española.

El primero de estos libros, sin pretender en modo alguno ser completamente original, pone de manifiesto la flexibilidad propia del estilo de su autor, que así se amolda á lo jocoso y humorístico, como á lo más elevado y serio. Por lo mismo dice muy acertadamente el Sr. Cánovas que la prosa no tenía secretos para Estébanez.

Sirvióle esta obra para formar parte de la Real Academia de la Historia, por más que otros trabajos y otros antecedentes de su vida literaria justificasen de cualquier modo su elección.

Aparte de sus cartas al General Narváez y de algunas bellísimas correspondencias á *El Heraldo* de Madrid, lo único

que escribió *El Solitario* en Italia fué una pintura de la *Gru- ta azul de Nápoles*, primoroso estudio descriptivo, donde las facultades y talento de su autor son tanto más brillantes cuanto más dentro se encuentran de su verdadero campo de inspiración.

Pero antes de la expedición á Italia ya había emprendido Estébanez la obra de mayor alcance y de utilidad más evidente que había proyectado en todo el trascurso de su existencia: «La historia de la Infantería española.» Logró que por real orden de 26 de octubre de 1847 se le diese el encargo de escribir dicha obra, y si bien ésta no quedó completa ni terminada porque las circunstancias no lo permitieron en realidad, consiguió acumular tantos materiales y datos, que á decir verdad el trabajo era asombroso, y más tratándose de un hombre como Estébanez, en quien como historiador supera siempre el arte, el estilo, el atractivo de la forma á la minuciosa investigación, al por menor, á las minuciosidades del erudito. Siguiendo su natural inspiración lo que hizo fué escoger cierto número de episodios, los que más herían sin duda su imaginación, para redactarlos inmediatamente, y los que con tal motivo cita el Sr. Cánovas del Castillo son modelos de literatura castellana.

Inútil es decir que cuando todos los españoles estaban fuertemente emocionados con la noticia de la toma de Tetuán, Estébanez, cuyo patriotismo y entusiasmo por las cosas de España no tenían igual, se dejaría arrastrar por la corriente. Este acontecimiento le hizo escribir un largo romance, que está sin limar entre sus papeles; pero no siendo esto sin duda bastante para él y acordándose del Cardenal Cisneros y su conquista de Orán, escribió el soneto que sigue:

«*Sal del hondo sepulcro, gran Prelado,
héroe de Orán, terror del agareno,
para ver tu pendón de gloria lleno
en Tetuán por siempre enarbolado.*»

Tu hispano pensamiento abandonado
lo encontró otra Isabel de altivo seno

que, dando sucesor á Alfonso onceno,
más jornadas prepara del *Salado*.

Mas antes de cobrar la tumba yerta,
bendice al capitán y las legiones
que logran florecer laureles secos;

duerme y solo de nuevo te despierta
para ver los castillos y leones
en Fez, en Tarundante y en Marruecos.»

Al regresar Estébanez de Italia, sólo contaba cincuenta años y, sin embargo, es muy poco lo que ya se puede escribir de su biografía, por más que aún viviese diez y siete.

Por lo que respecta á su carrera, hay que decir que el 14 de junio de 1647 se le nombró ministro togado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, y más tarde, al entrar nuevamente en el poder el partido moderado, fué consejero de Estado.

Fué diputado en 1838, en la segunda legislatura de 1843, desde 1844 á 1845, desde 1845 á 1846, desde 1846 á 1847 y desde 1847 á 1848, figurando siempre entre los moderados. No trató nunca de ser hombre de Parlamento. Donde únicamente habló sobre materia de gran importancia, fué en el Senado, pues fué nombrado senador vitalicio en 1853.

En el último período de su vida hizo varios viajes á Málaga y uno á París, donde residió algún tiempo á causa del cólera de 1855 y 1856.

En estos últimos años ya hemos dicho que escribió poco. Desde 1841 había publicado trabajos en verso y prosa en el *Semanario Pintoresco Español*, y desde 1851 en la *Ilustración Universal*.

Uno de los mejores trabajos, de cortas dimensiones, que hizo en este período, es sin duda el discurso que leyó en el Ateneo de Madrid al inaugurar su cátedra de árabe en 1848.

El ilustre orador D. Antonio Cánovas habla además de una porción de escritos notables que no han visto la luz, algunos de los cuales tampoco están terminados. Entre los artículos políticos, cita uno en que Estébanez describe cierta

sesión del Congreso con este epígrafe: *Corrida de toros en el Salón de Oriente*, modelo de ingenio y de intención.

En los primeros años de *El Solitario*, escribió éste la preciosa composición burlesca que se titula: *Las vacaciones del muchacho*.

La muerte de su adorada esposa precipitó indudablemente la suya. Primero, perdió el humor, el chiste que á cada instante brotaba de sus labios. Aún escribió algunas composiciones poéticas, pero en realidad su espíritu vivía bajo la presión de una angustia que consumía y agotaba por momentos sus fuerzas. El 5 de febrero de 1867 dejó de existir.

Tal es, á grandes rasgos presentado, el estudio biográfico hecho por el primero de nuestros estadistas. Con este modestísimo resumen, tienen idea nuestros lectores del fondo del cuadro. Para conocer el riquísimo marco que lo rodea, el conjunto de preciosísimos detalles que lo enriquecen, es absolutamente indispensable que lean toda la obra. Ninguna como ella pone de manifiesto la individualidad del Sr. Cánovas, la profundidad é índole de sus estudios, el altísimo vuelo de su fantasía, su gran talento, la seguridad y el acierto de sus juicios, y hasta su propio y natural carácter. El largo plazo que la vida del Sr. Estébanez comprende, y la variedad é importancia de los acontecimientos que durante el mismo se suceden, ofrecen ocasión propicia al Sr. Cánovas del Castillo para lucir sus dotes más eminentes. Si en la parte propiamente biográfica de la obra se aprecian el tiempo y acierto empleados en la busca, examen y elección de toda clase de libros y papeles relacionados con dicho objeto, por lo que respecta á la parte crítica, se comprende desde las primeras páginas la admirable facilidad con que ha sido escrita. El señor Cánovas del Castillo, sin el menor esfuerzo y á medida que iba relacionando sucesos, derramaba sobre ellos, con la prodigalidad del que posee inagotable tesoro, cuantos datos, noticias y juicios espontáneamente acudían á su pensamiento.

De esta suerte, para los que tienen la fortuna de tratar al Sr. Cánovas y de oírlo con frecuencia en discurrir su siempre amenísima é instructiva conversación, la obra que examina-

mos es la que mejor le retrata, y por eso también reviste interés tan grande, que una vez empezada á leer, no se deja de la mano hasta terminarla, apesar de las 800 páginas que en su totalidad constituyen los dos tomos de que se compone. Recomendamos, pues, su adquisición, así como la del volumen ya publicado de las obras de «El Solitario» *Escenas andaluzas*, al que habrán de seguir en breve otros, hasta completar la colección de los notables trabajos con que tan ilustre cuanto modesto autor enriqueciera la literatura patria.

H.





APERTURA

DE LA

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA



UÉ distinto aspecto el del espléndido salón en que este año se ha verificado la inauguración solemne del curso académico y el de aquella otra modesta, estrecha, incómoda estancia, vecina del Ateneo, donde por largo espacio ha permanecido instalada la asociación ilustre que fundó Carlos III! La metamorfosis ha sido completa. Los que ingresamos en la Academia aún imberbes, hace ya más de dos lustros, cuando, encendidas las pasiones políticas al calor de sucesos memorables, bajo el ahumado techo del mediocre recinto, apenas concurrido y apenas alumbrado, se discutía lo humano y lo divino, las monarquías y las repúblicas, á Lutero y á Jesucristo, la libertad de barbas y la Milicia Nacional, no podíamos menos de considerarnos trasportados á otras regiones y á otros climas, al dirigir en torno los asombrados ojos, espectadores entusiastas de la suntuosidad del local, pródigamente iluminado por los rayos del gas y las miradas de hermosísimas mujeres, invadido por brillante muchedumbre de jurisconsultos, literatos, militares, atletas del saber, eminencias de la política, celebridades de la banca, títulos del reino, altos

funcionarios del Estado... Y presidiendo aquel conjunto de timbres heredados ó merecimientos propios, aquel variado mosaico de severos fraques, relucientes casacas y majestuosas togas, el jefe supremo de la nación, el Rey, acompañado de su augusta consorte, de su egregia madre, de sus hermanas las Infantas D.^a Isabel y D.^a Eulalia y del ilustre Príncipe Federico Guillermo de Alemania, hoy honroso huésped de la capital de España.

No en vano ha trascurrido el tiempo para la humildísima inquilina del Marqués de Urquijo, hoy ataviada con ricas galas y festejada por opulentos personajes. Y es que no en vano ha recobrado la Patria la estabilidad que perdiera, el orden y la paz que le arrebataran, el bienestar moral y material de que son gallardo testimonio ceremonias como la aludida, en que á las magnificencias del público y del ornato que se exhiben, corresponden en íntimo consorcio la serenidad del lenguaje que se emplea y la profundidad de los conceptos que se emiten.

Al cuarto bajo, ahogado, oscuro, raquítico y mal trazado, de la calle de la Montera, han sucedido amplias salas, extensa biblioteca, confortables estufas, soberbios frescos, luz y ventilación por todas partes; á los exiguos bancos donde nos sentábamos de ordinario dos docenas de estudiantes y á veces menos, holgados escaños de terciopelo rojo, sillerías de raso y brocatel. Anchas tribunas permiten la asistencia á los debates de numeroso concurso de ambos sexos. El derecho abdica de su tradicional exclusivismo masculino (1).

(1) El edificio levantado en la calle de Colmenares, núm. 5, ocupa una extensión de 17.850 pies. Consta de planta baja y piso entresuelo. Como construído *ad hoc*, se halla el espacio perfectamente distribuído.

El vestíbulo tiene de extensión 52 metros cuadrados y en sus paredes ostenta lápidas de marmol en que se hallan esculpidos los nombres de los más eminentes jurisconsultos que florecieron en el siglo XIII.

Completa su decoración un cuadro de Giordano.

A uno y otro lado hay dos espaciosos salones que se destinan á escritorio, con luz zenital; uno de ellos contiene dos cuadros, originales, de Tintorero y de Bassano.

El salón de retratos contiene 23 de igual número de presidentes de la docta

Bajo el dosel que ampara el retrato del penúltimo Carlos, sentáronse el Rey, las dos Reinas, el Príncipe Federico y las Infantas. A la derecha del estrado regio, tras de elegante mesa con bujías, el presidente de la corporación D. Francisco Romero Robledo y el secretario general D. Senén Canido.

A éste concedió la palabra S. M. y leyó una Memoria comprensiva de los trabajos de la Academia en el año anterior; pero Memoria llena de interés y colorido, escuchada con verdadero deleite por la singular galanura de su estilo y la

corporación. Es muy bella la sala de la Junta de gobierno, cuyo mobiliario es del gusto más exquisito.

Un vasto salón se destina á las secciones. Su decorado es elegante y recuerda el del salón de sesiones públicas del antiguo local.

Donde se revela el mejor gusto es en el salón de sesiones, de 160 metros cuadrados.

Forma el techo una medalla central y dos laterales, representando la primera la Justicia Divina y la humana, persiguiendo el crimen; y la segunda dos genios, sosteniendo una gasa con las inscripciones de *Alterum non loedere, Honeste vivere, Suum cuique tribuere.*

La escocia forma una banda que rodea el techo; en una cartela se ve el retrato de Alfonso XII, de buen dibujo y notable parecido: en otras 19 cartelas están el escudo de España, el de la Academia, los retratos de Solon, Justiniano, Alfonso X, Benedicto XIV, etc., etc.

En el muro central hay una lápida de mármol con esta inscripción:

«Reinando D. Alfonso XII y siendo presidente de la Academia el doctor D. Francisco Romero Robledo, anno MDCCCLXXXIII.»

Bajo la cornisa hay 26 coronas que ostentan los nombres de los presidentes desde 1836 á la fecha.

El del primero es el del Sr. Monreal, el último el del Sr. Romero Robledo.

En los divanes de caoba y terciopelo hay sitio para 400 académicos.

El dosel para la presidencia ostenta el retrato de Carlos III, de Mengs; la mesa presidencial es de caoba tallada.

El salón tiene cinco tribunas á la altura del piso principal que pueden contener 200 personas.

Los 9.000 volúmenes que constituyen la biblioteca se hallan colocados en tres salones corridos.

El presupuesto de las obras se ha elevado á 75.000 pesetas. Las obras han sido dirigidas por el arquitecto Sr. Torriente, y para llevarlas á feliz término, han tomado parte muy activa dos académicos muy celosos, muy amantes de la corporación y muy inteligentes: D. Benito Rollán y D. Rafael Soriano.

amenidad creciente de su relato, que presenta en artístico relieve el ayer y el hoy de la Matritense de Jurisprudencia, alojada por merced, en tiempos no remotos, ya en la sala de una sacramental, ya en la de un convento, donde el día que moría un padre, por exponerlo de cuerpo presente en aquélla, no podían celebrar sesión los académicos, ya rodando por pisos de alquiler, de algunos de los cuales fué lanzada mediante judicial desahucio... Un aplauso muy ruidoso y muy bien ganado premió el trabajo del Sr. Canido, á quien desde aquí se lo reiteramos, por nuestra parte, con fervorosa sinceridad. No hay asunto pobre, si es rica la paleta y el pincel es hábil.

Y se levantó á dar lectura del discurso inaugural el señor Romero Robledo, cuyos actos son otros tantos triunfos, ya diserte, ya perore, ya aborde empeños políticos; ya dedique su actividad y su talento á empresas literarias ó científicas. Buena prueba es de esto que la fama pública pregona, su magistral estudio de los delitos de la palabra, tema que en su discurso desarrolló lucidamente.

Tema de importancia suma y de oportunidad manifiesta en estos tiempos en que la palabra oral ó la palabra escrita constituye el auxiliar más poderoso de cuantos principios aspiran á ser fundamento de las instituciones religiosas, políticas y sociales de los pueblos.

¡La palabra! ¿Quién no admira su fuerza, cuando brota, espontánea y elocuente, en defensa de la razón, de la justicia, de la ciencia, de la fe, de la libertad, de esas ideas madres que serán siempre atractivo imán de las conciencias y luminoso oriente de los pueblos? ¿Quién no reconoce en ella el don más preciado con que el Creador adornó á su criatura predilecta, como complemento necesario de la facultad de sentir y de pensar que otorgó á su alma? Hablar es vivir por fuera.

¿Se controvierten los grandes intereses de un país; está en problema la inocencia de un hombre; decae el fervor de los creyentes ó es preciso contrarrestar los alardes de los incrédulos; surge un problema científico; se conmemora un hecho glorioso?... Cuando los ojos se empapan de lágrimas ó en los

labios palpita una sonrisa, para alentar entusiasmos, para destruir errores, para vindicar derechos, para cantar victorias ó deplorar desastres, el sentimiento y la inteligencia recurren siempre á la dócil expansión de la palabra, á un tiempo válvula del corazón y púrpura de la idea.

Y ¿cuáles triunfos más lisongeros que los del orador y el escritor, los del misionero que desafía el martirio, sin otro escudo que la persuasión de sus consejos; los del letrado que desde el sitial del foro arrebató una víctima á la calumnia; los del representante de la patria que vuelve por los hollados fueros del país que paga y calla; los del sabio que ensancha desde la cátedra los horizontes del ideal humano; los del publicista ó el poeta que descubren mundos no soñados bajo los nerviosos trazos que en el papel estampan?

Podrá disputar el siglo XIX, peleón y descontentadizo por abolengo, la legitimidad de otros cetros y otras soberanías; la soberanía y el cetro de la palabra cuentan con el asentimiento unánime de los hombres, y hasta de las mujeres, de nuestra época.

Elegantemente lo decía el Sr. Romero Robledo: entre todos los dones con que la naturaleza invistió á la humanidad, el más inestimable es ciertamente el del lenguaje; contemplad sus virtudes y excelencias: ¡parece que se desvanece la interior virtud del pensamiento ante su externa grandeza! De tan nobilísima facultad nos cuesta violencia admitir que nazca sino el bien.

Pero la palabra es un hecho, y todo hecho, al fin y al cabo, puede ser lícito ó ilícito, es decir, bueno ó malo, según la noción que de estas calidades nos da, no siempre con riguroso acierto, la voluntad suprema del poder. Queda, pues, sometido á la acción de éste y se expone á la responsabilidad de las sanciones de la ley. Imposible desconocer en tal concepto que la palabra, hablada ó escrita, constituye de por sí verdadera materia penal. He aquí la tesis del presidente de la Academia de Jurisprudencia. ¿Y cómo negar que su razonamiento es inconcuso y que á la vez lo abonan el derecho, la historia y el común sentir?

La palabra del que seduce, compra ó induce al agente ma-

terial, como la que sirve para atraer á la víctima ó suministrar datos que faciliten la ejecución del hecho, y la del que procura la impunidad extraviando la acción de la justicia con falsas noticias, implica diversas responsabilidades, que colocan á los que se valieron de ellas entre los autores, cómplices ó encubridores del acto criminal. Desde la más grave hasta la más leve responsabilidad en un delito, puede en muchos casos determinarse y exclusivamente consistir en el empleo de la palabra. El Sr. Romero Robledo lo afirma y es verdad. Como auxiliar ó como principal agente, la palabra puede constituir abuso, trasgresión legal, y desde ese momento trae aparejado un castigo por legítima consecuencia inevitable.

La injuria ó la calumnia, la blasfemia, la excitación á la rebelión, todo lo que significa agravio á la personalidad individual, quebrantando el respeto debido á sus intereses morales, ó ataque á la personalidad del Estado, atentando á las instituciones en que descansa su organismo, todo cae bajo las prescripciones de la ley penal, aunque sea mera ofensa de palabra, aunque no hiera desde luego materialmente la propiedad, ni la vida, ni las creencias religiosas, ni la paz pública, ni la independencia nacional.

Como arguye discretamente el autor del discurso que examinamos, el pensamiento expresado por la palabra pierde la inviolabilidad que le amparaba en la conciencia: se materializa en el sonido; marca su huella en la memoria de los demás; ofrece blanco á la contradicción y á la resistencia; es, en suma, un hecho sometido á las leyes de todos los otros hechos. Para esto basta, en efecto, que lesione intereses invisibles é impalpables que se sienten y no se tocan, que alimentan al sér inteligente en su razón y en sus sentimientos, que encienden en el seno de las sociedades el amor á la justicia y la fe en el progreso. Intereses que, según el Sr. Romero Robledo, son, después de todo, los que merecen más vigilante y delicada protección, porque así como la palabra injusta y apasionada es el punto inicial de la acción ciega y perturbadora, el eclipse ó el abandono de los intereses morales es seguido, sin solución de continuidad, por el rugido de

la anarquía y por el desplome y ruina de los intereses materiales y de todo el orden social.

Y sin embargo, hay una escuela cuyas doctrinas gozan de gran boga entre sectarios ó incautos, que proclama la libertad absoluta del pensamiento, la impunidad sistemática de la palabra, la más amplia libertad de imprenta.

Sentadas las premisas á que obedece su discurso, al señor Romero Robledo le es sumamente fácil destruir el engañoso artificio de tales predicaciones.

Sea el pensamiento completamente libre, exclama, cuando en brazos de la especulación pide al mundo material y á las leyes físicas la explicación de sus arcanos; cuando demanda al mundo social y á las leyes morales reglas que perfeccionen el organismo de la sociedad ó un poco de luz que ilumine las dudas de la conciencia. Dejad libre al pensamiento en el libro, en la Academia, en la revista científica y en el periódico no político; en todas aquellas formas y por todos aquellos medios que tiendan á perpetuarlo y difundirlo; á facilitar la lucha de la inteligencia para penetrar, replegándose sobre sí misma, en sus propios orígenes, ó para indagar las causas de los fenómenos sensibles, y de allí alzarse á la contemplación de sus altos y misteriosos destinos.

Pero distíngase bien el oro del oropel. Cuando abatiendo su vuelo la palabra toca al mundo de las realidades, y en aquella forma divina, en vez del pensamiento puro, se encierra el barro de los intereses y de las pasiones, no puede aspirar al respeto y á la inmunidad debida á la idea, y queda sujeta á la pena impuesta en nombre de la justicia y del bien social, siempre que traspase las fronteras de lo lícito.

Esto es lo derecho, y contra esto en vano se aducirán todo género de sutilezas, argucias y metafísicas. La prensa periódica no puede ser absolutamente libre, sino á una condición, que de seguro rechaza, como observaba atinadamente el orador de la Academia: la de vivir deshonrada. Unicamente allí donde el menosprecio á sus manifestaciones fuera tanto que éstas resbalaran en la coraza de la indiferencia pública; allí donde fuera poco menos que oficio vil el del periodista, podría vivir en esa soñada, absoluta y total indepen-

dencia. Pero cuando es la defensora hábil y severa de las necesidades verdaderas y de las aspiraciones legítimas; cuando honradamente abraza la causa de intereses legítimos y de opiniones sinceras; cuando su voz suele llegar al corazón del país y halla eco en sus sentimientos, la prensa libre es la primera y la más interesada enemiga de la prensa licenciosa.

En punto á la pena más proporcionada á los delitos de la prensa, el Sr. Romero Robledo lamenta el ver confundidos en un mismo paraje y medidos por un mismo rasero, ladrones, asesinos y periodistas; pero opina que mientras los delitos se cometan y no haya en la legislación otras que aplicarles, fuerza será que se apliquen severamente las penas personales y hasta que se cumplan.

• A nuestro juicio, la cuestión es más obvia de lo que se supone. Son los delitos de imprenta esencialmente políticos; y de aquí, por razón de este carácter que en el juicio público no denigra al que los comete, nace la repugnancia con que se presencia ese contubernio nefando á que se exponen, encerrados en un mismo establecimiento penal, los que esgrimieran la traidora ganzúa ó la alevosa navaja y los que manejaron la inocente pluma. Pero esto dimana de la índole particular de cada uno de tales delitos, unos repulsivos y otros no: ¿son todos delitos por indiscutible consecuencia de su carácter criminal? Pues si lo son, no hay más que averiguar: mientras lo sean, deberá sometérselos á pena. ¿Cómo evitar, por otro lado, que la opinión repita *sotto voce* con el insigne dramaturgo:

«... que en casos tales
los vencidos son traidores,
los vencedores leales?»

De lo que no puede, en rigor, prescindirse es de separar, dentro de la penitenciaría, al que, al perder la libertad, perdió simultáneamente la honra y el derecho á la estimación ajena, del que arrastra un grillete tan solo porque la suerte no tuvo á bien ceñirle el laurel del vencedor.

El discurso del presidente de la Academia, acogido con

interminable salva de aplausos por sus oyentes, tuvo una postdata dirigida á S. M. el Rey.

«Señor—dijo:—Antes de dar por terminada mi tarea, he de cumplir un deber que me impone la representación que os tento en este lugar, representación que es de todos los académicos mis compañeros y amigos.

El hombre, solo ó congregado con otros, lucha en la vida para obtener principalmente la estimación de aquellos que son por el mundo estimados; y la presencia de V. M. en este acto colma nuestras más exlgentes ambiciones y conmueve en nuestras almas fibras más sensibles que las de un pasajero reconocimiento ó un superficial halago; ella es á la vez premio y estímulo para esta corporación que ve concurrir en la institución que V. M. personifica el prestigio de secular tradición, el afecto vivo de la generación que actualmente milita y la esperanza de la que se prepara á sucedernos.

Pedir á V. M. que continúe la protección que en breve tiempo ha trasformado y engrandecido á esta Academia, lo tendría por ocioso y hasta por irreverente; la petición amen-guaría el brillo de la espontaneidad del sentimiento con que V. M. ha venido á honrarnos y á presidir esta sesión inaugural acompañado de sus augustas madre y esposa, de SS. AA. las Infantas y del regio huésped que honra con su visita á nuestra Patria.

Sed vos, señor, cerca de Príncipe tan ilustre, poderoso representante del principio monárquico en Europa, intérprete de los sentimientos con que los académicos de la de Jurisprudencia y Legislación le saludan y le agradecen el honor que nos dispensa con su presencia. El afecto que reúne en este estrado al Rey de España y al heredero del Imperio de Alemania, es la demostración visible de la cordialidad que debe unir dos pueblos que fundan sus instituciones en un mismo principio; base esencial en el sentir de las mayorías que allí y acá le aclaman y respetan, para la libertad política y la felicidad pública.

Dichosos los pueblos que cuentan entre sus instituciones la institución monárquica representada por Príncipes en quienes la atención que reclaman los arduos negocios del Estado

no apaga la afición á honrar y á proteger á los que se dedican al estudio de la ciencia. »

S. M. el Rey se dignó contestar:

«Señores: Faltaría á un deber de cortesía, si no me apresurara á manifestar mi agradecimiento á esta ilustre corporación, á las personas que la componen, á las que son ya honra de la patria, á las que lo serán mañana, no solamente por las palabras que en nombre de todos me ha dirigido el Sr. Romero Robledo, sino aún más por haberme sido, si cabe, más gratas, las que ha dedicado al ilustre huésped que entre nosotros tenemos.

Nada más difícil para un Soberano, cuya alta representación le obliga á presidir ceremonias solemnes cual la presente, que tomar la palabra ante un público tan inteligente, y, sobre todo, de tanta competencia en los estudios jurídicos propios de esta docta corporación.

No esperéis, pues, de mí, ni un vano alarde de elocuencia, ni mucho menos una disertación que pueda traer alguna luz á vuestras importantes tareas. Por desgracia, las vicisitudes de mi vida no me han permitido, como á otros Príncipes, como á nuestro huésped le fué dado en la Universidad de Worms y como yo hubiera deseado hacerlo, venir á tomar asiento en los bancos de la facultad de Derecho de una Universidad.

Cuando llegaba á la edad en que hubiera podido satisfacer ese deseo, España me llamó y yo vine; pero no para continuar tranquilamente los pacíficos trabajos emprendidos lejos de la Patria, sino para aceptar la dura responsabilidad de devolver la paz y el orden á un país destrozado por la guerra civil y la anarquía.

No extrañéis, por tanto, que al dirigiros hoy la palabra me limite tan sólo á expresar dos afirmaciones sugeridas por el amor á mi Patria y por la idea del cumplimiento de mi deber: la paz interior á costa de tantos sacrificios obtenida, y la administración de justicia, base de toda sociedad civilizada, hallarán en mí siempre su más leal defensor, su más firme apoyo, y si, lo que Dios no quiera, para conservarlas ó restablecerlas fuera preciso algún día apelar á medios ex-

tremos, espero, señores, que ni yo he de dejar de cumplir con mi deber, como quien soy, ni vosotros dejaréis de seguir al que lleva entre sus manos la bandera gloriosa de la España del siglo XIX, donde campean escritos los lemas de paz, justicia, trabajo, orden y libertad.»

Grandes y prolongadas ovaciones saludaron las últimas palabras del Monarca, antes entusiastamente interrumpido por iguales muestras de adhesión en diferentes períodos de su discurso. ¡Felices los Reyes que de tal suerte aciertan á reinar en los corazones de sus súbditos!

El preclaro heredero del trono de Alemania conservará sin duda grátísimo recuerdo de la solemnidad que en la Academia de Jurisprudencia ha presenciado. Esta, por su parte, no olvidará jamás la fecha imperecedera del 25 de noviembre de 1883, en que, trasladada á local ya digno de su representación y su importancia, se ha visto honrada por la visita de la real familia y su esclarecido huésped y festejada por la asistencia á su sesión inaugural de cuanto en Madrid tiene prestigio y reputación en la política, en las armas, en la nobleza, en el foro, en la literatura y en la ciencia.

¿A quién se debe el milagro? El proyecto de mejorar de domicilio era antiguo en la Academia. Desde el siglo pasado existían comisiones con el encargo de buscar medios para realizarlo. El día en que D. Francisco Romero Robledo fué elegido presidente, quedaron vencidas las dificultades y arrollados los obstáculos de cien años. Hace tiempo que el brioso paladín conservador ha debido escribir en su rodela: «Querer es poder.»

Cuando se cuenta con las excelentes aptitudes del estadista insigne, de quien, como del héroe del Romancero, es dado en verdad decir, por honrosa excepción en estos tiempos de escéptica pasividad é indolentes complacencias:

No ganó timbres holgando,
aunque bien holgar pudiera;
ganólos en las batallas
con su lanza y su bandera.

JAVIER UGARTE.



DIMITRI ROUDINE

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1).



OLINZOFF se había incorporado, y apoyándose en el codo miraba á su amigo de un modo extraño, con la vista fija; después se puso á referirle palabra por palabra toda la conversación que había tenido con Roudine. Hasta aquel día nunca había hecho alusión delante de su amigo del sentimiento que le inspiraba Natalia, aunque siempre suponía que éste no lo ignoraba.

—¿Sabes que me admiras?—replicó Lejnieff así que Sergio terminó su relato—yo esperaba cualquier rareza de su parte, pero esta es demasiado fuerte... Por lo demás, le reconozco en eso.

—Este hecho es pura y simplemente una insolencia—repitió Volinzoff, vivamente conmovido.—Poco me ha faltado para arrojarle por la ventana. ¿Quiere alabarse delante de mí ó tiene miedo? Veamos, ¿por qué motivo secreto?... ¡Cómo toma sobre sí el ir á casa de un hombre!...

(1) Véase la página 87 de este tomo.

Volinzoff se apretó las sienes con las dos manos y se detuvo.

—Pero amigo mío, estás en un error—respondió tranquilamente Lejnieff;—tú no quieres creerme, y á pesar de eso estoy seguro que ha hecho todo esto con buena intención. Sí, verdaderamente... ¡Todo esto es tan noble, tan leal! Después, ¿cómo había de perder tan buena ocasión de hablar y demostrar su elocuencia? Tiene necesidad de esto; ¿podría él vivir, acaso, sin hacer una comedia? ¡Ay! ¡ay! esa lengua es su enemiga; pero por otro lado le hace gran servicio.

—No puedes figurarte con el aire tan solemne con que entró y se puso á discutir.

—Lo creo todo en él, es solemne; se abrocha la levita como si llenase un deber sagrado; hubiera querido relegarle por unos días en una isla desierta, y ver oculto las pinturas que hacía frente á frente con él mismo. ¡Y se atreve á hablar de sencillez!

—¿Pero dime, por el amor de Dios, qué es lo que significa su conducta? ¿Eso es filosofía.?

—¿Cómo te responderé? La filosofía entra, ciertamente, en algo; pero no es todo, no es preciso achacar todas las tonterías á la filosofía.

Volinzoff le miró de reojo.

—¿Pero mentirá? ¿Qué te parece á tí?

—No, amigo mío, no miente. Pero ya basta de este personaje; ven al jardín á fumar un cigarro y llamaremos á Alejandra para que venga con nosotros; cuando ella está presente es más fácil hablar y más fácil también callarse. Nos dará té.

—Con mucho gusto—respondió Volinzoff—y gritó: Sacha, ven aquí.

Entró Alejandra, que le apretó la mano, y él puso tíernameamente en ella sus labios.

Roudine había vuelto á su casa en una disposición de espíritu bastante desagradable. Se dirigía vivos reproches y acusaba amargamente su imperdonable precipitación y su niñería. No se ha dicho sin razón que no hay peso más grande que llevar que el convencimiento de haber hecho

una tontería, y Roudine estaba lleno de remordimientos.

—El diablo me sugirió—murmuraba entre dientes—la idea de ir á casa de ese hombre. ¡Bello pensamiento! Sólo me ha servido para oír insolencias.

Alguna cosa inusitada pasa en casa de Daría. La misma dueña de la casa no se ha dejado ver en toda la mañana y no baja hasta la hora de comer. Pandalewski, que es el único que ha sido admitido en su presencia, asegura que sufre de un violento dolor de cabeza. Roudine apenas había podido ver á Natalia, que estaba en su cuarto con Mme. Bencourt, y al hallarse enfrente de él en la mesa le había mirado con un aire tan compungido que el corazón de Dimitri se había conmovido. Las facciones de la joven estaban alteradas como si hubiese caído sobre ella desde la víspera alguna gran desgracia.

Una vaga tristeza, como un presentimiento, comenzó á turbar á Roudine.

Para distraerse se había ocupado de Bassistoff, y hablando con él de una manera un poco seguida, halló en su interlocutor un joven vivo é impresionable, con entusiastas esperanzas y de creencias vírgenes aún. Por la noche apareció Daría en el salón; estuvo amable con Roudine, aunque algo reservada. Unas veces sonreía, otras fruncía el ceño y hablaba con voz sorda, lanzando alusiones que le inquietaban... Había reaparecido la mujer de mundo completamente. Hacía algunos días que había manifestado cierta frialdad con Roudine.

—¿Qué enigma será este?—pensó mirando furtivamente la cabeza baja de Daría.

La solución del enigma no se hizo esperar. Atravesando Roudine á eso de las doce un corredor oscuro que conducía á su cuarto, sintió de repente que una persona le ponía en la mano un billete. Miró á su alrededor y vió una muchacha que conoció ser la doncella de Natalia. Entró en su cuarto, despidió al criado, abrió el billete y leyó las líneas siguientes, trazadas por mano de Natalia:

«Mañana, á las siete de la mañana, en el estanque de Avdioukine, detrás del bosque de encinas. Me es imposible fijaros otra hora.

»Esta será nuestra última entrevista, y todo se acabará á menos que... venid. Es preciso tomar una determinación.»

«P. D. Si yo no voy, es que no nos debemos volver á ver jamás, y entonces os lo haré saber.»

Roudine quedó pensativo, dió mil vueltas al billete entre sus dedos, le puso debajo de la almohada y se desnudó, se acostó; pero sin hallar el reposo que buscaba. Durmió con sueño ligero y se despertó antes de las cinco.

X.

Hacía ya mucho tiempo que no quedaban si no débiles muestras del estanque de Avdioukine, al lado del cual Natalia había dado cita á Roudine. La cañería se había roto hacía treinta años, dejando correr las aguas. Aún se veía el fondo llano y liso de aquella esplanada, antes cubierta de cieno, y los restos del paredón, que sólo recordaban la existencia del estanque. Allí se había elevado antiguamente una casa señorial. Del espeso bosquecillo de árboles que rodeaba la antigua propiedad, no se conservaban más que dos pinos enormes, aunque delgados y de lúgubre follaje, que murmuraban eternamente al soplo del viento.

La leyenda popular contaba un crimen espantoso que se había cometido al pie de aquellos mismos pinos; aún se decía que cada árbol al caer debía arrastrar la muerte de un hombre, como había sucedido con otro pino, el tercero, arrancado por la tempestad, que en su caída había aplastado á una niña. Todos los alrededores de aquel estanque pasaban por ser un sitio desierto, árido y sombrío, aun en pleno día, y tomaba un aspecto aún más desolador por la vecindad de un antiguo bosque de encinas secas hacía ya mucho tiempo. Por encima de los matorrales se veían elevarse con raros intervalos inmensos troncos grises que parecían fantasmas, que sólo con mirarlos estremecían, semejantes á siniestros ancianos reunidos en conciliábulos secretos con el fin de ma-

quinar alguna mala acción. Un estrecho y poco frecuentado sendero cruzaba aquella triste ladera. Nadie pasaba por aquel estanque de Avdioukine sin tener una absoluta necesidad; así es que Natalia había escogido con intención aquel sitio solitario, situado á media versta de la casa de su madre.

La mañana estaba oscura: apenas salía el sol cuando Roudine llegó al estanque. Nubes amontonadas de un color blanquecino cubrían el cielo; las empujaba silbando el viento. Roudine iba y venía por el sendero, todo cubierto de espesas matas y ortigas secas. No estaba nada tranquilo. Aquellas citas misteriosas, las sensaciones nuevas que sentía le agitaban violentamente, sobre todo después del billete de la víspera. Comprendía que estaba próximo el desenlace, y una inquietud profunda invadía su alma, aunque nadie lo hubiera creído al verle con los brazos cruzados sobre el pecho, con una resolución reconcentrada, y pasear sus miradas á su alrededor. No carecía de verdad lo que Pigassoff había dicho una vez hablando de él, que recordaba esos muñecos chinos que caen siempre llevados por el peso de la cabeza. Pero cuando gobierna á un hombre sólo la cabeza, se hace muy fácil, por poderoso que sea su talento, analizar ciertos sentimientos y hasta comprender bien claramente lo que pasa en su corazón... Roudine, el hombre de tanto talento y de tanta penetración, no estaba en estado de decir con certeza si amaba á Natalia, si sufría, si debía sufrir separándose de ella. Porque había exaltado la imaginación de aquella joven sin tratar siquiera de hacer el papel de conquistador. Hagámosle esta justicia. ¿Por qué la esperaba con misteriosa emoción? Para esto sólo hay una respuesta; y es, que los que no conocen la pasión verdadera son precisamente los que se dejan arrastrar más fácilmente por sus apariencias. Se paseaba por la ladera mientras que Natalia acudía rápidamente á la cita, andando á través de los campos por la húmeda hierba.

—Señorita, señorita, vais á mojaros los pies—le gritaba su doncella Macha, que apenas podía seguirla.

Natalia no la escuchaba y corría sin mirar atrás.

—Con tal de que no nos hayan visto—repetía la doncella.

Ya es bastante extraño que no nos hayan oído cuando sa-

limos de casa. ¡Con tal que no se despierte el aya!... Afortunadamente no es muy lejos. Mirad al señor que espera—añadió al ver de repente la elevada estatura de Roudine que sobresalía.—Hace mal de estar así tan á la vista, mejor sería que hubiese bajado al llano.

Natalia se había detenido.

—Espérame aquí al lado de los pinos, Macha—dijo, dirigiéndose hacia el estanque.

Roudine salió á su encuentro y se detuvo sorprendido; nunca había visto una expresión parecida. Se la habían juntado las cejas, tenía apretados los labios y sus ojos una mirada fija y casi dura.

—Dimitri—comenzó á decir;—no tenemos tiempo que perder, los minutos están contados; mi madre lo sabe todo porque Mr. Pandalewski nos espío el otro día y la ha hablado de nuestra entrevista. Siempre ha sido el espía de mamá. Esta me llamó ayer á su cuarto.

—¡Dios mío!—exclamó Roudine—esto es espantoso. ¿Qué os dijo?

—No se ha enfadado, no me ha reñido, solamente me ha reprochado mi ligereza.

—¿Solamente?

—Sí, pero me ha declarado que querría mejor verme muerta que esposa vuestra.

—¿Ha dicho? ¡Es posible!

—Sí, y ha añadido que vos mismo no deseáis casaros en manera alguna, y que me habéis hecho la corte por no saber qué hacer, y que no podía esperar tal abuso de confianza por parte vuestra; que por lo demás ella tenía también que reprocharse más de una cosa.—«¿Por qué, me dijo luego, te he permitido yo verle tan amenudo?» Y ha añadido que contaba con mi buen juicio, y que mi conducta irreflexiva la había admirado mucho... Ya no recuerdo todo lo que me ha dicho.

Natalia había contado todo esto con una voz igual y casi apagada.

—Y vos, ¿qué habéis contestado?—preguntó Roudine.

—¿Lo que la he respondido?—repitió Natalia—pero antes decidme lo que tenéis intención de hacer.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! esto es cruel, ¡tan pronto!... ¡Qué golpe tan repentino!... ¿Vuestra madre está tan completamente irritada?

—Sí, sí, no quiere oír hablar de vos.

—Esto es horrible, no hay entonces esperanza.

—Ninguna.

—La desgracia parece que nos persigue con un encono inaudito. Ese Pandalewski es un miserable. Me preguntáis lo que tengo intención de hacer. Pierdo la cabeza, Natalia... no puedo combinar nada... sólo puedo deplorar mi suerte maldita... Estoy sorprendido de que vos podáis conservar esa sangre fría...

—Creéis que eso sea para mí muy fácil—respondió la joven.

Roudine se puso á pasear. Natalia no apartaba los ojos de él.

—¿No os ha hecho alguna pregunta vuestra madre?—preguntó al fin.

—Me ha preguntado si os amaba.

—¿Y qué la habéis contestado?

Natalia calló un instante y luego dijo:

—No la he mentado.

—¡Siempre noble y grande! ¡Qué corazón el de esta muchacha, es oro puro! ¿Pero es posible que vuestra madre haya declarado su voluntad tan resueltamente respecto de nuestro matrimonio?

—Esta es la verdad, y ya os he dicho además que ella no cree que tengáis la intención de casaros conmigo.

—Me ha tomado por un trasto, por un seductor. ¿Por qué habré yo merecido tan crueles sospechas?—Roudine ocultó la cabeza entre las manos.

—Dimitri,—dijo Natalia—estamos perdiendo el tiempo inútilmente; acordaos que es la última vez que os veo. No he venido aquí á llorar ni á quejarme, ya lo veis, mis ojos están secos. He venido á pedir un consejo.

—¿Qué consejo puedo yo daros, Natalia?

—¿Qué consejo? Sois un hombre: me he acostumbrado á tener confianza en vos, y conservaré la fe que en vos tengo hasta lo último. Decidme cuáles son vuestras intenciones.

—¡Mis intenciones!... ¡Probablemente vuestra madre me cerrará la puerta!

—Es posible. Ayer me dijo que renunciaría á veros... pero no respondéis á mi pregunta.

—¿A qué pregunta?

—¿Qué creéis que tenemos que hacer ahora?

—¿Qué tenemos que hacer?—repitió Roudine.—Preciso será someternos naturalmente.

—¡Someternos!—repitió lentamente Natalia, mientras sus labios se ponían enteramente blancos.

—Someterse al destino—continuó,—¿qué hemos de hacer? Sé muy bien que será muy amarga esta resignación y que este golpe es muy pesado de soportar; pero, decidid vos, Natalia: yo soy pobre... podría trabajar, eso es cierto; pero aun cuando fuera rico, ¿tendríais valor para aceptar un rompimiento inevitable con vuestra familia y arrostrar la cólera de vuestra madre? No, Natalia, eso no se puede ni aun pensar; es evidente que no estamos destinados á vivir juntos y que esta dicha ideal que yo he soñado no está hecha para un desgraciado como yo.

Natalia se cubrió de repente el rostro con las manos y rompió á sollozar.

Roudine se acercó á ella.

—Natalia, querida Natalia—dijo con fuego,—no lloréis por el amor de Dios. No me destrocéis así el corazón, calmaos.

Natalia levantó la cabeza.

—¡Decís que me calme!—replicó la joven mientras que sus ojos húmedos tenían un brillo extraordinario. Mi llanto no tiene el motivo que suponéis, no; mi sufrimiento tiene otra causa. Haberme equivocado respecto á vos, esto es lo que hace correr mis lágrimas. ¡Cómo! ¡Conque vengo á vuestro lado para buscar un consejo, un apoyo y en qué momento! y vuestras primeras palabras son éstas: «Someteos.» ¿Así es como ponéis en práctica vuestras teorías sobre la libertad y el sacrificio?

Su voz se ahogó.

—Pero Natalia—respondió Roudine muy turbado,—recor-

dad que yo no me separo de mis principios... solamente...

—Me preguntabais antes—interrumpió la joven con nueva fuerza—lo que había respondido á mi madre cuando me ha declarado que consentiría antes en mi muerte que en mi matrimonio con vos. La he respondido que antes quisiera morir que casarme con otro... ¡Y habláis de someterse! Comienzo á creer que tiene razón y que os habéis divertido en hacerme la corte por no tener que hacer, por *matar el tiempo*...

—Os juro, Natalia... os juro—repitió Roudine...—Pero la joven no le escuchaba.

—¿Por qué no me habéis detenido desde el principio?—dijo con energía,—¿y por qué no previsteis estos obstáculos? Estoy avergonzada de hablar así... Pero ahora todo ha acabado.

—Es preciso que os calméis, Natalia, y que busquemos algún medio...

—Muchas veces habéis hablado de sacrificios, de abnegación; pero sabed—interrumpió ella—que si antes me hubieráis dicho: «Te amo, pero no puedo casarme, no respondo del porvenir, dame tu mano y sígueme,» sabed que os hubiera seguido, estaba decidida á todo. Pero es mayor de lo que yo creía la distancia que hay de la palabra á las obras, y ahora tenéis miedo, como lo tuvisteis el otro día durante la comida, de Volinzoff.

Roudine se puso encarnado. La exaltación inesperada de la joven le había chocado, pero sus últimas palabras herían en lo más vivo su amor propio.

—Estáis demasiado agitada para poder comprender hasta qué punto me habéis cruelmente ofendido. Espero que me haréis justicia... algún día; entonces comprenderéis lo que me ha costado el renunciar á una dicha que, según vuestra propia confesión, no me imponía obligación alguna. Vuestra tranquilidad es para mí más preciosa que todo lo del mundo, y sería un miserable si me decidiera á aprovecharme...

—Puede ser, tal vez tengáis razón, no sé ya lo que digo... pero hasta este momento había creído en vos, tenía fe en todas vuestras palabras... De ahora en adelante pesadlas mejor y no las arrojéis así al viento. Cuando os dije que os

amaba, ya sabía á lo que me comprometía esa palabra; estaba dispuesta á todo... Ahora sólo me falta el daros las gracias por la lección que acabo de recibir y deciros adiós.

—Deteneos por piedad, os lo suplico, no he merecido vuestro desprecio, os lo juro. Poneos en mi lugar. Yo respondo por vos y por mí. Si no os amase con un cariño lleno de abnegación, ¿quién me hubiera podido impedir el que os propusiera en seguida que huyeseis conmigo?... Más tarde ó más temprano vuestra madre os hubiese perdonado... y entonces... Pero antes de pensar en mi propia felicidad...

Se calló porque la mirada de Natalia francamente fija en él le turbaba.

—No os esforcéis en probarme que sois un hombre honrado, no lo dudo; creo que no sois capaz de obrar así por cálculo, ¿pero tengo yo necesidad de que me persuadáis de esto? ¿He venido yo aquí á eso?

—No esperaba yo...

—¡Ah! ¡Os vendéis á pesar vuestro! ¡No esperabais mi respuesta! ¡No me conocíais! Pero estad tranquilo: vos no me amáis y yo no me impongo á nadie.

—¡Si os amo!—exclamó Roudine.

Natalia se enderezó:

—¡Sea! ¿Pero cómo me amáis? Yo recuerdo todas vuestras palabras, Dimitri.—¿Os acordáis de haberme dicho un día que no hay amor sin igualdad completa entre los que se aman?... Vos sois demasiado elevado para mí, no somos iguales... Tengo el castigo que merezco. Os esperan ocupaciones más dignas de vuestro genio. Nunca olvidaré este día... Adiós...

—¿Os vais, Natalia? ¿Es posible que nos separemos así? La tendió la mano y ella se detuvo. Parecía que aquella voz suplicante la hacía dudar.

—¡No!—exclamó al fin—siento que algo se ha roto en mí... He venido aquí, os he hablado como una persona que delira; es preciso que entre en posesión de mí misma. Esto no debe ser, vos mismo lo habéis dicho, y esto no será. ¡Ay de mí! En pensamiento había dado mis adioses á mi familia cuando acudí á este sitio. Y á pesar de eso, ¿qué he encon-

trado? Un hombre sin valor... ¿De dónde sabéis que soy yo incapaz de soportar la separación de mi familia? «¡Vuestra madre no consentirá!... ¡Esto es horrible!...» ¡Ved lo único que habéis hallado para responderme! ¡Sois vos Roudine, el mismo Roudine!... ¡No, no! Adiós. ¡Si me amaseis yo lo comprendería ahora... No, no; adiós!...

Se volvió rápidamente y corrió hacia Macha, que estaba desde hacía tiempo ya inquieta llamándola por señas.

—¡Vos sois la que tiene miedo y no yo!—exclamó Roudine al verla partir.

Pero ya no le hacía caso y se apresuraba á volver á su casa atravesando los campos.

Felizmente llegó á su cuarto; pero apenas hubo pasado el umbral de la puerta, la abandonaron las fuerzas y cayó desmayada en los brazos de Macha.

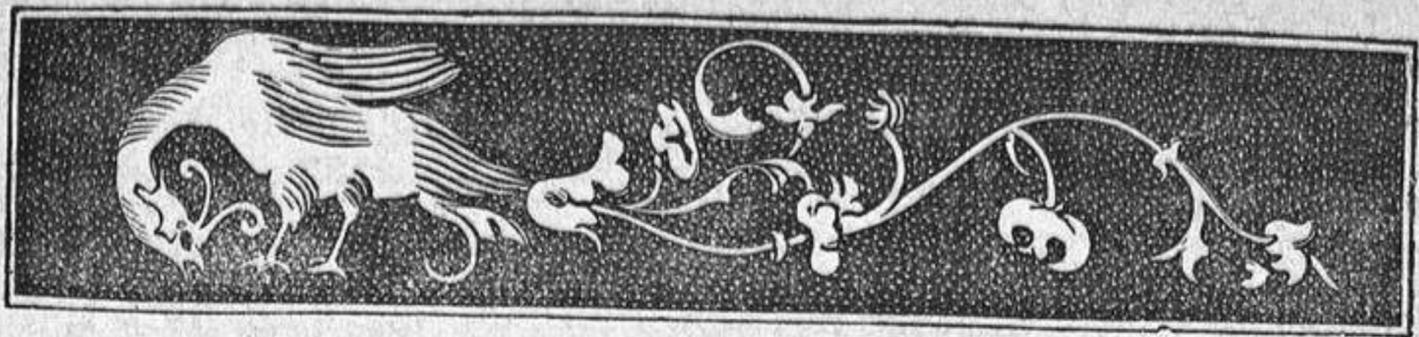
Roudine quedó largo tiempo en el mismo sitio; después, de repente, sacudió su pesadez y tomó á paso lento el sendero que siguiera una hora antes. Estaba muy avergonzado... y pesaroso. «¡Qué muchacha esta... A diez y ocho años!... No, en efecto, yo no la conocía... Es una persona notable. ¡Qué fuerza de voluntad!... Tiene razón, es digna de otro amor distinto del que yo sentía por ella... ¿La he amado alguna vez?—se preguntaba.—¿Es posible que no la ame ya? ¡Ved cómo debía acabar todo esto! ¡Qué nulidad soy en comparación de ella, me doy lástima!»

El ruido de un caballo de carrera obligó á Roudine á levantar la cabeza. Era Lejnieff, que venía del lado opuesto, con su trotador de siempre. Roudine le saludó en silencio; después, como si le viniera una idea repentina, cambió de camino y tomó rápidamente el de la casa de Daría.

Lejnieff le había dejado pasar, siguiéndole con la vista; pero después de un momento de reflexión había vuelto su caballo para ir á casa de Volinzoff.

Halló á su amigo durmiendo, prohibió al criado que le despertara y fué á instalarse en un balcón para fumar allí un cigarro y esperar el almuerzo.

(Se continuará.)



REVISTA DE TEATROS



IFÍCIL, si no imposible, es llenar un cometido y cumplir una misión, cuando el objeto principal del uno y de la otra faltan, cuando el movimiento teatral no da materia para que la crítica esgrima sus armas, viéndose forzada á permanecer ociosa é inactiva, lo que sorprenderá á cuantos estas líneas leyeren, si han observado ó retenido en su memoria el sinnúmero de comedias—así llamadas,—en un acto, que han visto la luz durante el período de tiempo trascurrido desde el comienzo del mes corriente, y de las que no nos ocupamos en la *Revista* anterior por falta de espacio, y tampoco nos ocuparíamos ahora, al no brindarnos el de que hoy disponemos, á decir algo, ó más bien mucho (aunque no bueno), sobre las indicadas producciones estrenadas en los teatros de segunda fila, que al paso que carecen de importancia, pueden muy bien servir de punto de partida á consideraciones que no estarán demás sobre el prodigioso número y fecundidad de los autores dramáticos contemporáneos con que hoy cuenta la época literario-dramática actual.

Los prosélitos ó secuaces de una idea, sistema ú opinión, fieles mantenedores de la especie que circula á su sabor por el mundo, referente á que las profesiones científicas y literarias son exclusivas y no admiten dentro de sus amurallados

torreones otros seres que los revestidos con las condiciones necesarias para su desempeño, no han parado mientes en la de autor dramático, libre por completo en este país para todo el que apetezca agitarse dentro de esa esfera, sin que nadie, ni el mismo público, único juez árbitro en la materia, se lo vede, sino que, por el contrario, sin exigirle grandes requisitos, le da la patente de autor, aspirante á las primeras de cambio, y decimos aspirante, porque al dictar su inapelable fallo usa de la consabida fórmula de «este chico tiene talento, promete, y en cuanto él domine su inexperiencia, conozca el público, los resostes dramáticos y venza su natural timidez, será uno de nuestros primeros autores;» con esto ya está el neófito instalado dentro del peristilo del arte.

Si cuenta con una regular manera de versificar, cosa que hoy es fácil, por ser más raros los que no hacen buenos versos que los que los escriben malos; si además tiene en su apoyo valiosas influencias, lo que es más que probable, si se considera que la política es el principio y el fin de la carrera literaria; si por ende los amigos del café, de la tertulia, de la sociedad y del círculo, han convenido que es un genio y en letras de molde se lo han echo saber al mundo, ya tiene cuanto necesita para trasladarse desde la portería de las musas al panarinfo, y una vez allí, tomando como patrimonio único las producciones en uno ó dos actos, se lanza á la palestra con más valor que el Cid Suero de Quiñones, Amadís de Gaula, el popular D. Quijote y otros héroes históricos y legendarios, sin acordarse, ni por incidencia, que no por estar reducidas las producciones dramáticas á los límites de un acto ó dos, exigen menos condiciones literarias y menos estudio.

Díganlo si no—que bien pueden decirlo—las que hace años aplaudíamos, comparadas con las que hoy se sirven en el *menú* de los teatros por secciones que nos ocupan; y no es que nosotros ataquemos inconsideradamente este género de espectáculos, nacidos alrededor del mostrador de un café, y no reconozcamos que ellos han facilitado al acceso á los teatros de primer orden á algunos jóvenes, que hoy figuran en primera línea y gozan de justa fama y merecida reputación,

sino que es conveniente deshacer un error vulgar que se patentiza al comparar las comedias en un acto y en dos, estrenadas en épocas no muy remotas, con las que de algunos años á esta parte están vinculadas en los coliseos al pormenor de nuestra referencia.

¿Qué aficionado al teatro no recordará con fruición y, si se quiere, con entusiasmo *El paseo á Bedlam*, *A la zorra candilazo*, *Mi secretario y yo*, *Ella es él*, *A lo hecho pecho*, *Partir á tiempo*, *Los dos doctores*, *Juan de las viñas*, *Huyendo del Peregil*, *Más vale maña que fuerza*, *El poeta y la beneficiada*, *El que nace para ochavo*, *Es una malva*, *Otra casa con dos puertas* y muchas más que, ya originales ó arregladas á nuestra escena, traen á la memoria días prósperos para el teatro español y nombres ilustres de laureados autores?

Sin olvidar éstas, fijémonos con detención en las recientemente estrenadas en los Teatros de Variedades, Lara, Esclava, Madrid y Martín, que llevan por título: *Tragarse la píldora*, *El maestro Palomar*, *Escuela antigua*, *Ni la paciencia de Job*, *Los bolsistas*, *Tiquis Miquis*, *Dulces amargos*, *Buenas noches, señores*, *Gabinetes particulares*, *Las noches de Madrid*, *El lápiz mágico*, que ya traducidas, originales al parecer, ó bien refundidas por sus autores, demuestran el decaimiento de la literatura dramática.

Nada dicen, nada enseñan, sin más objeto, como ya hemos refutado hasta la saciedad, que excitar la risa, sin otro fin que el de matar el tiempo—ocupación que, como el hacerle, es peculiar de los españoles,—con la única tendencia de extraviar el gusto y con el firme propósito de convertir á los autores en autómatas de un género dado, oscureciendo su inteligencia y matando sus facultades, nos llevan el arte y el teatro á un incomparable estado de postración.

Pasando de este género de composiciones dramáticas al de sainetes, que también se veneran en los teatros de que nos vamos ocupando, justo es decir que D. Ramón de la Cruz ha tenido mejores discípulos que los dramáticos antes citados. Ricardo Vega, Luceño, Burgos y Utrilla llevan la palma en este género con merecida y general aprobación. Lo sensible es que las empresas de los teatros de primer or-

den, que miran muy de cerca el deplorable estado de la escena española, no estudien el medio más aceptable de conciliar el lucro con el mejoramiento, y haciéndose cargo de que atravesamos por un período, si no igual, semejante al de fines del siglo XVIII y principios del XIX, época memorable, durante la que D. Ramón de la Cruz en Madrid y don Juan Ignacio González del Castillo en Cádiz, procuraron con sus populares é inmortales sainetes encauzar el gusto del público, sistema, como ahora, de la confusión, desaliño y desconcierto que expone Ticknor en su *Historia de la literatura española*, se notaba en las producciones nacionales que enmendaban nuestra escena; no ponen decidido empeño en abrir las puertas á estas obras, las que, interpretadas por los principales actores, cambiarían algo el estragado gusto del público é impedirían la inclusión en este género á esa pléyade de imitadores que, sin condiciones ni predisposición alguna, y yendo sólo en busca de mayores rendimientos, tratan de hacer lo que otros hacen, y siguiendo por ese camino, caeremos otra vez en medio del *Baile de Leganitos* y otras groseras farsas que corrompieron el teatro de pasadas épocas, lo que es preciso evitar, procurando sostenerle, hasta que otro Moratín venga, si ha de venir, y le eleve á la altura de sus mejores tiempos.

* * *

Deliberadamente hemos aludido á esa pléyade de fieles imitadores de una escuela, marcada tendencia ó modo de hacer de autores eminentes por su nombre y su talento, porque en este sensible vicio vamos á cimentar las breves consideraciones de que va á ser objeto la obra del Sr. Colorado, titulada *De carne y hueso*, estrenada en el Teatro Español, y vamos á ser parcos, porque ni la obra resiste una severa crítica, ni tampoco sería justo ni cortés ensañarnos con una producción que ha desaparecido á los tres días de los carteles, lo que prueba que no fué tan general y unánime la aprobación del público como pareció en la noche de su primera representación.

El drama del Sr. Colorado no es drama, ni siquiera un ensayo; sólo puede considerársele como una leyenda en la que el autor ha hecho gala de su imaginación y de sus dotes de poeta lírico, pero no dramático; si fuéramos á examinar detenidamente la obra, la misma dificultad que esto ofrecería probaría nuestro aserto. Llevado de la tendencia que hoy se observa en la juventud que dedica al teatro el fruto de sus afanes de seguir los pasos de Echegaray, Sellés y Cano, discípulos aventajados de esa escuela que pretendiendo rebatirla se convirtieron en sus más vehementes prosélitos, el señor Colorado ha tomado por base de su argumento el adulterio, tema manoseado en demasía y que no se entraña, ni se entrañará nunca, con nuestras costumbres, las cuales están siempre cubiertas por un velo que las hace parecer lo contrario de lo que son, resultando un contraste visible entre los actos que practicamos en sociedad y en la vida privada, por lo que el público rechaza siempre y con energía la inmoralidad por el dicho tantas veces repetido de *haz lo que te digo, pero no hagas lo que yo hago*, que nos retrata fielmente, naciendo de estas consideraciones el que para seguir ese camino, es necesario un nombre ilustre adquirido en otras esferas, ó un número considerable de adeptos al autor, conocimiento de la escena y del público para hacerle sentir el aguijón de la novedad, siquiera sea por un momento, y á la manera de un vértigo que le confunda.

Nada de esto ha tenido en cuenta el autor de la obra que reseñamos, y olvidando que en el teatro la verdad es relativa y no absoluta, ha conseguido que la versificación fácil, fluida, en general, y algunos sublimes pensamientos y elevadas ideas no encubran lo descarnado de la acción, que ha resultado lánguida, repugnante é incoherente.

Nos parece ocioso entrar en más detalles; basta lo dicho para que el Sr. Colorado, que es un buen poeta lírico, siga con la afición que demuestra estudiando nuestro teatro y nuestra sociedad; como no es un talento vulgar, sino reconocido por todos los amantes de las letras, comprenderá que cambiando de senda y sin fijarse en escuela determinada, trabaje su clara inteligencia y á poca costa creemos que po-

drá presentarse en la escena española á recoger triunfos más legítimos y espontáneos que los que le ha proporcionado su última producción.

De los actores nada decimos; ya los hemos juzgado favorablemente en otras obras, y en ésta sería injusto cuanto en pro ó en contra dijéramos; el hombre no es universal, tiene una esfera propia donde se agita, y no todos los actores pueden adaptarse á todos los géneros de composiciones dramáticas, sin que por esto les escatimemos su reconocido mérito, que han patentizado y hemos aplaudido en el *Novio á pedir de boca*, *Don Francisco de Quevedo*, *Los pobres de Madrid*, *La oración de la tarde* y otras producciones que se han puesto en escena en el favorecido coliseo de la plaza de Santa Ana.

*
* *

El *Mefistófeles*, admirablemente cantado por los señores Tehodorini, Borhgi, Massini, Batessini, y Nannety, fué un justo desagravio de la empresa al público, que, como vulgarmente se dice, se descompuso en la última representación en proyecto, porque no llegó á realizarse, de la ópera *Dinorah*.

Verdaderamente, en ciertas ocasiones no tiene disculpa el Sr. Rovira, que si bien tiene que vencer grandes dificultades para presentar artistas dignos del regio coliseo, cuenta con un numeroso abono, y á más de ser el centro de la *cremme* de la aristocracia y de los *pschut* de la sociedad madrileña, es el elemento necesario é indiscutible de toda solemnidad y acontecimiento notable, y no está lejos la prueba de esta verdad; es el deslumbrador é indescriptible aspecto que presentaba la sala en la noche que asistió la real familia acompañando al heredero del trono de Alemania.

Cada nota que se desprendía de los inspirados labios de los artistas, iba á perderse en un Olimpo de diosas de la belleza, que envuelta en una bruma de riqueza, caminaba sobre ríos de luz que arrojaban de sus hermosos ojos.

Estas fiestas compensan al Sr. Rovira de las muchas contrariedades que puede proporcionarle su empresa; pero no le

relevan de cumplir los compromisos contraídos con el público y sus constantes abonados.

Otra función extraordinaria se prepara en obsequio de S. A. el Príncipe Imperial de Alemania en el coliseo de la plaza de Oriente; con gusto hubiéramos visto que en el Teatro Español se hubieran reunido con el mismo objeto nuestros primeros actores, y puesto en escena una de las producciones más notables de nuestro teatro clásico.

Espectáculo digno del Príncipe Imperial de Alemania, en cuya nación tuvo el teatro dignos intérpretes, recordando á su reformadora la célebre actriz *Neuber* y los dramáticos *Opitz-Gostsched-Ritschel-Bchrman-Quistorp Dines Sonnemfelds Hofrnan* y el *General Ayrchof*, que enriquecieron la escena alemana en épocas no muy remotas y en el siglo XVI con la traducción de la *Antegona*, de Sófocles; *El Cid*, de Cornielle, y otras originales como *Catón*, *Telémaco*, *Darío*, *Timoteo* y *Antonio y Cleopatra*, y el *Der-Postzug* (Tiro á cuatro), que mereció la aprobación del gran Federico, sobre las demás del teatro alemán.

*
* *

Terminamos esta reseña anunciando que en el Teatro de la Comedia se ensaya el sainete burocrático de Ricardo Vega, con el título de *Sanguijuelas del Estado*; otro en Variedades, cuyo título ignoramos, de los Sres. Luceño y Burgos, y que en el de Novedades el infatigable empresario Ducazcal forma una aceptable compañía para poner en escena *L'Assomoir*, de Zola, adaptada á nuestra escena por Pina y Domínguez.

En el mismo teatro aplaudimos noches pasadas á Vico, que sabe y cuando quiere lo demuestra, la *Jura en Santa Gadea*, que interpretó admirablemente en unión de la Tenorio, Mela y Parreño. También lo fueron y mucho la Valverde y Rosell en el monólogo *Una Carta* y la pieza *De tiros largos*; el beneficiado habrá conseguido su objeto, dada la numerosa concurrencia que llenaba todas las localidades.

RAMIRO.



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



STÁ terminado oficialmente el conflicto con Francia. Apresurémonos á decir que el inapelable fallo de la opinión pública lo había dado por concluído hace ya tiempo.

La *Gaceta* ha publicado el siguiente importante documento acerca del asunto:

«Examinados detenidamente los incalificables sucesos ocurridos en París á la llegada de S. M. el Rey en el mes de setiembre último, y explicados por el Gobierno francés con un espíritu conciliador, que demuestra los sentimientos amistosos que abriga hacia la nación española y su augusto Soberano, sentimientos confirmados una vez más en despacho dirigido con fecha 8 del actual por el Sr. Ministro de Negocios Extranjeros de la República, al encargado de Negocios de Francia en esta corte y del que dicho señor representante ha entregado copia al Sr. Ministro de Estado, el Gobierno de S. M. ha creído llegado el momento de poner fin á un estado de cosas cuya prolongación era contraria á las buenas relaciones que siempre han existido entre los dos países, disponiendo la publicación en la *Gaceta Oficial* de lo que pasó en la visita hecha á S. M. por el Presidente de la República, relación que á continuación se inserta, declarada auténtica

por el Gabinete de París, y que concuerda con la que envió al Gobierno anterior el Sr. Ministro de Estado, que acompañó en su viaje á S. M., habiendo sido comunicada á su tiempo á los representantes de España en el extranjero:

«En la visita que el Excmo. Sr. Presidente de la República francesa hizo á S. M. el Rey de España en la tarde del 30 de setiembre próximo pasado, Mr. Grevy manifestó á S. M. que iba á darle una satisfacción cumplida en nombre de Francia, á la cual no debía confundirse con los autores de manifestaciones hostiles universalmente reprobadas; rogando, al propio tiempo, á S. M. que diera una prueba de simpatía á la nación francesa aceptando el banquete que en su honor había dispuesto en el Elíseo.

»S. M. contestó que había ido á París animado de sentimientos simpáticos hacia Francia, y que, en vista de las declaraciones del Presidente de la República, daría una nueva prueba de aquellos sentimientos aceptando la invitación que se le hacía.»

¿Basta esta declaración para que España se considere desagraviada de la ofensa que en la persona del Monarca recibió con motivo de la manifestación hostil de que S. M. fué objeto de parte de turbas desenfrenadas en la capital de la vecina República?

Diremos franca y lealmente que, reducidas á esa explicación que hoy se nos da las reclamaciones formuladas por el Gobierno español á raíz de los sucesos de París, ella hubiera sido suficiente para dejar á salvo desde el primer momento las conveniencias de honor nacional más exigente. Hubiérase tratado de hacer constar en términos oficiales que el Presidente de la República francesa fué á visitar á S. M. el Rey de España con el deliberado propósito de darle una satisfacción cumplida en nombre de Francia, rogándole que, como muestra de simpatía recíproca entre las dos naciones, aceptara el banquete del Elíseo; y hecho así, nadie habría tenido pretexto para sentir escrúpulos de ningún género al leer el documento antes copiado.

Pero, después de lo que se ha dicho, después de los alardes que se han hecho, después de la atmósfera creada muy

principalmente por los órganos oficiales del Ministerio Sagasta, iniciador de la negociación diplomática, parécenos que lo que en un principio pudo satisfacernos, peca ya, por tardío, de deficiente, y por regateado, de sospechoso, en buenas relaciones internacionales.

Cuarenta y cinco días malgastados para obtener semejante éxito constituyen un testimonio irrecusable de la escasa habilidad de nuestros gobernantes y de la recelosa actitud en que, respecto de España, se halla colocada la nación francesa.

La terminación oficial del conflicto no ofrece, pues, ocasión para que nos lisonjeemos de que las relaciones entre ambos países sean tan afectuosas y espontáneas como acaso conviniere á los intereses de dos pueblos ligados por dobles vínculos de vecindad y de raza.

Comprendiéndolo así, sin duda, nuestro Gobierno, ha confiado á uno de nuestros hombres políticos de mayor importancia, por la altura de los cargos que ha desempeñado, al Capitán general D. Francisco Serrano, exregente del Reino, la delicada misión de restablecer, como Embajador de España en París, la cordialidad y mutuo aprecio que deben existir entre los dos Estados de allende y aquende el Pirineo.

*
* *

Por otra parte, Alemania, correspondiendo cortesmente á la visita que nuestro Soberano hizo en setiembre último al Emperador Guillermo, devuelve á D. Alfonso XII esa visita en la persona del Príncipe heredero de aquel Trono, D. Federico Guillermo, que al presente se encuentra entre nosotros.

Es el ilustre huésped de la corte española hombre de unos cincuenta años, de apuesto y marcial continente, fisonomía varonil y expresiva, y carácter afable y bondadoso.

Como todos los Príncipes de su estirpe, ha hecho vida común con los soldados, cuyas necesidades conoce de cerca.

En 1864 hizo sus primeras armas; pero no era ciertamente

la guerra con Dinamarca campo suficientemente vasto para que pudiera desarrollar sus talentos militares, de que dió altísima prueba en la campaña de 1866 contra el Imperio austriaco.

Mandaba entonces el Príncipe Federico, como General en jefe, el ejército del Oder, á cuya cabeza tomó parte muy activa en las operaciones de aquella guerra, que terminó con la memorable batalla de Sadowa. Combatió entonces con tanto valor y tanta fortuna, y contribuyó por tal manera al triunfo, que mereció el altísimo honor de que su padre, entonces Rey de Prusia, se quitara de su cuello la orden llamada *Pour le merite*, que colocaron sobre su pecho.

Pero donde el Príncipe demostró más principalmente sus excepcionales condiciones fué en la guerra de 1870 y 1871. Con el tercer cuerpo de ejército, compuesto de prusianos, bávaros, wurtembergueses y badeneses, alcanzó grandes victorias. El 4 de agosto de 1870 marchó sobre Wisemburgo y atacó al General francés Douay, á quien obligó á batirse en retirada. Entonces, prosiguiendo con rapidez su movimiento de avance, encontró en Froeschviller al cuerpo de ejército del General Mac-Mahón, que tuvo que replegarse precipitadamente hacia Saverne. Los franceses se batieron bizarramente aquel día; se refiere que al ver el Príncipe desfilar á los prisioneros, se descubrió ante ellos y dijo á su Estado Mayor:—Saludad á esos valientes, á quienes ha sido adversa la fortuna.

También se cuenta que el Príncipe Federico reprochó al General Moltke por su dureza de corazón, diciéndole que su manera de hacer la guerra era tan cruel, que más que contra Francia parecía dirigida contra la civilización.

Más tarde persiguió hasta Ingwiller el ejército de Mac-Mahón, y por medio de esta operación estratégica cubrió el flanco izquierdo del cuerpo principal del ejército prusiano, inutilizando así las tropas del mariscal Bazaine, que poco tiempo después tuvieron que rendirse, tras una serie de sangrientos combates.

Cambiando en seguida rápidamente de dirección, avanzó á marchas forzadas sobre Commercy, Bax-le-duc y Vitry con

objeto de sorprender á Mac-Mahón, que se vió en el duro trance de tener que aceptar la batalla de Sedán.

En los cuatro días que duró esta batalla, el Príncipe contribuyó eficazísimamente á la victoria que decidió la suerte de Napoleón y del Imperio.

Desde Sedán dirigióse á París, ante cuyos muros recibió el nombramiento de Feld-mariscal, que es la más alta jerarquía militar del Imperio.

El Príncipe Federico Guillermo está casado con la Princesa Victoria, de la que ha tenido varios hijos, y es modelo de padres y esposos.

Valencia, donde desembarcó, y después Madrid, le han tributado singulares muestras de afección y respeto. La real familia le ha agasajado con la esplendidez tradicional en nuestro alcázar; el ejército ha dado ante S. A. gallardas pruebas de sus bizarras aptitudes. Banquetes, baile, expedición á Toledo, revista y retreta militares, fiestas teatrales, recepción académica, han sido el regocijado cortejo de la presencia del primogénito del Emperador alemán en la sonriente capital de España.

A Francia no le ha agradado, según parece, esta visita, como no le agradó la de nuestro Rey á Viena, Homburgo y Bruselas. Públicas son, sin embargo, las seguridades de que no se trata de ninguna tenebrosa conjuración contra la República de Mr. Grevy y Mr. Wilson. ¿Es que los Reyes no han de poder reunirse y estrechar vínculos de amistad y simpatía, sin que las Repúblicas tiemblen por su suerte? Menguada consistencia atribuyen á esa forma de gobierno los que se dicen de ella partidarios, y son aún más, sus representantes y mantenedores, si ante sucesos tan naturales como aquéllos se asustan y soliviantan temerosos, y tuercen el gesto y ahuecan la voz cariacontecidos.

*
* *

Una solemnidad por todo extremo plausible ha dotado á la villa y corte de un notable edificio, de que injustamente carecía. Nos referimos á la inauguración de la nueva cárcel

modelo, cuyas obras dieron principio en 15 de julio de 1877 por iniciativa del entonces ministro de la Gobernación don Francisco Romero Robledo, siendo realizadas bajo la dirección del autor del proyecto, D. Tomás Aranguren, secundado con gran celo por el arquitecto auxiliar D. Eduardo de Adaro, que es á su vez autor del modelo cerradura cerrojo y de los depósitos para suministrar el agua de las celdas.

El contratista de las obras ha sido el capitalista D. Bruno Zaldo, quien se comprometió á ejecutarlas en 4.761.215 pesetas; pero una edificación de esta importancia y por sistema desconocido en España, había de sufrir grandes modificaciones con relación al proyecto. Por esta razón los aumentos de obras han ascendido á la cantidad de pesetas 1.804.691. El mobiliario fijo de las celdas ha importado pesetas 160.170; los gastos generales, 280.000, y el mobiliario de escuelas, utensilios, talleres y oficinas, ascenderá á 140.000. Puédese, por lo tanto, calcular como gasto de construcción, 7.000 pesetas por cada celda. Falta establecer el sistema de calefacción, aunque ya están preparados los trabajos, y su colocación dependerá de las necesidades que exija el servicio. Los gastos de entretenimiento y conservación serán pagados en la parte que á cada uno corresponda por el Estado y por el Ayuntamiento de Madrid.

Según el reglamento de la nueva cárcel, servirá ésta para depósito municipal, cárcel de partido y de Audiencia y casa de corrección. Ingresarán, por consiguiente, en ella, los detenidos por las autoridades con arreglo á las leyes, los procesados cuya prisión acuerden los tribunales, los condenados á arresto por los tribunales de Madrid, los presos y penados de tránsito y los extranjeros que se encuentren á disposición de las autoridades.

Ningún preso ni penado podrá salir de su celda, sino para concurrir á los locutorios, declaraciones, talleres, escuelas ó paseos, en las horas establecidas.

Los presos podrán, si quieren, consagrarse dentro de su celda á oficios, artes ó profesiones que no causen desorden ó daño en el establecimiento, ni se opongan al régimen del mismo, y el valor en venta de los productos que tuvieren su ori-

gen en dichos trabajos, les pertenecerá y se les entregará sin descuento alguno. Por el contrario, el trabajo de los penados es obligatorio mientras dure la condena, excepto en casos de enfermedad ó de senectud, pervio reconocimiento del médico de la prisión.

El producto de este trabajo se dividirá en dos partes iguales: una para el Estado y otra para formar el peculio del penado. De la parte que correspondn al recluso se hará dos partes: una del 66 y dos tercios por 100, que se guardará en la caja del establecimiento y se les entregará cuando obtengan su libertad, y otra del 33 y un tercio, de que podrá disponer para satisfacción personal ó para aliviar la suerte de su familia ó parientes.

No se consentirá, fuera de la *Gaceta* oficial, la lectura de otros periódicos que los literarios ó científicos, los cuales se podrán procurar los mismos presos adquiriéndolos por su cuenta ó bien pidiéndolos á la biblioteca del establecimiento.

Los penados estarán sujetos al sistema progresivo, que se dividirá en tres períodos. En el primero, calificado de preparación, los penados estarán sometidos al aislamiento, pudiéndoseles privar del trabajo, lectura y comunicación con el exterior por un plazo que no excederá de los diez primeros días. Pasado este plazo, según las pruebas de arrepentimiento que diere el penado, podrá conunicarse por escrito una vez al mes con su familia y trabajar en la celda. El segundo período será de una duración equivalente á la mitad del tiempo de condena que falte cumplir al penado. En este período asistirá á la escuela y á los talleres sujeto á la regla del silencio. El paseo en este segundo período se verificará en el patio destinado al efecto, marchando un penado detrás de otro, sin hablar, á una distancia de 120 centímetros. El tránsito de uno á otro período se determinará por el número de cédulas de premio ganadas por el penado. El director concederá dichos premios en vista de los partes semanales que le dará el capellán, profesor, vigilantes y maestros de talleres. No podrá ganar cada penado más de cinco cada semana, y el número necesario para pasar de uno á otro período es de 150. En este segundo período se permitirá al penado comunicarse con su

familia y demás penados una vez al mes. En el tercer período se comprenderá la última parte de la condena; durante él llevará el penado un galón rojo en la manga como distintivo, y se le relevará de la ejecución de los servicios mecánicos generales del establecimiento.

Los presos políticos ocuparán separadamente las celdas que se señalen, quedando sometidos al régimen del establecimiento; pero el paseo será en común y en patio especial. Se les permitirá comunicarse en el locutorio existente en cada celda.

Como se ve, se ha procurado conciliar oportunamente el sistema celular con la necesidad imprescindible de que el recluso no se abandone en la soledad de la celda á los extremos de la desesperación, que es la locura, y acaso el suicidio: á este fin se establece una prudente comunicación á ciertas horas.

El edificio es digno de los adelantos en estos últimos tiempos obtenidos en punto á la construcción y establecimiento de penitenciarías. Honra por ello á su iniciador y á cuantos posteriormente le han secundado desde los consejos de la Corona, así como á todos los que por uno ú otro concepto han intervenido en la construcción de la nueva cárcel.

Decía bien el Sr. Romero Robledo, al resumir los brindis pronunciados en el acto de la inauguración: «La estabilidad y fijeza de un gobierno es la primera condición para que realice obras permanentes y útiles. Gobierno que tenga que luchar desesperadamente en todos los asuntos de su vida por conservarla, nada fundará que no sea pasajero y perdido; pero sean cualesquiera los Ministros que hayan contribuído á esta reforma que el país agradecerá seguramente, conste que se ha empezado y se ha terminado bajo el reinado de D. Alfonso XII.»

*
*
*

Este es también el reinado de la clemencia, como lo fué el de su augusta madre D.^a Isabel II. La última sublevación militar arrojó no ha mucho sobre extrañas tierras centenares

de infelices soldados que á impulso del engaño tuvieron, en un instante de extravío de parte de sus jefes y oficiales, la desgracia de faltar, quizá contra su voluntad, al más sagrado de los juramentos.

Los que se hallan en Portugal atraviesan, según noticias oficiales, una crisis verdaderamente conmovedora. S. M. ha querido, pues, remediar la angustiosa situación de esos desventurados que, rotos, hambrientos, casi desnudos, suspiran por la madre patria, volviendo hacia ella los ojos con el doloroso quebranto del que juzga perdido para siempre el hogar donde nació.

Al efecto se ha concedido el plazo de dos meses para acogerse á indulto del delito de rebelión y sus conexos, ante los agentes diplomáticos ó consulares de España en el extranjero, á los cabos y soldados del ejército que pertenecieron, al ocurrir los sucesos del 4 de agosto último, á los cuerpos de la guarnición de Badajoz; los cuales serán destinados á prestar sus servicios en el ejército de la Península hasta cumplir el tiempo que les corresponda, descontando el que hayan permanecido fuera de España.

La gracia no puede ser más amplia y generosa. De desear es que el pasado sirva de lección para el porvenir, y que el ejército español no volverá á registrar páginas como las de Badajoz, Santo Domingo y Seo de Urgel.



Por lo demás, las reformas tan repetidamente prometidas por la izquierda no han tomado aún forma de hechos consumados. El Ministro de la Guerra, el que con mayor empuje parecía decidido á emprenderlas, se ha detenido al empezar á recorrer el camino, y quizá haya motivos para que de ello se felicite el elemento armado. En Marina, es cosa acreditada que todo seguirá como hasta aquí: se ha nombrado una comisión encargada de proponer los medios de restaurar nuestro perdido poderío en los mares. Esto y poner el epíteto al pensamiento de reorganizar la Armada es todo lo mismo. R. I. P. El Ministro de Fomento se ha creído en el de-

ber de hacer algo, y ha publicado un decreto reglamentando la enseñanza privada sobre la consabida base de que el ciudadano posee el más perfecto derecho para instruirse libremente, escogiendo la forma que más conveniente juzgue; que la misión del Estado, con respecto á la enseñanza oficial, ha de ser más tutelar que intrusiva; que la libertad en las investigaciones científicas y en el régimen del método constituyen un requisito esencial y común á toda enseñanza; que, al lado del organismo oficial docente mantenido por el Estado, á título de suplemento y cooperación á los esfuerzos espontáneos de la sociedad, debe reconocerse el derecho de libre desarrollo de la enseñanza debida á las iniciativas particulares. Lo que hay que desear es que tras de todo esto no vuelvan á ser irrisorios los títulos académicos, como en la época de la revolución, durante la cual fué frecuente el caso de que un patriota se acostara sin saber firmar y se levantara bachiller, licenciado ó doctor en todas las facultades. Bien es verdad que de entonces data aquella expresiva nota que, al anunciar concursos para la provisión de determinadas plazas, solían añadir Ayuntamientos y empresas particulares: «No se admiten instancias de médicos ó abogados de Universidades libres.» Lo malo es que previéndolo así, con funesta perspicacia, el Sr. Marqués de Sardoal, ha dispuesto que no se exprese en los títulos la calidad de los estudios de que proceden. Un paso más y se suprimen los títulos profesionales. Y después la ciencia...

—Para lo que sirve...—dirá tal vez algún alto funcionario de estos tiempos.

*
* *

Los fondos públicos continúan en persistente abrumadora baja.

Y eso que, *para contenerla*, el Gobierno ha anunciado que no olvida su *desiderátum* de establecer el sufragio universal y abordar la reforma de la Constitución.

¿Quién habrá dicho al Sr. Ministro de Hacienda que tales cosas son cotizables en alza?

U.



REVISTA EXTRANJERA



TIENE en estos momentos España el privilegio de atraer las miradas de toda Europa. La cariñosa visita del heredero del gran trono de Alemania, la primera entre las potencias militares, ha realizado el milagro que no podía presumir la humildad nuestra.

La prensa francesa entre todas ha querido honrarnos con una atención minuciosa, esforzándose por interpretar actitudes y hasta ademanes. Ha sido, sin embargo, imparcial y moderada, generalmente hablando, respecto de la deferente cortesía y fundada admiración que á los españoles inspiran las prendas personales de su simpático huésped, el augusto hijo y representante de Guillermo III.

No hay que equivocarse los términos. Como españoles que somos, sentimos en el alma las desgracias de nuestros vecinos traspirenaicos, pero nos mantenemos también ajenos á sus odios y rencores; y si nuestra amistad por Francia es un hecho, no vemos motivo alguno para no ser á la vez afectuosos amigos de Alemania. Es más: bajo el punto de vista político, es tan natural que simpaticen entre sí las monarquías, como es lógico que se establezcan en caso oportuno corrientes benévolas entre los sustentadores de la forma republicana.

Pero en el caso presente, se trata de dos naciones amigas; no somos ni franceses ni alemanes; fuimos y seremos el pueblo neutral en el que están arraigados los nobles ejemplos de su antigua y tradicional hidalguía.

Han engañado los corresponsales á algunos importantes periódicos franceses ó tratan éstos de engañar á sus lectores, cuando dicen que son poquísimas las personas que en Madrid saludan con cariño al distinguido Kronprinz y que nuestro joven Monarca ha manifestado en su palidez las inquietudes de un recibimiento poco simpático. Nada más distante de la verdad. El pueblo español acudiendo en masa, siempre respetuoso y deferente á los festejos, ha dado una brillante prueba de que sus convicciones y sus sentimientos de exquisita cortesía están en esta parte de acuerdo con los actos oficiales y el regocijo de la corte.

Es cierto que la opinión pública en España no ve en el viaje del Príncipe Federico motivos de desunión, de desconfianzas ni de enemistades más allá del Pirineo. Se nos ha dicho tantas veces y de mil maneras que es tan poca nuestra importancia, que casi hemos abandonado todos los instintos de mira verdaderamente diplomática y ultra-política, y hemos llegado á ser refractarios á toda idea que implique el sacrificio de nuestra libertad de acción en provecho de una política extranjera. No es que nos asuste la idea de vernos arrastrados á grandes complicaciones europeas, pues no llega á tanto el olvido de nuestra historia, sino que rechazamos juiciosamente peligros que no hayan de tener compensación en ventajas prácticas. No sabemos tampoco lo que significa todavía esa cacareada liga de los Estados de la Europa central, liga que se supone tan hábil y poderosamente organizada por el Gran Canciller Bismarck. En gracia á nuestra independencia, sentimos susceptibilidades exageradas, y queremos permanecer extraños á esas guerras de pluma que con curiosa habilidad se disponen por los periodistas á orillas del Vístula y del Danubio, del Mosa y del Marne.

En Berlín, como en París, tenemos amigos. Venga en hora buena el Presidente de la República francesa á visitarnos, y es bien seguro que el representante de la nación fran-

cesa no verá entre sus adversarios políticos en Madrid las indignas manifestaciones que en el ilustrado París no pudieron evitarse hace dos meses.

Desde las columnas de nuestra humilde REVISTA le daríamos la bienvenida, como la damos hoy muy cordial y afectuosa al egregio Príncipe que nos dispensa la alta honra de una visita hecha en nombre y por encargo del Emperador su padre.

*
* *

Pueden los telescopios de los políticos de Europa fijarse cuanto quieran en el brillante cielo de España, buscando inútilmente negras nubes ó trastornos atmosféricos por el simple paso en su cenit de la constelación Hohenzollern. El cielo nos mira con envidiable cariño y el sol luce esplendoroso.

Lo más raro del caso es que todo conspira á disipar los temores de tormenta que se placen en anunciar como próxima los profetas de desgracias. Mientras que se nos pinta con oscuros colores la animadversión del águila alemana contra los intereses de los ribereños del Sena, mientras se augura la vigorosa acción de Austria contra Rusia, la lectura de las noticias extranjeras, excepción hecha de las de procedencia francesa, parecen tener empeño en manifestar contrarias y más satisfactorias tendencias.

Desde hace algún tiempo que el mismo *Journal de Saint-Petersbourg* aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para expresar los amistosos sentimientos de Rusia hacia Alemania.

Recientemente, y á propósito de un libro del profesor Martens acerca de los tratados entre Rusia y Prusia, aquel periódico oficioso hace observar que desde muy antigua fecha existió una íntima solidaridad entre los intereses de ambos países, y que en todas las ocasiones en que se han visto separados, ambos han sufrido por la momentánea falta de buena inteligencia, y ambos han tenido que volver á reanudar sus amistades en mala hora interrumpidas.

«Entre todas las alianzas, añade aquel ilustrado periódico, la de Alemania con Rusia ocupa un lugar demasiado importante en la historia y en las conveniencias políticas, para que pueda quebrantarse y en el porvenir desconocerse.»

Este artículo es una reciente prueba del deseo que solícitamente manifiestan los periódicos oficiosos de San Petersburgo y de Moscou por reanudar de una manera inquebrantable la antigua cordialidad de relaciones entre Rusia y Alemania.

Exageradas, pues, cuando menos, parecen hoy las amenazas que constantemente, y más que nunca en estos días, ve en la prensa alemana la francesa.



Sigue en París la discusión de los presupuestos, habiéndose suscitado con este motivo el eterno debate acerca de la separación definitiva y absoluta de la Iglesia y del Estado.

No calculan los reformistas que para suprimir de una plumada el presupuesto de los cultos, es indispensable primero romper el Concordato que impone al Gobierno la obligación de retribuir de una manera conveniente al clero; es indispensable desconocer el principio del derecho de gentes, el valor de un pacto internacional y la legitimidad de la indemnización acordada á cambio de los cuantiosos bienes de que se ven hoy privados sus antiguos poseedores. Pero los políticos del anticlericalismo se declaran ya partidarios de una táctica más hábil. Tratan de dar un golpe mortal al mismo Concordato por medio de una interpretación abusiva de aquel pacto diplomático. Tal es el sistema de Paul Bert y de Jules Roche, sistema que triunfó en gran parte el año último, y que sigue triunfando en el presupuesto que se discute; sistema que con palabras benévolas permite oprimir á mansalva á la Iglesia.

La última modificación ministerial, obligando al Presidente del Gabinete á encargarse de la cartera de Negocios Extranjeros, que venía desempeñando Challemel-Lacour, ha

permitido al Sr. Ferry cierto testamento en instrucción pública. Ha querido éste, antes de dejar el departamento en que venía trabajando, dirigir una larga circular á los maestros sobre moral republicana. El tema es curioso, y la circular no adolece de otro defecto que de la falta de toda idea clara acerca de la moralidad. Quiere el Sr. Ferry que no se hable en la escuela de ninguna religión positiva, pero quiere también que no se hable de la *causa primera* sin respeto, y que se haga comprender á los niños que el primer homenaje debido á la divinidad es la obediencia á las leyes «conformes á las revelaciones de la conciencia y de la razón.» Mucho dudamos que este deísmo precise de una manera concreta el punto donde principia y donde acaba la moral cívica.

Contradicciones de una escuela sin fe, que harán más daño á la República francesa que todas las bayonetas y todos los cañones de Prusia.

*
* *

El *Gaulois* sigue publicando las conversaciones de sus noticieros ó amigos con el Ministro de China. En la última entrevista que el representante de dicho periódico ha tenido con el Marqués de Tseng, éste ha hecho varias declaraciones que deben ser conocidas.

El plenipotenciario chino afirma que tropas regulares del Celeste Imperio ocupan hace ya algún tiempo varios puntos del Tong-King, vigilando, arma al brazo, los movimientos de las tropas francesas. Añade que si los soldados de Francia pasan el río Rojo y atacan Bac-Ninh, el Gobierno chino considerará el acto como un *casus belli*.

Después de las incomprensibles ilusiones manifestadas repetidamente por el Sr. Challemel-Lacour, que creía, ó quiso hacer creer, que la expedición francesa al Tong-King no era otra cosa que un insignificante paseo militar; después de todo lo dicho en plena Cámara acerca de la actitud pacífica de China, resulta que el Annam no es más que una pantalla de la China; que los Pabellones-Negros son la vanguardia del ejército chino, y que no es en Hué, sino en Pekín, donde deben radicar las negociaciones diplomáticas, siendo los trata-

dos que se firmen con el Emperador annamita verdaderos papeles mojados, mientras no sean ratificados por un solemne acuerdo del Celeste Imperio.

Se ve que China ha aprovechado el tiempo. Ha prolongado en lo posible las contestaciones diplomáticas, y, sin escasear las protestas de paz, se ha preparado para las eventualidades de la guerra. Poco á poco ha hecho penetrar sus ejércitos en el Tong-King; ha ocupado Bac-Ninh, principal objetivo de las operaciones francesas en el río Rojo, y, cuando se ha creído bastante preparada, ha descubierto sus baterías. En la última nota que acaba de dirigir al Gobierno francés, declara que el Tong-King está ocupado por tropas chinas, y que si Francia persiste en sus proyectos de agresión, á ella dejará la corte de Pekín las responsabilidades de lo que suceda. Y al propio tiempo el Gobierno chino ha nombrado un generalísimo de su ejército en el Tong-King y notificado á todas las potencias el actual estado de cosas.

Si esto no es todavía una declaración de guerra, muy poco le falta. Las aventuras del Tong-King han tomado carácter, y sus proporciones crecen por momentos. Se ve que China está decidida á cerrar el paso á los franceses. ¿Qué harán éstos en medio de sus necesidades de defensa continental y de los apuros de su presupuesto?

Ya indica Inglaterra que sólo se mantendrá neutral en el caso de que Francia se comprometa á no bloquear los puertos abiertos al comercio extranjero, según los tratados, y China no ataque á los súbditos ingleses en sus personas ó propiedades. El periódico *Pall Mall Gazette* pide que se aumente la escuadra inglesa en aquellos mares. Todos son síntomas significativos.

Siempre hemos presumido que las grandes potencias, y principalmente Inglaterra y los Estados Unidos, no habían de mirar indiferentes que se interrumpiese de una manera brusca el comercio de aquel gran Imperio con todos los países del mundo.

Nunca fué una mediación amigable más oportuna y necesaria. La creemos también probable.

* * *

Acaba de sufrir una inmensa catástrofe la expedición anglo-egipcia en el Sudán.

Noticias vagas recibidas de las regiones del Nilo, hablaban hace algunos días de un gran desastre experimentado por la columna mandada por el General inglés Hicks; pero cierta esperanza mitigaba la pública angustia. Se suponía que las hordas del Mahdi, ó falso profeta, habían derrotado al destacamento egipcio salido de Suakim á las órdenes del capitán inglés Moncrieff; se suponía que el ejército principal, dirigido por Hicks, estaba en salvo y vengaría la mala suerte del destacamento. Pero la realidad ha sido mucho más horrible.

La columna entera, el ejército todo del General Hicks, fuerte de 10.500 hombres, ha sido pasado á cuchillo después de tres días de encarnizado combate contra las fuerzas del Mahdi, que se calculan en 300.000 árabes insurrectos y mal armados.

¿Quién es el Mahdi? Según la tradición del fanatismo musulmán, el Mahdi es un Mesías, siempre esperado, que ha de asegurar al Islamismo la dominación del Universo. Ha habido muchos Mahdís.

El Mahdi, que capitanea hoy la insurrección formidable del Sudán, se llama Mahomet Achmet, y es hijo de un carpintero de Shindi. Cuando muchacho fué aprendiz de un tío suyo, batelero de Shakabeh; pero un día se escapó á Khartoum é ingresó en una escuela que dirigía un fakí célebre, junto á la tumba de Sheik Hoghali, el santo patrón de Khartoum: el fakí se decía descendiente del santo y del Profeta. El futuro Mahdi pasó de allí á otras escuelas teológicas no menos famosas, hasta que le ordenaron fakí ó sheik.

Entonces marchó á la isla de Abba, en el Nilo Blanco, hizo en la montaña una cueva y se retiró á ella á repetir durante varias horas seguidas el nombre de Dios y á consagrarse á la oración, al ayuno y á la quema de incienso. Su fama y su santidad se exparcieron hasta las provincias más remotas del Sudán y los donativos le hicieron rico, reunió discípulos y se casó con varias mujeres, teniendo cuidado de elegir las entre las hijas de los sheiks más influyentes y de los jefes más importantes de tribu.

A principios de mayo de 1881 principió á escribir á sus hermanos los fakís (jefes religiosos) y á enseñarles que él era el Mahdi anunciado por el Profeta, que había recibido de Dios la misión de reformar al Islam, que su doctrina consistía en la igualdad universal, religión universal y la comunidad de bienes, y cuantos creyesen en él no perecerían, ya fuesen cristianos, mahometanos ó paganos.

La responsabilidad del horrible y sangriento desastre sufrido por el ejército egipcio recae en gran parte sobre la orgullosa Gran Bretaña. Los Generales ingleses se creían dueños de la situación en Egipto; despreciaban el ejército del Mahdi y exageraban los efectos de la nueva organización militar dada por ellos á las tropas del Khedive. Ha bastado una horda de bárbaros para destruir tantas ilusiones.

El ejército del triunfante Mahdi, que por momentos aumenta, y que es dueño además de las armas y municiones, de los 3.000 camellos y de los 36 Krupps y artillería Nordenfeldt y de montaña del ejército del General Hicks, no está separado del Cairo más que por dos líneas estratégicas.

¿Qué hará ahora el Foreign-Office, consejero del Khedive y verdadero dueño del Egipto? La opinión es muy compleja; pero cualquiera que fuere la solución llamada á prevalecer, el primer resultado de tamaña catástrofe será siempre aplazar indefinidamente la evacuación del Egipto por las tropas inglesas que lo ocupan. Entre Khartoum y el Kordofán trazarán tal vez los oficiales ingleses una línea de demarcación fortificada, si es necesario, y el Egipto seguirá así, como antes de la batalla de Tell-el-Kebir que tan horribles frutos ha dado.

Europa entera ha soñado con abrir á las generaciones futuras los misteriosos caminos del centro del continente africano. Pero no parece que haya de ser Egipto el país encargado de un papel tan civilizador é importante.

*
**

La República de los Estados Unidos pide al Papa que acredite un Nuncio apostólico en Wáshington. Es digno de ser estudiado este deseo, que muy pronto se verá cumplido, de

las autoridades federales. La curia romana designará en breve el personaje encargado de representar á la Santa Sede en la Gran República; pues tiene ya la formal promesa, que exigía, de que se concederán sin dificultad al nuevo Nuncio todas las inmunidades diplomáticas que en Europa suelen otorgarse á los representantes extranjeros.

Son efectivamente muy considerables los progresos que hace el catolicismo en América bajo la égida de la libertad, y es notoria y curiosa la tendencia de la política americana, empeñada en adherirse á ese movimiento moral y civilizador, que arranca de la tradición cristiana, no perdonando medio para favorecerlo en todas las ocasiones que se presentan.

Es también significativo el hecho de que un Estado que se encuentra respecto de todas las religiones y de todos los cultos en la situación ideal soñada por nuestros librepensadores, haya tratado de realizar una evolución reaccionaria, tal vez la más admirable y trascendente de cuantas se han visto en las tierras federales del otro lado del Atlántico.

No solamente está consignado allí, en las leyes, el principio de la separación de las Iglesias y del Estado, ó mejor dicho, el principio de la separación de lo temporal y de lo espiritual, sino que existe la circunstancia de que la Iglesia católica—la más invasora, porque es la más fuerte—contaba con poquísimos adeptos en el momento en que las leyes constitucionales se establecieron. Y, sin embargo, el Gobierno republicano de los Estados Unidos, autorizado por circunstancias especiales á prescindir de todas las comuniones religiosas, y más que de ninguna de la católica, se ve ahora impelido por el incesante desarrollo de las necesidades del pueblo que rige, y acude á Roma y se postra en los momentos mismos en que corrientes opuestas pretenden hacer imperar en Europa una política contraria.

Las instituciones de los Estados Unidos nacieron hace cien años de un utilitarismo hasta cierto punto natural en una federación de labradores diseminados en un territorio inmenso y en lucha constante contra las fuerzas naturales para defender su vida y su fortuna. No se ocuparon más que de los intereses materiales.

Hoy las cosas han cambiado, y aquel pueblo rudo se encuentra convertido en nación poderosa. Las emigraciones de Europa han poblado de una manera sorprendente toda aquella parte inmensa del Nuevo Mundo con familias de distinta raza y de origen diverso. Los innumerables y maravillosos progresos de la industria y del comercio han creado grandes centros de cultura, sociedades instruídas y exigencias morales que ya no pueden descuidarse como antes se descuidaban. Los tiempos son otros, y en aquel pueblo tan vigoroso y tan joven brotan con entusiasmo la fe y los sentimientos religiosos.

El catolicismo, como era natural que sucediese, ha hecho allí rápidos progresos de pocos años á esta parte, y los católicos forman ya en la República federal un gran partido, con el que tienen forzosamente que contar los hombres públicos, que no obstante, pertenecen á otras comuniones y á otros cultos. Pero todos comprenden que las fuerzas morales prestan siempre el más útil de los concursos, y en vez de demostrar hostilidad alguna contra las creencias católicas, las respetan y protegen, recibiendo ayer el nombramiento de un cardenal americano como un homenaje de valía tributado á la importancia política de su nación, y solicitando hoy, por idéntico motivo, la residencia de un Nuncio apostólico en Wáshington.

En más de una ocasión y con diversos motivos se ha dicho que la vieja Europa ha de verse quizás obligada en día no lejano á ir á buscar savia entre la pujante vegetación y en las fecundizadas estepas de América, si quiere renovar su viciada sangre y no perecer, víctima de una anemia senil, que en ocasiones produce también el delirio de la demencia.

Este día y esta necesidad pudieran llegar aún más pronto si la explotadora federación del Norte del continente colombiano, después de haber encontrado los mejores caminos para el desarrollo del trabajo y de la riqueza, sabe buscar con igual persistencia los beneficios morales que nacen de la fe divina y se desarrollan en la conciencia y en todas las manifestaciones de la vida del hombre y de los pueblos.—S.